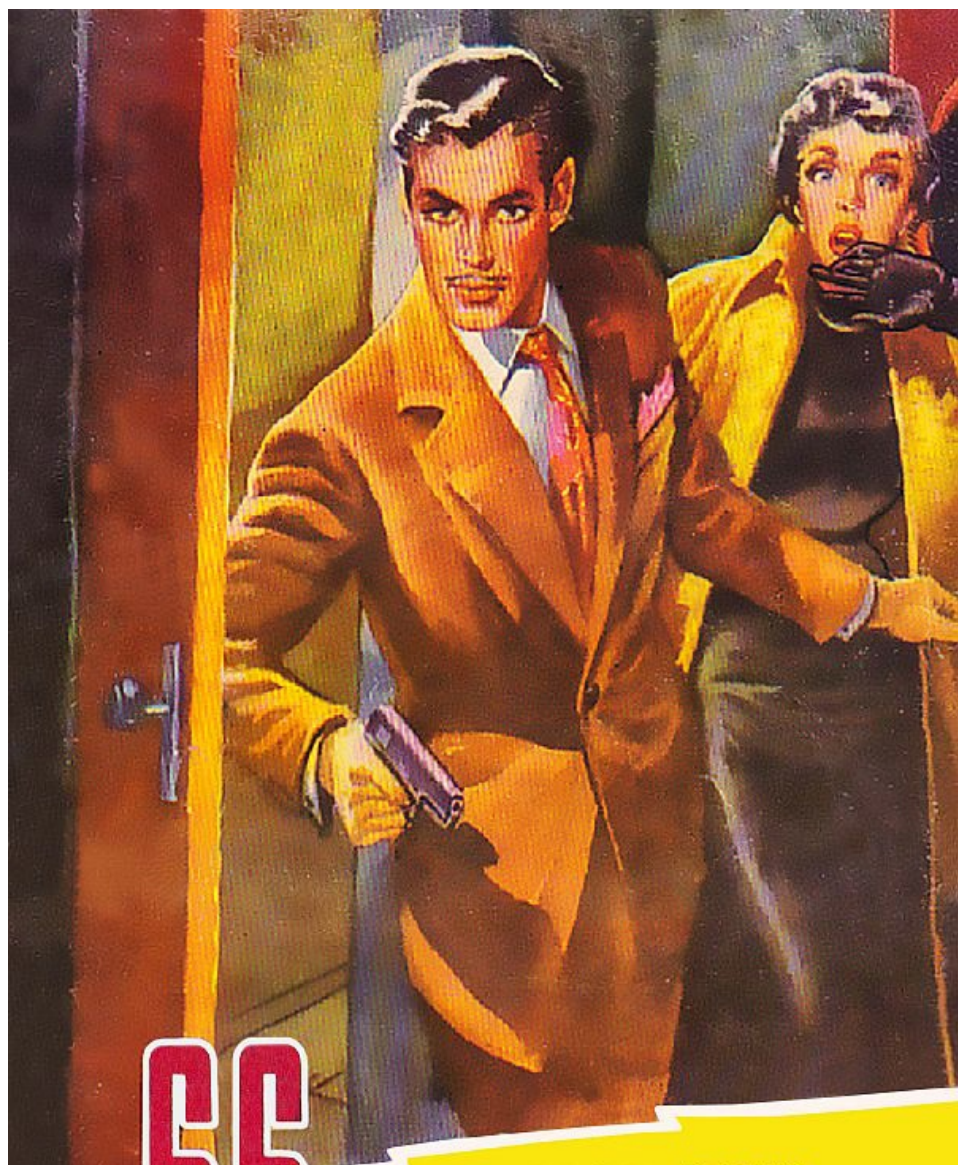




SS

**SERVICIO
SECRETO**

JACK GREY

**GUERRA EN
LA JUNGLA** *se*

Le admiraban todos en la academia, pero tal admiración, lejos de exteriorizarse noblemente, se traducía en secreta envidia, en odio reconcentrado por parte de los más.

¡Aquello de que el paría, como habían dado en llamarle, obtuviera siempre las mejores notas!...

Tristán Mandel, objeto de la aversión, no hacía nada por destruirla. Diríase que se colocaba al margen de todo lo que no fuera el logro de sus anhelos. Reducía el trato con los demás a lo estrictamente preciso y estudiaba a todas horas.

Varias veces llegaron a sus oídos comentarios duros:

—¡Es un necio!

—¡Un presumido!

—¡Se cree superior!

—¡Nos desprecia!

—¡Y el pobre diablo no tiene donde caerse muerto!

Tristán, dominando el deseo de encararse con aquellos privilegiados de la fortuna y hacerles tragar los crueles adjetivos, se refugiaba en su cuarto, apretados los dientes, centelleantes los ojos.



Jack Grey

Guerra en la jungla

Bolsilibros: Servicio Secreto - 78

ePub r1.0

jala y xico_weno 04.07.17

Título original: *Guerra en la jungla*
Jack Grey, 1952

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

Guerra en la jungla

1ª. EDICIÓN
ENERO - 1952

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Al lector

Esta novela es... simplemente eso: una novela. Tanto su argumento como sus personajes resultan fruto de la fantasía.

Sin embargo, en evitación de injustificadas suspicacias por parte de cualquier país, creo conveniente situarla en lugares imaginarios.

El Autor

PRÓLOGO

Le admiraban todos en la academia, pero tal admiración, lejos de exteriorizarse noblemente, se traducía en secreta envidia, en odio reconcentrado por parte de los más.

¡Aquello de que el paria, como habían dado en llamarle, obtuviera siempre las mejores notas!...

Tristán Mandel, objeto de la aversión, no hacía nada por destruirla. Diríase que se colocaba al margen de todo lo que no fuera el logro de sus anhelos. Reducía el trato con los demás a lo estrictamente preciso y estudiaba a todas horas.

Varias veces llegaron a sus oídos comentarios duros:

—¡Es un necio!

—¡Un presumido!

—¡Se cree superior!

—¡Nos desprecia!

—¡Y el pobre diablo no tiene donde caerse muerto!

Tristán, dominando el deseo de encararse con aquellos privilegiados de la fortuna y hacerles tragar los crueles adjetivos, se refugiaba en su cuarto, apretados los dientes, centelleantes los ojos.

Verdaderamente, «no tenía donde caerse muerto», como oyerá decir. Los autores de sus días fueron pobres. Sin embargo, afanáronse para que el chico estudiara. Cuando éste empezaba a devorar libros, quedó huérfano, sólo en el mundo y pensó en dedicarse a cualquier cosa para subsistir, pero entonces surgieron los señores de Lavedán, parientes lejanos, muy ricos, quienes le ofrecieron costearle los estudios a base de que siguiera la carrera militar. Aceptó Mandel y se sintió obligado para siempre hacia aquellos protectores a quienes apenas conocía y de los que nunca, hasta entonces, obtuvo demostración alguna de afecto.

Estribaba su afán en ser lo menos gravoso posible y a tal fin desvivíase por aprobar siempre, con la mayor puntuación. Soñaba

en valerse cuanto antes de sus propios medios y también en hacer su esposa a Odile Fontaine, muchachita de inquietante belleza, cuyos ojos verdes rompían las negruras que inundaban su espíritu.

No eran novios. Odile, estudiante de medicina, de temperamento alocado y un tanto frívolo, gustaba de bromear con todos los amigos sin comprometerse con ninguno.

—Soy demasiado joven —solía decir—. Tiempo tendré de pensar en amores. Ahora lo único que me interesa es estudiar y divertirme.

A pesar de ello, sus preferencias eran para «el paria» lo cual constituía un nuevo motivo de rencor por parte de aquellos compañeros, que formaban la peña a la cual pertenecía la muchacha.

Joseph Lavedán, hijo de los protectores de Mandel, era el que más odiaba a éste. Alto, desgarbado, pecoso y de no muy despierta inteligencia, reconocía, con ira, que su lejano pariente, hercúleo, de esbelta figura, ojos y cabellos negros, cerebro portentoso, le aventajaba en todos los órdenes. Una rabia sorda le hacía desearle el mayor daño posible y no desperdiciaba ocasión de zaherirle con burlas sangrientas, para lo cual se amparaba en su condición de niño rico a cuyos padres debía aquel haberse elevado un punto sobre la miseria en que quedara.

Otra gran razón para que no quisiese bien a su primo lejano y condiscípulo, venía a ser Odile. No estaba enamorado de ella, pero como presumía de conquistador, hacía-sele insoportable que la joven no le hiciese caso alguno y en cambio se sintiera feliz en compañía del pobre diablos.

El sufrimiento de Tristán aumentaba de día en día. ¡Cuántas humillaciones por parte de aquel antipático petimetre a quien hubiera podido deshacer con sus puños de hierro! Más... ¡era hijo de las únicas personas que se habían apiadado de su miseria! Y por ellos lo soportaba todo con resignación maravillosa.

En ocasiones llegaba a repetirse:

—¡No puedo más! ¡Cualquier día...!

Retorcíase las manos y no terminaba la frase.

Era preciso padecer..., padecer..., no dar motivos a que sus protectores le acusaran de ingratitud.

Cierta vez...

Estudiantes de distintas academias y facultades, organizaron una

excursión. Formaban parte de ella, Odile, Joseph, Tristán...

Este último no había pensado acudir, pero Odile, al enterarse de tal propósito, empezó enfadándose mucho y acabó rogándole que no faltara.

—Si no vienes con nosotros —le aseguró, muy seria—, no volveré a mirarte ni a dirigirte la palabra.

—Iré —prometió el muchacho, complacido en el fondo de aquel afectuoso interés.

Su presencia no produjo buen efecto entre los amigos de Joseph —lo eran casi todos, dada su alta posición económica— y menos que en ninguno, en éste, quien le acogió con burlas hirientes:

—¡Caramba, el ogro! ¿Has salido de tu caverna para comernos... o te contentarás con aguarnos el día?

Sonaron risotadas y él continuó:

—Hubiera sido mejor para todos que te quedases metiéndote libroles en la cabeza. Eres tan bruto que necesitas estudiar a todas horas para salir adelante.

—¿No te parece que ya está bien? —preguntó Mandel, mordiéndose los labios.

Intervino Odile:

—Eso es de muy mal gusto, Joseph. Tristán vale más que muchos de vosotros y ha venido atendiendo a mis ruegos.

—¡Ah! ¡Ignoraba que eres su hada madrina! Estoy por decir a mis padres que suspendan los envíos de dinero en vista de que tú le proteges.

Mandel tuvo la sensación de que se le ponía una nube roja ante los ojos. Sufrir humillaciones a solas o en presencia de discípulos, bien, pero ¡delante de muchachas, de Odile, en particular!...

La joven, leyendo en las pupilas del infeliz algo trágico, le cogió de un brazo y se lo llevó presurosa, restándole importancia a la ofensa:

—Yen conmigo, Tristán. No hagas caso de tu primo. Con tal de parecer gracioso no vacila en decir tonterías.

Mandel se dejó conducir.

Lavedán había palidecido. Lo que vio en el semblante del humillado prodújole inquietud. Sin embargo, como sus amigos le observaban, añadió en voz lo suficientemente alta para ser oído por

todos:

—¡Veremos de dónde saca para contribuir a los gastos de esta excursión! Bueno está que mi familia le alimente y costee los estudios, pero pretender que sufrague también sus diversiones, me parece excesivo.

La alegre reunión se puso al fin en marcha.

En el lugar elegido desparramáronse todos por el campo, cual bandada de pajarillos alegres. Risas, juegos, canciones...

Tristán intentó varias veces permanecer alejado, mas Odile no se lo permitió. Esforzábase en alegrarle con el encanto de su alegría contagiosa.

Al atardecer, cuando las mentes estaban un poco caldeadas por las libaciones, excesivas dada la falta de costumbre que de beber tenían muchos de los muchachos. Joseph sorprendió a Odile sola, reposando bajo unos tilos, se le acercó sin ser visto y la besó en la mejilla. Incorporóse la joven y le cruzó el rostro.

—¡Indecente! ¿Qué te has creído?

Lavedán, desencajado, la atenazó fuerte y le buscó los labios con sus labios sin que ella pudiera eludir el beso brutal. Forcejeó después, y, tras darle un empujón, corrió perdiéndose en la espesura.

Joseph se rehízo pronto y sonrió contento de su «hazaña». De pronto, se puso serio. Jadeante, como consecuencia de la carrera, acababa de surgir Mandel.

—¡Eres un canalla!

—¡Tristán!

—¡Te lo he soportado todo, pero esto no te lo permito!
¡Defiéndete!

Avanzó hacia el petimetre, el cual, retrocediendo, exclamó:

—¡Fíjate bien en lo que dices y haces!

—¡Defiéndete!

Mandel arrojóse sobre el «conquistador» y de un soberbio puñetazo le hizo rodar sobre la hierba. Levantóse éste y quiso castigar a su enemigo. La pelea, durante unos momentos, pareció equilibrada, pues «el paria», dominado siempre por el complejo de inferioridad, resistíase a pegar en firme, consiguiendo sólo que el otro se creciese, más pronto anuláronse todas sus reflexiones y se puso en plan de lo que era: ¡hombre de cuerpo entero! Un

derechazo a la mandíbula fue suficiente para que Lavedán cayera otra vez, perdido el conocimiento y sangrante la boca.

Quedó varios segundos asombrado de lo que había hecho, resistiéndose a creerse capaz de haber pegado al hijo de los que le tendieran una mano para que no se hundiese en la vorágine de la vida.

—¡Soy un bruto! —masculló.

Inclinándose sobre Joseph, procuró por todos los medios a su alcance hacerle volver en sí.

—¡Vamos, muchacho! —animóle cuando le vio parpadear—. No ha sido para tanto. Creí que eras más fuerte.

Abrió el vencido los ojos y clavó en el vencedor una mirada tan llena de amenazas, que éste no pudo menos de estremecerse.

—¡Te acordarás de esto, Tristán!

El joven, reponiéndose enseguida, apresuróse a responder:

—Guárdate las amenazas. Te estoy tratando como no mereces y reaccionas con tu soberbia acostumbrada. Eres un poso de hiel, un bicho repugnante, un títere ridículo. Por gratitud a tus padres te he zurrado un poco fuerte nada más y te estoy atendiendo ahora. De haberse tratado de otro... no lo podría contar. Odile ha de ser sagrada para ti, ¿te enteras?

Comenzó a alejarse, pero se detuvo añadiendo:

—Puedes decir a la familia lo que gustes. Yo le escribiré hoy mismo contándole la verdad.

Desapareció a grandes pasos. Joseph le miró ir clavándole los puñales de sus pupilas.

Eludiendo a los demás componentes de la excursión, sin despedirse siquiera de Odile, emprendió Mandel el regreso.

* * *

Lavedán no se conformó con dirigir una carta a sus padres plagada de epítetos horribles para Mandel, «traidor», «cobarde», «agresivo», «ingrato», sino que, luego de ponerse de acuerdo con varios de sus amigos para que se dijese testigos de la escena, elevó una queja a la Dirección acusando al muchacho de haberle agredido por la espalda, sin razón que lo justificase.

Maniobró tanto y era el prestigio de sus progenitores tan grande,

que obtuvo el fin que se propuso: Tristán Mandel fue expulsado de la academia.

CAPÍTULO PRIMERO

DIEZ AÑOS DESPUÉS

La carretera que en pasados tiempos construyesen los bamboques bajo la dirección de ingenieros coloniales para unir Sang-Kang con

Bao-Bet

, había llegado a adquirir un nombre impresionante: «La ruta trágica». Debíase tal denominación a la cantidad de hombres que sucumbían mientras cruzaban aquellos cien largos kilómetros a través de la jungla, víctimas de emboscadas traidoras.

Inicióse la guerra con un ataque de los bamboques a un convoy de avituallamiento compuesto de veinticinco camiones sin protección. Las bajas fueron numerosas. El hecho se repitió una vez y otra, no obstante las precauciones que se tomaban en cada caso. Los enemigos, invisibles la mayor parte de las veces por cuanto conocían el terreno palmo a palmo y sabían dónde esconderse, sembraban de plomo y sangre el camino y huían, apenas consumada la hazaña, sin sufrir bajas apenas. Llegó el momento en que formar parte del convoy equivalía a una muerte casi cierta.

Aquello no podía permitirse. Las fuerzas coloniales se vieron reforzadas notablemente. Lo que en principio fueron escaramuzas, se había convertido ya en una guerra dura, cruel, encarnizada.

En la retaguardia, sin embargo, la tal guerra apenas si se dejaba sentir aun. Funcionaban los espectáculos, los *dancings*...

De cuando en cuando, llegaban vagos rumores de choques sangrientos, pero... ¡estaba tan lejos La ruta trágica!

Por las calles desfilaban a todas horas casquetes rojos de los spahis, boinas kakis o azules de los parachutistas, kepis blancos de legionarios...

En Kapoi, particularmente, podía decirse que estaban representadas todas las armas.

La animación no decrecía nunca. Parecía como si la gente, presintiendo la mala etapa próxima, quisiera apurar deprisa las fuentes de los placeres.

* * *

«La gaviota» era el café más importante de la población.

Aquella noche, como de costumbre, imperaba la alegría, forzada en unos, sincera en otros.

Junto a los vistosos uniformes descubriábanse no pocos trajes de paisano, así como grupos de muchachas alocadas y de vida incierta.

Taponazos, música, canciones, risotadas, voces.

Entre los hombres y mujeres que ocupaban una de las mesas, encontrábase Joseph de Lavedán. Contaba este poco más de veintiocho años, y al verle, nadie le hubiera creído con menos de cuarenta. Los vicios arruinaban su salud y su bolsa. Sus padres habían muerto y él se dio una maña inigualable para dilapidar la cuantiosa fortuna que le legaron. A pesar de todo, nadie creíale en la ruina, pues seguía derrochando como en sus mejores tiempos y la paga de capitán, grado máximo a que había llegado en el ejército, no podía permitirle, naturalmente, tales dispendios.

Decía él y lo creían casi todos, que lo que percibía del Estado apenas le bastaba para un día de diversión.

—Sirvo al ejército por amor patrio —repetía con frecuencia—, exclusivamente por patriotismo. A ello se debe que, abandonando, las comodidades que puede proporcionarme la riqueza, soporte los peligros de la vida militar.

Rosette Flandin, pálida, bonita, de ingenuos ojos acules... y espíritu depravado, sentábase junto a él y le dirigía burlonas miradas, a las cuales nadie concedía atención. Apenas si la muchacha tomaba parte en lo que se hablaba. En sus labios solía haber un rictus de fastidio que tan pronto la hacía interesante como antipática.

Joseph, interrumpiendo una de sus baladronadas, fijóse de pronto en el hombre solitario que acababa de tomar asiento a no mucha distancia de su propio grupo Arrugó el entrecejo y le chispearon las papilas.

—¡Que me maten si ése no es mi querido primo Tristán! —barbotó.

Las miradas volviéronse al recién llegado.

—¡Es un gran mozo! —dijo Rosette, sobreponiéndose a su abulia.

Varias muchachas admitieron lo dicho por su compañera. Los hombres, en cambio, molestos por tales expresiones de admiración, mostráronse burlones:

—¡Las ha flechado!

—No hay que liarse de las apariencias.

—A veces, esos tipos grandotes resultan huesos.

—Así es —apresuróse a decir Lavedán, cuyo ceño continuaba fruncido—. Nos encontramos ante uno de esos ejemplares. Mi pariente, le conozco bien, goza de todo lo preciso para ser indeseable: vanidoso, antipático...

—No se muestra usted muy benigno con la familia —protestó Rosette, irónica.

—Me gusta hacer justicia a las personas.

Siguieron los comentarios. Lavedán, no obstante el alcohol que le obscurecía el cerebro, dijo que la proximidad de aquel enemigo podría resultarle altamente peligrosa. Las circunstancias habían cambiado mucho. Ya no existían sus padres, cuyo respeto podía significar una barrera para el pariente pobre de quien, a raíz de la infamia que con él cometió, procuró apartarse discretamente. Conveníale echar tierra sobre tal enemistad por lo menos en apariencia.

—Voy a saludarle —dijo, como conclusión de sus reflexiones.

—¿En qué quedamos? —preguntó Rosette.

Y los otros bromearon en tal sentido.

—Nada tiene que ver que reconozca los defectos de ese hombre para que admita el parentesco que nos une.

Mientras hablaba así, su mirada cruzóse con la de Mandel, quien parecía querer taladrarle el cerebro. Sintió un ligero escalofrío, mas, reaccionando enseguida, se levantó y le llamó a gritos:

—¡Eh, Tristán!

—¡Vaya nombre! —comentó riendo uno del grupo, tipo de aspecto brutal—. ¡Está en consonancia con la cara fúnebre de su propietario!

La «gracia», lanzada casi a voces, fue oída por Mandel, el cual apretó los dientes y se incorporó despacio.

Detúvose al darse cuenta de que se aproximaba Lavedán, cuyos pasos no eran muy firmes.

Se observaron unos instantes.

—Hola, primo —murmuró Joseph, sin decidirse a tender la mano.

—Hola.

El tono exento de rencores empleado por Mandel, animó al otro a formular una sonrisa.

—Te he reconocido pronto porque... porque... no has cambiado apenas.

—Tú, sí.

—En todos los aspectos.

—Me alegraría de que así fuese.

—Puedes estar seguro. ¡Ha transcurrido tanto tiempo! ¡Cómo imaginar que al cabo de diez aros te iba a encontrar en este rincón!

—El mundo es muy pequeño.

—Es verdad.

—Yen con nosotros.

—No, gracias.

—¿Es que me aborreces todavía?

—¿Piensas que no tengo motivos?

—Sí, claro, pero... ¡han ocurrido tantas cosas! Lo nuestro fue una travesura de chiquillos.

—Una travesura de chiquillos... que pudo destrozar mi existencia.

—He pensado muchas veces en ello, lamentándolo. En fin, si no quieres dar el pasado al olvido...

—Olvidado queda, Joseph.

Resplandeció gozosa la cara del miserable.

—¡Ésta es mi mano!

—Ésta es la mía.

Se las estrecharon, aunque sin gran efusión. A Tristán parecióle

que apretaba algo viscoso, escurridizo.

—¿Qué ha sido de tu vida? —quiso saber Joseph.

El interrogado se encogió de «hombros, mientras contestaba:

—Soy teniente de infantería.

Asomó el asombro a los ojos de Lavedán.

—¿Es posible?

—¿Por qué no? Después de lo que hiciste conmigo, cierta persona se compadeció de mi suerte, y tras rehabilitarme, logró mi ingreso en otra academia. No puedo presumir mucho. Tengo ya veintiocho años y mi graduación no es excesivamente elevada, que digamos. Me cabe el consuelo de que la culpa no fue mía.

Lavedán no supo qué responder. Tampoco su carrera era muy brillante a pesar de que tuvo siempre las bazas a su favor. Eludiendo la censura envuelta en las palabras que acababa de oír, dijo tontamente:

—¡Vaya, vaya, vaya! Pues... me alegro de tenerte a mis órdenes. ¿Cómo no vistes de uniforme?

—No suelo llevarlo más que en actos de servicio.

—Bien, bien. Prescindo por un rato de la diferencia de categorías e insisto en que acudas» mi mesa. Hemos de celebrar este encuentro y nuestra reconciliación.

Habló en tono festivo, y cogiéndole de un brazo le llevó al grupo e hizo las presentaciones deslizándose una ironía que molestó a Tristán e hizo reír a los amigos.

Rosette, desde el primer momento, sintióse interesada por el joven teniente a quien dedicaba sonrisas y frases cariñosas, que para sí hubieran deseado muchos de los demás.

Mandel bebió poco. Cada vez que oponía reparos a que llenasen su copa, escuchaba burlones comentarios que subían de punto a medida que aumentaba la ebriedad de los reunidos.

Joseph, pasada la primera impresión que la presencia de su víctima le produjo, tornaba a mostrarse cruel, considerándole, como antaño, un pobre diablo a quien podía manejar a su antojo. Uno de los que más le secundaban era el amigo con cara de bruto, apellidado Lancrot, cuya «broma» acerca del nombre de Tristán oyese éste cuando estaba en la otra mesa.

—Voy a retirarme —anunció Mandel, harto de tanta majadería como estaba escuchando.

—¿Es posible? —preguntó Lavedán, con rostro compungido que provocó carcajadas—. ¿Vas a privarnos de tu animadora presencia?

—Deje al niño —aconsejó Lancrot, con el mismo acento—. Ya hemos oído que no le gusta beber... ni alternar. ¿Y si le riñen en casa?

Tristán se incorporó lentamente y, retirando la silla, encaróse con el gracioso:

—Escuche, *caballero*, soy hombre desde que nació. Usted, en cambio, será un monigote siempre.

Lancrot, arrugando los ojos hasta lo inconcebible, cogió una botella con ánimo de romperla sobre el cráneo del que había osado hablarle así, mas apenas hubo iniciado el primer movimiento recibió tal puñetazo que cayó de espaldas echando sangre por las fosas nasales.

Hechos de tal naturaleza se sucedían a menudo en aquel ambiente, mas no por ello dejó de suscitar calificativos adversos en los parroquianos.

Lavedán, frenético, apostrofó a su primo:

—¡Bruto! ¿Cómo te atreves a comportarte así con un amigo mío?

—¿Hubieras preferido que me dejase romper la cabeza? Piensa en el uniforme que vistes y quédate al margen de esta cuestión.

La actitud serena de Mandel impresionó favorablemente a los testigos. Rosette, en particular, le sonrió casi amorosa.

Levantóse Lancrot, atolondrado y limpiándose el ensangrentado rostro con la manga. Fosforecían sus pupilas como las de un tigre en acecho.

Tristán, esperándole a pie firme, le advirtió:

—Sea buen chico y confórmese con lo que lleva.

El golpeado, mascullando interjecciones, dio un salto hacia el enemigo llevando cerrada la guardia de sus puños. Hizo éste un esguince, a la par que de un derechazo imponente al estómago convirtió el cuerpo de su antagonista en un ángulo poco menos que recto.

Desplomóse Lancrot.

—Atiéndanle, si gustan —invitó Tristán a los demás del grupo—. Yo voy a beber ahora una copa. Con el ejercicio se me ha despertado la sed.

Ocupó la silla que poco antes abandonara.

Rosette apresuróse a servirle.

—Tome, valiente.

—¿Llama valentía a esto?

—¿Usted, no?

—De ninguna manera. Es de cobardes... o al menos de insensatos, gastar tiempo y energías en luchas de esta índole, mientras en el frente hacen falta hombres de verdad. Lamento haberme visto obligado a comportarme así.

Nadie le respondió de momento. La pulla había herido a cuantos escuchaban. Joseph fue el primero en exteriorizar su disgusto.

—Sería preferible que te callases... y que te fueras de aquí.

Su acento resultó agrio, conminatorio.

—A sus órdenes, mi capitán —repuso Mandel.

Apuró la copa y se dirigió a la puerta. Rosette corrió tras él, colgándosele de un brazo.

—No se vaya.

—Es preciso.

—¿Quiere que le acompañe?

—Gracias, guapa. Siga con sus amigos. Yo no soy pareja agradable.

—Opino que me satisfará su compañía.

—Puede que a mí la suya también, pero... otra noche.

Retiró de su brazo la mano que le acariciaba y ganó la calle, mezclándose al vocinglero gentío que cruzaba en todas direcciones. Rosette quedó mirando hacia el punto por donde le viera desaparecer. Su semblante expresaba despecho y admiración fundidos: Acabó encogiéndose ligeramente de hombros cual si contestara con aquel movimiento a sus propias reflexiones, encendió un cigarrillo y con pasos cadenciosos volvió al grupo donde la acogieron con bromas de mal gusto.

—¡Ya torna la princesa!

—¿Qué, le dio calabazas?

—¿No se ha rendido a sus encantos?

Los observó despectiva.

—Se creerán graciosos... y no hacen gracia ni aprendiendo los chistes.

Dirigióle Lavedán una mirada dura.

—Opino, Rosette, que se excede en palabras.

—Es lo mismo que yo pienso con respecto a sus amigos... y usted.

Se sirvió una copa, y, tras apurarla, alejóse de la mesa para ir a otra reunión.

Lancrot, en tanto, empezaba a recobrar el conocimiento y sacudía la melena de modo grotesco entre las risas de cuantos le rodeaban.

* * *

Poco antes de la media noche, Lavedán dirigióse a su cuarto del hotel.

Le dolía la cabeza como consecuencia de las libaciones y realizaba grandes esfuerzos a fin de que sus pasos pareciesen firmes.

No se le iba de la imaginación la figura de su primo. Haberle visto triunfar de nuevo, despertando el asombro de las mujeres e incluso el de los hombres, contribuyó no poco a que despertase el dormido odio que le inspiró siempre.

Se echó sobre una butaca, sin ganas de desnudarse, y empezó a fumar.

La puerta de la habitación, entornada simplemente aun, se abrió despacio y Tristán apareció bajo el dintel.

—¡Tú!

—Sí. He estado esperando a que regresases para decirte unas palabras a solas.

Lavedán se había, incorporado penosamente y escudriñaba medroso al recién llegado, en cuyos labios jugueteaba una sonrisa helada.

—Di lo que sea, pronto. Quiero acostarme.

—Es muy poco. Se trata de esta simple advertencia: cambia en absoluto de procedimientos con respecto a mí. Los tiempos han cambiado y no estoy dispuesto a soportar nada desagradable que de ti provenga. Esta noche has intentado volver a las andadas. No lo repitas porque en tal caso te mataré.

—¿Cómo te atreves? ¡Soy tu capitán!

—En este momento somos nada más ni nada menos que dos hombres y, de hombre a hombre, te digo que estoy resuelto a deshacerte si intentas algo que me perjudique. Nada más. Que

duermas bien.

Dio media vuelta y abandonó la estancia.

Joseph volvió a dejarse caer en la butaca. Sudaba copiosamente. En las pupilas del que acababa de irse había visto una amenaza implacable.

Acarició gozoso la idea de eliminarle fuera como fuese.

Las cortinas que separaban aquella habitación de la inmediata describióse sin ruido permitiendo ver a un hombre de mediana edad, alta figura y ojos oscuros de mirada inquietante.

—¡Rasai Milunovic! —exclamó Joseph, reprimiendo el sobresalto que la inesperada visita le produjo.

—Buenas noches, señor Lavedán —dijo el mencionado, llevándose un dedo a los labios en mudo consejo de que bajase la voz.

—¿Por dónde ha entrado? No ha debido acudir a mis habitaciones.

Rasai fue a la puerta de salida, miró al exterior, cerró por dentro y volvió junto a Joseph.

—Tranquilícese. Sé hacer bien las cosas. Nadie me ha visto. Pero aun en el caso de que alguna persona hubiera reparado en mí esta noche, nada habría que temer. Soy Rasai Milunovic, rumano establecido desde hace tiempo en Kapoi. Todo el mundo me respeta y estima. Usted es el «prestigioso» capitán de infantería Joseph de Lavedán. ¿Tiene algo de extraño que seamos amigos y nos visitemos mutuamente?

En su acento campeaba la ironía. Diríase que se gozaba en burlarse de tales manifestaciones.

—De todos modos... —protestó su interlocutor.

—No tema nunca por mi actuación, dilecto amigo, y cuide de que la suya sea eficaz.

—Supongo que lo es.

—Desde luego, pero a veces siento vagas inquietudes. Esta afición desmedida a los licores, a las muchachas guapas...

—Soy dueño de mis actos.

—Sólo hasta cierto punto. Se encuentra usted ligado a nosotros y todos formamos una especie de máquina en la que no debe fallar nada. Mis palabras, por hoy, equivalen a una simple advertencia. No olvide que el contraespionaje extiende sus tentáculos por todos

los rincones y que una simple palabra imprudente dicha en momentos de euforia producida por el alcohol u otros placeres puede resultarnos fatal.

—No lo olvido... por la cuenta que me trae. Nunca pierdo mi propio control.

—Me congratulo de ello. Bien, aquí tiene lo que le corresponde por sus informes últimos y por los medios que nos facilitó para la llegada de la remesa de armas con destino a nuestros amigos los bamboques.

—¡Eso de que son nuestros amigos...!

—¿Por qué no? A usted, como a mí, nos pagan espléndidamente y no debemos incurrir en el grave delecto de la ingratitud. Nada nos importan los fines de estos hombres ni los de los compatriotas de usted. Los primeros, defienden su independencia. Los segundos... el afán de llevarles la civilización y aprovechar los productos de su subsuelo. ¡Allá unos y otros!

Mientras hablaba, iba depositando sobre la mesa gruesos fajos de billetes sobre los cuales clavábase la codiciosa mirada de Lavedán, quien, dada su situación, no encontró argumentos para rebatir lo que se le decía.

—¡Supongo! —añadió el rumano, tras larga pausa— que tendrá algo que decirme.

—Efectivamente. Se planean nuevas operaciones...

—Soy todo oídos.

Los vapores alcohólicos entorpecían un tanto el cerebro de aquel traidor a su patria, pero se sobrepuso y durante largo rato estuvo dando informes valiosos de los cuales tomaba nota mentalmente.

Cuando la entrevista parecía acabada, añadió Joseph:

—Ha llegado recientemente a Kapoi un hombre a quien considero peligroso y cuya desaparición nos convendría. Usted cuenta con medios sobrados para la realización de una tarea de tal índole.

—¿Se refiere al teniente Tristán Mandel?

Joseph exteriorizó con un gesto la sorpresa causada por tal pregunta.

—¿Usted sabe...?

—Amigo mío, estoy en la obligación de vigilar constantemente cuanto ocurre en la ciudad. Uno de mis hombres me ha comunicado

lo sucedido esta noche en «La gaviota» y eso ha sido suficiente para que el tal señor Mandel despierte un poco mi atención. A veces, las cosas de apariencia insignificante cobran volumen. Un teniente que acaba de arribar a Kapoi y resulta pariente lejano de usted; una conversación entre ambos que pone de manifiesto determinada enemistad lejana; una reacción violenta por parte de ese muchacho que le induce a lanzarse sobre Paul Lancrot... Son todas esas cosas, posiblemente, pequeñeces sin trascendencia alguna, pero que yo no debo ignorar.

Joseph estaba atónito. Constáble que Rasai Milunovic dirigía una buena organización al servicio de sus fines, mas, nunca supuso que funcionase tan bien.

—¿Cómo ha podido usted saber...?

—No tiene importancia. Hablaron ustedes sin recatarse de nadie. ¿Tiene algo de particular que uno de mis amigos les viera y oyese?

—No, claro que no.

—La casualidad ha querido que a los pocos momentos de llegar yo aquí..., sin necesidad de que nadie me abriese la puerta y cuando me disponía a presentarme a usted, entrase el hombre que nos ocupa. Sin proponérmelo, me he enterado de la breve conversación sostenida entre ustedes.

Lavedán inclinó ligeramente la cabeza. No le era posible mantener sus palabras anteriores relacionadas con la peligrosidad de Mandel para la causa de los bamboques. Reanimóse, sin embargó, oyendo agregar a Rasai:

—Me gusta servir a las personas que me sirven, ayudándolas, incluso, en sus asuntos particulares. Usted desea la muerte de ese oficial. Bien. Deje el asunto de mi cuenta.

—¿Entonces...?

—Ahórrese las preguntas y espere.

Cuando el rumano abandonó poco después la habitación, Lavedán acarició los billetes, perdida la mirada en un punto donde creía ver ya el ensangrentado cadáver de Mandel.

CAPÍTULO II

LA VAMPIRESA

El general Baptiste Tourbault, jefe superior de las fuerzas coloniales, puso un gesto duro, impresionante, al ver entrar, sin previo aviso, por la puerta excusada de su despacho, a un oficial desconocido.

—A sus órdenes, mi general. Se presenta el teniente Tristón Mandel.

La cólera reflejada en el semblante de Tourbault, cedió paso rápidamente a la sorpresa. Suavizáronsele las facciones y hasta tuvo un conato de sonrisa.

Tras invitarle a que bajase la mano que le saludaba militarmente, tendióle la suya:

—Bienvenido, inspector. Tenía noticias de su próxima llegada. Siéntese, tenga la bondad.

Mientras ocupaba el amplio y cómodo sillón que tenía más cerca, dijo el visitante:

—Le pido disculpas por mi irrespetuoso modo de entrar, pero temo que alguien haya fijado en mí su atención y todas las precauciones son pocas. Desconocemos a muchos de los que nos rodean. De haberme anunciado, usted, probablemente, hubiera tenido la gentileza de recibirme enseguida, dando lugar a que el hecho sorprendiese al personal del Departamento.

—Ahórrese las explicaciones, por favor. Sé algo, aunque no mucho, de cómo suele comportarse nuestro Servicio Secreto, del que es usted puntal firmísimo, y no puedo extrañarme de un pequeño detalle como este que nos ocupa.

Mandel dio las gracias por el elogio con una inclinación de

cabeza y aceptó el magnífico cigarro que el general le ofrecía.

—Le supongo enterado —siguió diciendo Tourbault— de que yo mismo he solicitado el concurso de tal Servicio. El contrabando de armas a los bamboques es cada día más importante. Muchos de nuestros planes de campaña llegan a conocimiento del enemigo, el cual, conocedor del terreno, como es lógico, tiende emboscada tras emboscada en la jungla y mata casi impunemente a nuestros hombres. Hace falta descubrir al traidor... o a los traidores. Cuando supe que era usted la persona designada para colaborar en este difícil y peligroso trabajo, me alegré profundamente. Sé, a través de otros jefes, lo grande que es su valía.

—Le suplico, mi general, que no continúe encomiándome. Cumpló con mi deber y ése es mi mayor premio. En cuanto a éxitos..., opino que se lo debo a la suerte más que a nada.

—Bien, bien. Sé que la modestia es una de sus virtudes, pero no la prodigue con exceso. ¿Cuándo llegó a Kapoi?

—Ayer, a última hora de la tarde. Usted se encontraba ausente y hube de aplazar mi visita hasta esta mañana. ¿Querrá, mi general, informarme exactamente de la situación, facilitándome, al propio tiempo, cuantos datos conozca, cuantas sospechas tenga?

—Desde luego. Escuche..., aunque le advierto de antemano que es muy poco lo que en ese segundo aspecto le puedo decir.

Dirigió Mandel una mirada hacia las puertas. Tourbault, sonriendo comprensivo, añadió en otro tono:

—¡No se preocupe! ¡Nadie se atrevería a entrar, ni siquiera a acercarse, sin mi permiso!

—Me permito recordarle... que yo lo acabo de hacer.

—Es verdad, pero... los hombres como usted no abundan. De todos modos, convéznase, si gusta, de que no hay nadie cerca.

Mientras Tristán inspeccionaba discretamente los alrededores del despacho, Tourbault dio ordenes, a través del teléfono interior, de que no les molestase nadie en absoluto.

—¿Todo en orden?

—Todo.

El diálogo se prolongó más de media hora. Atendiendo a los deseos del inspector, el general, entre otras cosas, le hizo saber cuánto conocía en relación con los jefes y oficiales a sus órdenes. Solicitó aquel ampliación de datos sobre alguno de ellos. Por eso,

Tourbault no se sorprendió lo más mínimo al oírle decir, cuando llegó el turno a Joseph Lavedán:

—¿Qué concepto tiene formado de ese hombre?

—Muy bueno. Goza de mi confianza absoluta.

—¡Ah!

—Tiene sus pequeños defectos, pero... hay que ser tolerante con la juventud y comprensivos con las distintas circunstancias que puedan rodearla. Ese muchacho heredó una gran fortuna y se divierte más de lo que sería aconsejable durante sus horas libres. Esto es lamentable, pero forzoso es reconocer que, mientras cumpla fielmente sus deberes, no procede oponerse a que haga de su dinero lo que le venga en gana.

Mandel asintió con un ademán elusivo. Era uno de los pocos enterados de qué la riqueza de Lavedán no existía ya más que en la imaginación de éste, mas abstúvose de hacer comentario alguno, limitándose a tomar en cuenta la noticia.

—¿Tiene usted, acaso, algo contra ese oficial? —quiso saber Tourbault.

—Nada en absoluto.

—Me pareció advertir en su semblante, interés acentuado.

—¡Oh, no! Me inspira todo el mundo la misma atención.

Poco más tarde, despedíase del general, quien le ratificó la carta blanca que traía para desenvolverse como lo juzgase oportuno en cada caso.

* * *

Mandel pasó el resto del día deambulando de un sitio a otro, con aire aburrido, tratando de distraerse, en apariencia, y examinando cuanto se ponía a su alcance, en realidad.

Lo que le dijo Tourbault acerca de la fortuna de Joseph y de los excesivos gastos de éste, no se le iba de la imaginación.

Por un momento, llegó a temer que fuera su antipatía al gran canalla la causa de que concediese importancia a aquel detalle, mas, luego de introinspeccionarse calmamente, llegó a estar seguro de que, como de costumbre, no se dejaba influir por ningún sentimiento subjetivo al enjuiciar el problema. Cabía en lo posible, incluso en lo probable, que Lavedán tuviese alguna fuente de

ingresos que no bordeara el código, pero de todas las maneras, formó el propósito de hacer indagaciones y no perderle de vista.

Al anochecer entró en «La gaviota», donde su presencia fue acogida con cierta curiosidad por los empleados del establecimiento y por algunos asiduos parroquianos que fueron testigos de su pelea con Lancrot.

En torno a una de las mesas ocupada por varios hombres, entre los que encontrábase Raisi Milunovic, estaba Rosette, la cual le dirigió una de sus encantadoras sonrisas. Correspondió el muchacho simpáticamente y fue a tomar asiento en uno de los rincones desde el que le era fácil ver a todos los que entraban y salían.

Sin haber pensado en ello, ocurriósele de pronto que debería incluir a la muchacha en el número de las personas dignas de atención. Desde el momento en que era amiga de Joseph, como observara la pasada noche, resultaba sensato tenerla en cuenta, toda vez que había decidido preocuparse de las actividades de su pariente.

—Aquí le tenemos —dijo en susurro el rumano, refiriéndose a Tristán—. No parece sino que ha acudido a nuestro conjuro.

En efecto, poco antes estuvo ocupándose del joven que estorbaba a Joseph. Milunovic había hecho comentarios significativos, aunque no dejó traslucir con exactitud lo que se proponía, en espera del momento en que le pareciera oportuna la actuación en tal sentido.

Rosette presintió algo siniestro, si bien no alcanzó a medir su envergadura. Aunque era una mujer de sentimientos atrofiados para quien la vida de las personas, empezando por la suya, carecía de importancia, la presencia de aquel hombre que escapaba al denominador común, le había causado impresión desde el primer momento y no le hizo gracia la idea de que le sucediese algo irreparable.

Abstúvose, sin embargo, de exteriorizar siquiera con un leve gesto, aquella cosa inconcreta nacida en su espíritu. Su obligación era obedecer. En medio de todo, el muchacho, aunque pareciese distinto, no pasaría de ser uno más.

—Ayude a los chicos, Rosette —indicó Milunovic.

—¿Ayudarles?

—Sí, escuche.

Bajó la voz, dándole breves instrucciones.

—De acuerdo —respondió ella, luego de escucharle atentamente—. Haré lo que pueda, aunque no confío mucho en el éxito. Es un hueso duro de roer.

—¿Será usted capaz de confesarse fracasada?

—Suelo rendirme siempre a la evidencia. Anoche, simplemente porque me resultó agradable su valentía, quise acompañarle y me desdenó.

La evocación de tal momento hizo aumentar el brillo de las azules pupilas, principal atractivo de aquel rostro bello, a pesar de los estragos del vicio.

—Espero que esta noche triunfe —murmuró Rasai, con suavidad excesiva, lo cual era interpretado por los que le conocían bien como una orden tajante.

Rosette giró en el asiento y miró con fijeza a Tristán, el cual tornó a sonreírle derrochando simpatía.

—¡Vaya! —dijo la joven en susurro—. Parece que el ogro se ha humanizado un poco.

—Adelante —animóla el rumano.

Alzóse ella perezosamente, hizo como si se despidiera de sus compinches y, muy despacio, fue hacia Tristán.

—Buenas noches.

—Hola, preciosa.

—¿Está usted de mejor humor?

—Ya ve que sí. ¿Quiere sentarse?

Aceptó la mujer. Ambos se observaron en silencio, sonrientes. Tristán hizo señas a un camarero que se acercó solícito.

—Champaña.

—Se siente usted rumboso —bromeó ella.

—Trato de desagraciarla. Anoche estuve brusco. No suelo ser así con las damas. El incidente de que fui actor me puso los nervios de punta. He vuelto a este café alentando la esperanza de verla y pedirle disculpas.

Rosette entornó los párpados mirando a través de ellos al hombre que, nuevamente, tornaba a parecerle distinto a los demás.

—Es usted muy amable.

—Menos de lo que usted merece.

Nuevo silencio contemplativo.

Se aproximó el mozo trayendo el champaña.

El taponazo hizo decir a la muchacha:

—Ése es uno de los ruidos más agradables que conozco.

—¿Le gusta beber?

—Desde luego. ¿A usted, no?

—En ocasiones.

Lleváronse las copas a los labios, contemplándose a través del fino cristal.

—No sé por qué —dijo luego el joven—, me parece usted una buena chica que juega a ser mala.

—¡Ah! ¿Piensa colocarme el disco de la regeneración? Debo advertirle que, con ligeras variantes, lo he escuchado cientos de veces. Ni soy buena chica ni juego a ser mala. Catalógueme entre las mujeres vulgares y habrá acertado.

—Si así lo desea...

—Exactamente. Vivo de mi arte, un arte ínfimo: cantar y bailar melodías pegadizas que son las que más gustan. He actuado varias veces en este establecimiento. De ahí que tenga amistades entre la parroquia. Reapareceré a fines de semana.

—Tendré mucho gusto en aplaudirla... si mis obligaciones no me apartan de la ciudad antes.

—¿Negocios?

—La guerra. Soy teniente de infantería.

—Es verdad. No me acordaba de que el capitán Lavedán dijo algo en ese sentido.

—¿Es usted muy amigo suyo? Perdone la indiscreción de la pregunta.

Se expresó cual si de pronto hubiera sentido un ramalazo de celos. Y lo hizo tan perfectamente, que la muchacha, tras ligero parpadeo nervioso producido por la inquietud, sintióse halagada.

—Sostengo con él las mismas relaciones que con otros muchos. Me gusta tener amigos, pero no permito a nadie que traspase el lindero de la amistad.

—Ale agrada la noticia. Lamentaría que tuviera usted el corazón ocupado..., haciéndome imposible la entrada en él.

Lanzo Rosette una risa musical. Tornaron a llenar las copas. El dialogo fue cobrando calor. Entre bromas y veras llegaron a hacerse «confidencias» falsas de parte y parte. Mandel pidió más champaña

y no tardo en advertir que su interlocutora mostraba empeño en que él bebiese mucho. Siempre en guardia ante cualquier evento y siguiendo la costumbre de hacer cuanto estuviera a su alcance por penetrar el fondo de las cosas, fingió un principio de embriaguez.

La vampiresa continuaba animándole a beber poco menos que sin descanso.

Cuando consideró llegado el momento oportuno, susurro con acento que equivalía a una caricia:

—No quisiera que se marchase al frente sin darme a conocer su opinión sobre mis aptitudes artísticas. En una casita que tengo alquilada en las afueras, hay piano y champaña también. Le invito a que me acompañe.

Aceptó Tristán, dando muestras de alegría. Mientras abonaba al camarero el importe de lo consumido, Rosette hizo a Milunovic una seña casi imperceptible.

—¿Vamos? —dijo el inspector, ofreciendo el brazo a la «vampiresa».

—¡Vamos!

Salieron juntos. Quiso ella oponerse a que alquilaran un coche, pero Tristán insistió en hacerlo.

—Tanto, mis piernas como mi cabeza, se muestran poco firmes y no me gusta hacer esos.

¡Pero si ha bebido muy poco!

—Demasiado, dada mi falta de costumbre.

El automóvil dejó atrás la ciudad y a dos kilómetros largos de la misma detúvose ante un hotelito de dos plantas, rodeado de pequeño jardín.

—¡Éste es mi palacio! —exclamó la joven, risueña, apenas hubieron abandonado el vehículo.

Abrió la puerta con el llavín que guardaba en el bolsito y entró delante para dar la luz. Enseguida volvió sobre sus pasos para cerrar nuevamente.

—Subamos. El piano está arriba.

No tardaron en encontrarse en una habitacioncita donde había algunos muebles de precio, si bien se notaba en todo cierto abandono.

Rosette comenzó a canturrear mientras sacaba de un mueble botellas y copas. Notábase su deseo de ahuyentar cierta

obsesionante preocupación. Tristán la observaba con disimulo perfecto.

—¿Qué le apetece ahora? —inquirió ella, falsamente frívola—. ¿Más champaña? ¿Burdeos? ¿Coñac?

—Beberé lo que usted beba.

—¡Magnífico! ¡Vaya por el coñac!

Llenó dos recipientes de los que ambos tomaron pequeños sorbos, dejándolos sobre la mesa.

—Estoy contenta de haberle conocido, ¿sabe? Y usted debe alegrarse también. Voy a tocar y cantar. ¡Beba sin miedo mientras me oye!

Sentóse al piano. Sus dedos ágiles, que hacían pensar en lirios pálidos, deslizáronse sobre las teclas arrancándoles sonoridades que tan pronto eran murmullos acariciadores como rugidos de tempestad. Entreabrióse sus labios, al fin, y una voz dulce, bellísima, que apenas recordaba a la que Tristán había oído hasta entonces, se fue elevando en el aire.

No fue aquélla una cancioncilla picaresca y chabacana, como el joven esperaba oír, sino un trozo de poesía hecha música o de música hecha poesía.

Mandel, impresionado, escuchó con arrobó, conteniendo casi el aliento, hasta que el maravilloso poemita tocó a su fin.

Rosette permaneció unos, momentos inmóvil, caídos los brazos, inclinada hacia adelante la cabeza cuyos rubios cabellos antojáronse al joven una aureola luminosa.

Se acercó casi de puntillas, temeroso de despertar a la artista de aquella especie de éxtasis. De pronto, ella hizo girar el taburete, sacudió los rizos en provocativo movimiento y lanzó una carcajada estridente.

—¡Qué cursi! ¿Verdad?

El encanto estaba roto. Mandel permaneció callado, observándola con fijeza.

—¡No me mire así! ¡Parece un juez! ¡Deme coñac!

Hizo él lo que se le pedía y añadió ella:

—Imíteme. Esta noche quiero emborracharme... como tantas otras. También usted debe hacerlo. ¡Vamos! ¿A qué espera? ¡Beba conmigo!

Apuraron las copas.

—¡Ahora va a oír mis verdaderas «creaciones»! ¡Banalidades!
¡Estupideces!

Mandel la sujetó de los hombros.

—No quiero que cante más.

—¿Qué dice?

—Prefiero llevarme el grato recuerdo de lo que he oído. Venga junto a mí.

No opuso Rosette resistencia y ambos fueron a sentarse en un sofá.

—¿Qué clase de mujer es usted?

—Ya se lo dije antes: una cosa... digna de poco aprecio. No me gustan las copas vacías. Voy a llenarlas.

Escanció otra vez coñac, tío nervosismo crecía poco a poco. Comenzaba a dar señales de embriaguez. El inspector mostrábase, a su vez, casi borracho. Cambiándose las tornas. Era él quien la incitaba ya a que bebiese. Y, hábil, llevó la conversación por los derroteros que le convenía, mas no sacó nada en claro. Rosette, cada vez que se encontraba ante un punto difícil, entornaba los ojos, se pasaba la mano por la frente, reía aunque no hubiese motivo y variaba el rumbo del diálogo.

Mandel, no obstante sus excepcionales cualidades para estudiar y conocer a las personas, continuaba indeciso, ignorando si aquella criatura era una asombrosa comedianta, o simplemente una pobre víctima.

Cansado de sus intentos infructuosos, decidió retirarse. Ella fe retuvo.

—No se marche todavía. Quédese aquí... hasta que amanezca. Cantaré y tocaré para usted más cosas cursis, ya que son las que le gustan. Pero antes debe besarme fuerte, muy fuerte.

La estrechó el entre sus brazos y la besó en la boca, hechizándola. La apartó luego, haciéndola caer sobre el sofá, y con voz firme, segura, de la que había desaparecido todo indicio de embriaguez, exclamó:

—Adiós, Rosette. No sé si he pasado una hora feliz o amarga. Me da usted pena. No va oír ese disco de la regeneración que, según sus propias palabras, tanto le han repetido, sino una censura. Es lamentable que mientras en los frentes corre la sangre de la juventud, aquí en la retaguardia, una mujer como usted piense sólo

en emborracharse y en atraer al vicio a los que la rodean. También para la mujer hay sitios en los campos de batalla. Usted podría alentar a nuestros muchachos con su voz maravillosa, con esas canciones cursis, como las llama. Podría curar heridos, podría, en fin, hacer algo que la dignificara a sus propios ojos y a los de sus compatriotas.

Escuchábale la muchacha, aturdida. Muy abiertos los bellos ojos, temblándole los labios.

De pronto, soltó otra risotada.

—¡El disco!... ¡Me lo soltó!

Tristán cogió su sombrero y fue hacia la puerta. Ella, incorporándose de un salto, se le interpuso:

—No se marche... La noche es muy oscura... Espere... Espere...

El inspector hubo de emplear alguna violencia para desprenderse de los brazos que le retenían y bajó los peldaños de dos en dos.

Rosette tornó a llamarle inútilmente. Dio, incluso, algunos pasos hacia la salida, mas acabó encogiéndose de hombros.

«Lo que ha de ser, ha de ser...», dijo torpemente. Y volviendo a la salita del piano, llenó por enésima vez su copa hasta los bordes.

Mandel recorrió el pestillo de la puerta que daba al pequeño jardín. Lo hizo de pronto y abrió de un tirón, impulsado por la excitación nerviosa. Su acto produjo un movimiento invencible en dos hombres que le aguardaban ocultos tras los árboles. No hubiera podido el muchacho asegurar que la vista le había sido fiel, pues el tal movimiento resultó brevísimo y de poca importancia, mas bastóle para aguzar los sentidos en previsión de cualquier sorpresa.

Se le ocurrió la idea de volver a fingirse borracho, lo cual le permitiría, mientras daba traspiés, mirar en todas direcciones sin que nadie se pudiese extrañar.

Canturreando una musiquilla, avanzó hacia la puerta de la verja con pasos torpes y dispares, como si quisiese medir el terreno que pisaba. Entretúvose más de lo natural en abrirla y salió por fin al camino.

La noche era oscura. Lloviznaba y el viento emitía gemidos lastimeros.

Tristán, siempre con paso inseguro, emprendió la marcha por el descampado que se abría ante él, sin cesar en el canturreo, cual si se

propusiese orientar a sus posibles seguidores.

Aun en medio de la obscuridad, distinguió una sombra cautelosa que se le iba aproximando. Luego, otra más.

Una sonrisa distendió sus labios al decirse que todo aquello equivalía a una emboscada contra él. Rosette le llevó allí con tal objeto. Los secuaces, burlados, quizá, al verle subir a un coche y no pudiendo alcanzarle, habían esperado su salida y, para no comprometer a la muchacha, renunciaban a atacarle en el jardín, buscando un sitio a propósito lejos de éste.

No podía comprender la causa de tal maniobra. Nadie, a excepción del general Tourbault, le conocía allí como inspector del Servicio Secreto. ¿Por qué, entonces, querían —si no estaba equivocado en sus sospechas— eliminarle?

Pensó en Lancrot, admitiendo la posibilidad de que fuera un ser vengativo que hubiera querido cobrarse de infame manera los puñetazos de la noche pasada. La figura de Lavedán cobró también fuerza en su mente.

Pisadas muy quedas sonaban ya a corta distancia. Se revolió de pronto, llevando empuñada la pistola, en el preciso instante en que un hombre, con aspecto de gorila a quien aquella misma noche viera en «La gaviota», se le abalanzaba esgrimiendo un cuchillo.

Sonó un tiro amortiguado por el tubo silenciador. El fracasado criminal dejó caer la acerada hoja y se llevó ambas manos al vientre, al propio tiempo que lanzaba un rugido agónico. Mandel hubo de dar un salto hacia atrás, para que no se le viniese encima. El salto le salvó, pues en la misma fracción de segundo, una bala, partiendo de entre las sombras, cruzó el sitio abandonado por él.

Echóse a tierra rápidamente e hizo fuego hacia el punto donde partiera el plomo. Un grito de dolor anuncióle que había dado en el blanco. No obstante, temeroso de una estratagema, permaneció quieto, escudriñando la obscuridad. Al cabo de varios minutos de silencio, interrumpido sólo por los quejidos cada vez más tenues del asesino primero, Tristán comenzó a retroceder pulgada a pulgada, arrastrándose, fija la vista en las sombras que tenía delante, amantillada la automática.

Cuando se hubo apartado un buen trecho sin que nadie le hostilizase, se alzó a medias y corrió hasta encontrarse fuera del alcance de los tiros que pudieran dirigirle desde el escenario del

drama.



Le asió un descomunal puffetazo...

Continuó el silencio.

Tristán, dando un rodeo considerable, aproximóse al lugar de donde partiera el disparo que estuvo a punto de segar su vida.

Tropezó con un cuerpo inmóvil, retorcido, muerto, empapado de sangre. Le volvió hacia sí, inclinándose para verle el rostro. Era otro

de los hombres que acompañaban a Rosette en «La gaviota».

Su primer pensamiento fue ir en busca de la muchacha y llevar a cabo su detención, mas desistió enseguida. Era preferible no darse por enterado de la parte tomada por ella en el intento de crimen y, convencido ya de la clase de mujer que era, concederle la máxima atención a fin de que, contra su voluntad, le condujese al corazón de aquel misterio.

Los tiros no habían atraído a nadie hacia aquella soledad inhóspita.

La lluvia arreciaba. El viento ululaba como si estuviese poblado por legiones de almas en pena.

Dirigióse Mandel hacia el primer agresor. Ya no respiraba tampoco. Tenía los ojos desorbitados, llenos de agua, mirando fijos como en muda interrogante.

El macabro espectáculo produjo náuseas en el inspector, quien, subiéndose el cuello del abrigo, echóse el sombrero sobre los ojos y con elásticos pasos emprendió el regreso a la ciudad.

CAPÍTULO III

LA MUERTE SELLA UNOS LABIOS

El descubrimiento de los dos cadáveres, no produjo efecto alguno. ¡Eran tan frecuentes los hechos violentos en aquella atmósfera enrarecida!

Todo se redujo a abrir una información con resultado nulo y a dar sepultura a los cuerpos.

Las dos únicas personas a quienes la noticia causó sensación, fueron Rosette y Milunovic.

Ignoraba la primera que se había decretado la muerte de Tristán. El jefe le dio la orden de emborrachar a éste y llevárselo hacia su casa y ella no se metió en averiguaciones peligrosas. Supuso, sí que no se trataba de nada bueno para el muchacho, más sin admitir la idea de que hubieran resuelto asesinarle. Más bien se inclinó a creer que quisieran secuestrarle con alguno de los fines políticos a que tan habituada estaba. Enterarse de que aquellos dos elementos de la banda habían sido encontrados muertos en el descampado que conducía a su propio domicilio, le hizo relacionar los hechos y llegar a la conclusión de que perecieron a manos de Mandel.

En cuanto al rumano, no pudo contener exclamaciones de asombro al recibir la nueva en su despacho.

El suceso antojábasele inaudito. ¡Un hombre solo, bajo los efectos del alcohol, enfrentándose con dos avezados criminales que le acechaban entre las sombras y dándole muerte!

Desde luego, el enemigo resultaba infinitamente más peligroso de cuanto hubiera podido suponer.

Admitió la idea de que el joven no hubiera actuado solo, de que

contaba con elementos que le ayudasen y que le hubieron seguido hasta el lugar de la tragedia guardándole las espaldas. Esta probabilidad le indujo a decirse que, aunque la muerte de Mandel hacía necesaria, no procedían las precipitaciones, sino que era prudente adoptar todo género de medidas antes de atacarle de nuevo.

Envió recado a Rosette para que le visitase, y se hizo referir detalladamente la entrevista que ambos jóvenes sostuvieron, si bien la muchacha ocultó el detalle de que Tristán, al irse, aparecía completamente sereno, cual si no hubiese probado una gota de licor.

Ni ella misma hubiera podido decirse por qué se reservaba aquella parte de su informe.

—¿Observó usted —inquirió Rasai— si algún coche seguía al que tomaron ustedes?

—Me atrevo a asegurar que no. Mientras cruzábamos las calles, eso hubiera podido pasármeme por alto, pero al salir de la ciudad lo habría advertido, dada la falta de tráfico que hay en todo cuanto rodea mi casa.

—Es inconcebible... De todo punto inconcebible.

—Esos compañeros, ¿tenían la misión de acabar con el muchacho?

Era una de las contadas veces que se atrevía a hacer una pregunta a Milunovic. La observó éste, ceñudo, más la expresión de la artista resultaba tan indiferente y aburrida, que depuso su repentina actitud y respondió:

—Sí. Existen razones que aconsejan su desaparición total.

Rosette dominó con trabajo sus emociones. No obstante la abulia y escepticismo que la dominaban casi siempre, sintióse impresionada por lo acabado de oír.

La confirmación de que Tristán había eliminado a los dos malhechores encargados de su muerte, le hizo crecer ante sus ojos. La respuesta afirmativa dada por el rumano sobre la suerte que aguardaba al joven, le punzó el corazón, aquel corazón que ella creía totalmente insensible.

—Parece que se ha afectado usted.

—Un poco. No es cosa grata saber que han caído dos amigos.

—Comprendo.

Poco después, abandonaba la muchacha el domicilio de su jefe. Iba preocupada como en pocas ocasiones lo estuviese. Creía sentir sobre sus labios la quemazón del beso que Tristán le diera, de aquel beso que, pese a su voluntad, había despertado todas sus fibras.

«Soy una imbécil —decía para sí una vez y otra—. ¿Qué me importa ese hombre?».

Y se indignaba al comprobar que le importaba mucho, no obstante sus esfuerzos para apartárselo de la imaginación.

Estuvo en «La gaviota» poco tiempo. Fue luego de café en café, de *dancing* en *dancing*.

En todas partes bebía más aun de lo acostumbrado. Era como si el deseo de aturdirse se le hubiera agudizado como nunca.

Sus ojos recorrían con incontenible ansiedad todos los establecimientos donde entraba. De minuto en minuto, sentía crecer el anhelo y, al propio tiempo, el temor de encontrarse con el muchacho a quien, sin saberlo, intentó llevar a la muerte. Al muchacho que había sabido envenenarla con un beso.

Lo que menos imaginaba era que Tristán, teniendo buen cuidado de no ser visto, seguía todos sus pasos, tomando nota de las personas con quienes hablaba y del modo en que lo hacía.

Declinaba la tarde cuando Rosette, poco firme ya la cabeza, entró en «Los Molinos», *cabaret* de no mucha importancia, casi en los arrabales de Kapoi.

Los parroquianos formaban una masa heterogénea, no exenta de pintoresquismo.

Las risas parecían más estridentes que en otros establecimientos de su índole. La música, más chillona. Más vivos los colores.

Se bailaba olvidando toda delicadeza y llegaban a establecerse diálogos entre el escenario y la sala.

Rosette, con andar perezoso, un tanto felino, acercóse a la barra y pidió menta, a la par que tomaba asiento sobre uno de los taburetes y paseaba la vista en torno. A no mucha distancia había tres plantadores enriquecidos que no le quitaban la vista de encima. Uno de ellos, el más joven, le hizo una seña grosera, celebrada por las carcajadas de sus compañeros. La joven, con un gesto de hastío y repugnancia marcado en el rostro, volvió la espalda, desdeñosa.

El «conquistador» frunció el entrecejo mientras sus amigos iniciaban burlas.

—¡Anda, para que presumas!

—¡La «princesa» no quiere nada contigo!

—¡Eso lo veremos! —masculló el joven.

Levantóse y, con pasos vacilantes, se aproximó al mostrador, encarándose con la muchacha:

—Oiga, preciosidad, ¿qué ha querido decir con ese desplante de reina ofendida?

Rosette apretó los dientes, mirándole de soslayo. Insistió el hombre.

—¿Es que está sorda?

—¿Quiere dejarme en paz?

La voz salió ronca, impulsada por la ira. El plantador, dominado por el miedo al ridículo, se le aproximó hasta rozarla con el aliento.

—A mí no me ha despreciado nunca ninguna mujer, ¿se entera? Va a bailar conmigo ahora y a beber hasta hartarse.

Rosette abandonó el asiento, pero su interlocutor, antes de que comenzase la retirada, la sujetó por un brazo violentamente. Ella, tornando con la mano izquierda la copa, le arrojó a la cara el contenido.

Sonaron estruendosas risas. El plantador, congestionado, tiró fuertemente de la muchacha haciéndola caer al suelo y abalanzóse a ella dispuesto a darle puntapiés en el rostro, mas apenas hubo iniciado la cobarde «hazaña», una mano que parecía de hierro cayó sobre su hombro, obligándole a volverse.

—¿No opina que ya ha sido usted demasiado hombrón?

Rosette, aunque aturdida y sangrante como consecuencia del golpe que acababa de recibir, abrió desmesuradamente los ojos, al tiempo que murmuraba:

—¡Tristán!

Frenético, ciego, el agresor zafóse de los dedos que le sujetaban y quiso descargar su furia sobre Mandel, quien, esquivando el golpe, le asestó un descomunal puñetazo entre los ojos, puñetazo que bastó para derribarle, arrastrando consigo cuanto había en el trayecto.

El revuelo iniciado momentos antes subió de punto. Los amigos del malparado «galanteador», juzgáronse en el deber de acudir en defensa de éste, pero hubieron de contenerse atemorizados por cañón de la pistola que acababa de aparecer en la diestra de Tristán,

quien ordenó, seco:

—¡Fuera de aquí!

Retrocedieron de espaldas los amenazados. Mandel añadió:

—¡Esperen! Llévense a ese sujeto.

Y señaló con la barbilla el cuerpo exánime del caído.

Se apresuraron a obedecerle.

Acercóse el inspector a Rosette que, atendida por varias personas, ocupaba ya un asiento y se restañaba la sangre. Sus pupilas estaban húmedas y por las mejillas le corrían silenciosas lágrimas.

—¿Le ha hecho mucho daño?

—No tiene importancia. Gracias por su intervención.

Le miró intensamente a través de los párpados entornados, temblorosos, y cogió entre sus manos frías las manos poderosas del hombre que había surgido inopinadamente para protegerla.

Todos cuantos presenciaron el hecho, suspendiendo sus diversiones, agrupábanse en torno de la pareja, atraídos por la curiosidad y un tanto de admiración hacia Mandel.

—Déjeme curarla —dijo éste.

Y sin aguardar contestación, pidió a un mozo lo necesario. Rosette le dejó hacer. Sonreía tristemente y el contraste que formaban aquella sonrisa y el llanto, daban a su rostro mi tinte conmovedor.

—Debería marcharse a casa —indicó Tristán, en tono suave.

—Haré lo que usted quiera.

Rogó el inspector que avisasen un coche. Cuando le anunciaron que estaba en la puerta, dio el brazo a la joven. Les abrieron paso.

Entre la concurrencia encontrábase un secuaz de Milunovic. No había intervenido lo más mínimo ni hecho comentario alguno, limitándose a observar.

—Acompáñeme —pidió Rosette a Mandel.

—No puedo.

—¿Aunque se lo suplique?

—Es mejor que no lo haga.

—Permítame insistir. Venga conmigo. Le diré cosas interesantes..., muy interesantes.

Tristán la escrutó fijo.

—¿Es verdad eso?

—Se lo juro.

—Está bien. Vamos allá.

Subió al vehículo, tomando asiento junto a la mujer.

El subordinado de Rasai, apenas les vio partir, encerróse en la cabina telefónica e informó a su jefe del suceso, añadiendo que la joven pareja había sostenido un breve diálogo del que nada oyó, pero que tendría interés por cuanto venció la resistencia de Tristán a marcharse con Rosette.

Apenas el automóvil hubo iniciado la marcha, reclinó la joven la cabeza en el hombro de su acompañante y quedó desvanecida a causa de las emociones y la embriaguez. Procuró el muchacho reanimarla, consiguiéndolo a medias.

—Soy un pingajo humano —repitió entre dientes—. No merezco que nadie se compadezca de mí.

—Quizá esté a tiempo de regenerarse.

—No... no...

Tornó a dar cabezadas.

Mandel no quiso violentarla dirigiéndole preguntas. Ya que le había hecho el espontáneo ofrecimiento de comunicarle noticias de interés, aguardaría a que se encontrase en condiciones de cumplir su promesa.

Hubo de cogerla en brazos para sacarla del coche cuando éste se detuvo. Le costó a ella trabajo encontrar la llave. Abrió el muchacho la puerta y condujo su débil carga hasta la salita del piano, depositándola suavemente en un sofá. Enseguida esforzóse en hacerla recobrar el pleno dominio de sus facultades. Poco a poco, fue obteniendo éxito.

—Creo —dijo al fin ella, expresándose con lengua torpe— que una buena ducha me despejará. Aguárdeme. Desapareció por una de las puertas.

Tristán, moviéndose con sigilo, escudriñó varios rincones sin hallar nada que despertase su interés.

Al cabo de veinte minutos, reapareció la muchacha. Su cabello era tan hermoso, que pudo resistir sin afearse los efectos de la mojadura. El rostro, en cambio, acusaba excesiva palidez y los labios, sin «rouge», plegábanse, descoloridos, en un rictus de cansancio.

—Ya ve —dijo al entrar— que ni siquiera me he entretenido en

retocarme un poco. Esto en un mujer, sobre todo si está prendada del hombre que la espera, resulta imperdonable. —Se encogió de hombros, denotando hastío, y añadió—: ¿Sabe? Lo que he dicho es cierto: estoy enamorada de usted. Ha sido el «flechazo» del que me reí siempre, pero no tema. No haré nada por atraerle. Es más, tengo la evidencia de que va a aborrecerme... o al menos a despreciarme cuando oiga lo que voy a decirle.

Tomó asiento frente a su interlocutor, y, cruzando las piernas, encendió un cigarrillo. Esperaba, sin duda, oír algún comentario a sus palabras, pero viendo que no era así, lanzó una línea de azulado humo y añadió:

—Anoche le hice acompañarme, obedeciendo órdenes. Se me dijo que le emborrachase. Ignoraba lo que se proponían hacer con usted, aunque di por seguro que no sería nada bueno. Sin embargo, obedecí.

Observó con fijeza a Tristán, quien permaneció inalterable, cual si la declaración no le afectara.

—¿Nada replica?

—No soy partidario de las interrupciones. Prefiero escuchar.

—Dígame, al menos, el concepto que acaba de formar de mí.

—No lo he completado todavía.

—Ya.

Dejó, con desgana, el cigarrillo en el cenicero.

—Recuerdo, a pesar de mi borrachera, que me he dado el calificativo de pingajo humano. Nada más justo. Soy una mujer depravada. No tengo conciencia ni corazón. Yo misma no me explico cómo ha podido usted hechizarme, ni cómo he reaccionado de este modo. Hace años que no me importa nada de nadie. Jamás supuse que un hombre llegara a influir en mi vida. Y usted ha influido. Anoche, cuando se iba a marchar, quise retenerle, le pedí que se quedase conmigo hasta que amaneciese. ¿Lo recuerda? Fue una especie de corazonada. Me asaltó la idea de que le estuviesen esperando para asesinarle y un algo nuevo me impulsó a evitar el crimen. Usted no me hizo caso...

Las facciones de Mandel perdieron dureza. Rememoró el momento en que, efectivamente, la joven hizo esfuerzos para impedir su marcha.

—Agradezco esa buena intención suya. Su corazonada tuvo

confirmación. Dos hombres quisieron acabar conmigo, pero... no les acompañó la suerte. Y yo pregunto: ¿Por qué? ¿A quién ha hecho daño? ¿Qué motivos tiene nadie para desear mi muerte? Usted lo sabe, ¿no es cierto? ¿Es eso lo que tiene que decirme?

—No. Ignoro las razones que hayan originado el afán de borrarle del mundo.

Tristán hizo un gesto de ira. Llegó a temer de pronto que su interlocutora hubiera mudado de opinión.

—¿Debo entender, entonces, que me ha hecho venir para decirme exclusivamente lo que me ha dicho?

—¿Le parece poco?

—Muy poco.

—Comprendo... Usted quiere saber quiénes son sus enemigos.

—Eso... y bastantes cosas más. Estoy resuelto a ayudarla en todo, Rosette. A salvarla, incluso, del abismo en que se hunde. Ayúdeme también. No tenga secretos para mí.

Maquinalmente, buscó la muchacha el cigarrillo, que se consumía solo, y se lo llevó a los labios. Fumó con lentitud. Luego, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá, preguntó.

—¿Ha oído hablar de Rasai Milunovic?

—No.

—Era uno de los hombres que estaban conmigo anoche en «La gaviota» cuando usted llegó. Me refiero al más alto de todos, de mediana edad, cabellos castaños, mirada inconfundible.

—Sí, recuerdo.

—Pues bien, él...

Interrumpióse. Sus ojos se desorbitaron, fijos en las cortinas que cubrían la puerta de entrada, entre las cuales brillaban unas pupilas fosforescentes.

—¡Asesi...!

Fue el suyo un grito pavoroso.

En un alarde de fuerzas originado por la crispación, tiró de Mandel y ambos cayeron al suelo en el preciso segundo que un puñal hendía los aires e iba a clavarse en el punto donde ella reclinara la cabeza.

En un espacio de tiempo imposible de medir, Tristán empuñó la pistola que llevaba en la sobaquera y disparó varias veces hacia las cortinas, tras las cuales sonaron gritos y maldiciones.

—¡Quítese de la línea de tiro! —ordenó a Rosette.

Obedeció la joven con rapidez de corza y él hizo otro tanto. Una segunda hoja acerada, peor dirigida que la primera, cruzó a bastante distancia de su cuerpo. Tornó a disparar, percibiendo una especie de rugido y el choque de algo pesado contra el suelo.

Arremetido a la pared, el inspector deslizóse hacia el punto de peligro esperando de un segundo a otro ser víctima de nueva agresión. Con la mano izquierda tiró fuertemente de las cortinas, dando al propio tiempo un salto hacia atrás. Centra lo que suponía, no se produjo ningún otro atentado a su vida.

Desde donde estaba resultábale posible dominar parte de la próxima habitación. No descubrió a nadie. Saltó de nuevo en sentido contrario y su vista recorrió el otro extremo del cuarto. Estaba vacío. Cruzó el umbral. Sobre la alfombra, arrugada, distinguíanse manchas de sangre fresca y dos surcos hechos con la misma por sendos cuerpos al arrastrarse en opuestas direcciones.

—¡Esté alerta, Rosette! —gritó.

Y, siempre amartillada la pistola, decidióse por acudir ante todo a la escalera desde la cual llegaronle los golpes de un cuerpo cayendo sobre los peldaños. Corrió, sin grandes precauciones ya, y pudo ver a su enemigo haciendo inútiles esfuerzos por incorporarse.

—¡Quieto! —ordenó.

El que pretendía huir emitió un sonido ronco y se desplomó de bruces. Tristán salvó la distancia que les separaba y se inclinó sobre el caído. Ningún daño podía inferirle ya. Estaba muerto. Su cara de asiático le era totalmente desconocida.

Un estridente grito agónico partió de lo alto. Mandel hubiera jurado que era de Rosette. Lanzóse escaleras arriba a tiempo que veía aparecer a otro hombre sangrante, sosteniéndose con dificultad. Cruzáronse dos disparos. Tristán sintió el roce de una bala junto a su oído derecho. El nuevo enemigo, atravesado el corazón, abrió los brazos y rodó yendo a quedar inmóvil a corta distancia de su compinche. Subió el inspector. El espectáculo que se ofreció a sus ojos llenóle de suprema angustia. Rosette estaba en el suelo, quieta, desorbitados los ojos, entreabiertos los labios.

En el pecho tenía clavado un cuchillo.

Mandel tuvo una visión aproximada de la realidad. Aquel segundo malhechor a quien acababa de dar muerte, fue también

herido desde el principio a través de las cortinas. Sin fuerzas para enfrentarse con la que consideró su víctima, se arrastró hasta una habitación inmediata, de la cual salió al ver al joven correr escaleras abajo. Rosette se le interpuso y la mató, bien por esto solo o por seguir las órdenes que en tal sentido le diera Milunovic.

«¡Pobre muchacha!», susurró Mandel.

La tomó en sus brazos, depositándola en el diván próximo. Envolviéndose la mano en un pañuelo a fin de no dejar huellas, arrancó el arma de la herida y afanóse en percibir el aliento de la joven. Vano empeño. La muerte había sellado aquellos labios que estuvieron a punto de revelar lo que tanto interesaba al inspector.

Cabía en lo posible que quedasen más enemigos próximos. Por si era así, Tristán recorrió todas las habitaciones sin encontrar a nadie. Tornó junto a Rosette, le cerró los ojos y le besó los párpados. Lo merecía, en medio de todo, pues se trataba de una víctima del ambiente y había estado a punto de regenerarse.

Hizo un detenido examen de la casa sin encontrar detalle alguno que pudiera serle útil. El mismo resultado negativo obtuvo del registro a que sometió a los dos cadáveres de los hombres. Nada le quedaba que hacer allí.

Con sigilo, aunque no era necesario, pues no había alma viviente en los alrededores, ganó la puerta principal, cruzó el jardín y se encontró en el solitario descampado envuelto en sombras. Comprobó que en el cargador quedaba una bala y guardóse el arma en el bolsillo derecho del gabán, pero manteniendo la mano sobre ella en previsión de que, como la noche pasada, hubiera algún otro asesino acechándole. No ocurrió así. Libre de nuevos tropiezos, tornó a la ciudad.

CAPÍTULO IV

MANIOBRA FRACASADA

—¿Otra vez me visita en mi cuarto, señor Milunovic?

El rumano había repetido el hecho de introducirse en las habitaciones de Lavedán sin previo aviso.

—Quería verle y este hotel es un buen sitio. Ya le fié dicho en varias ocasiones que sé deslizarme sin despertar sospechas.

Arrellanóse en una butaca, a la par que decía:

—Ese enemigo suyo —me refiero a Tristán Mandel— debe tener más de demonio que de persona.

—¿Qué quiere decir?

—Me propuse complacer a usted... y el resultado ha sido la muerte de cuatro de mis hombres... mientras él continúa sano y salvo.

Lavedán brincó en la silla.

—¿Cómo es posible eso?

—Siendo. Y no acaba ahí la cosa. Rosette Flandin ha muerto también por su culpa.

—¡Rosette!

—¿Le sobrecoge la novedad?

—Mucho. ¿La ha matado Tristán?

—No lo creo. Yo tenía ciertos indicios para sospechar de ella y di la orden de que la hicieran callar si tales sospechas se confirmaban. Por lo visto, se hizo necesario eliminarla, pero los encargados del «trabajo», no sólo fracasaron en repetir la suerte con respecto a Mandel, sino que cayeron bajo las balas de éste.

Sin omitir detalle, narró cuanto sabía sobre los trágicos sucesos a

que dieron lugar sus órdenes. Joseph le escuchaba dominado por el estupor y el pánico, Rasai terminó diciendo:

—Me asalta el temor de que Rosette o alguno de esos pobres muchachos que cayeron cumpliendo su deber se hayan ido de la lengua antes de morir.

Lavedán sufrió un estremecimiento. Añadió Milunovic:

—Claro que dicho temor es relativo, pues han transcurrido ya muchas horas sin que nadie me moleste y es lógico pensar que de haber sido denunciado se habrían dado prisa en venir a buscarme, pero de todas maneras, procede extremar las precauciones, y, a menos que las circunstancias lo exijan, cesar en nuestras actividades hasta que se aquieten las aguas. Si hay algo dígamelo y permanezca quieto hasta nueva orden.

—Lo hay. Se preparan operaciones de envergadura. Cabe en lo posible que yo mismo salga para el frente.

—¿Conoce fecha, hora y demás detalles?

—Aun no.

—Hágamelo saber tan pronto como se entere. A pesar de lo que le he dicho, ante cosas de importancia como ésa puede ser, hay que jugárselo todo. Pero ándese con pies de plomo.

—¡Por la cuenta que me tiene!

—Comprendo, aunque no está de más la advertencia. En cuanto a ese hombre...

Interrumpióle Lavedán:

—¿Dice usted que fue en «Los Molinos» donde tuvo lugar el incidente que indujo a Mandel a acompañar a Rosette a su domicilio?

—En efecto.

—¿Podríamos contar con testigos que sostuvieran haberles visto partir juntos?

—Naturalmente. El colaborador nuestro que me avisó conoce a varios que dirían cuanto nos conviniera, pero... ¿qué ge propone?

Joseph, más que contestar, díjose a sí mismo:

«¡Sería una buena jugada!».

—Explíquese.

Expuso el miserable la idea que se le acababa de ocurrir.

—No está mal pensado —admitió Rasai.

—No procede que yo figuro —indicó Lavedán, siempre cobarde

—. Debe ser ese subordinado suyo...

—Entendido. No se preocupe.

* * *

Acababa Tristán de cenar en sus habitaciones, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

Se abrieron las entornadas hojas y Víctor Haden, capitán de infantería, entró en la estancia. Era joven, de aspecto simpático. Notábasele en el rostro cierta pátina de disgusto.

Levantóse Mandel y saludó militarmente.

—A sus órdenes, mi capitán.

Carraspeó el recién llegado, antes de decir:

—Traigo una misión desagradable, teniente.

—¿Con respecto a mi persona?

Asintió el visitante con un movimiento de cabeza.

—No vacile en exponerla.

—Se trata... de llevármelo detenido.

—¿Eh?

—Órdenes superiores, según comprenderá. Lamento que se me haya designado para este servicio. No he querido hacerme acompañar por ningún soldado.

Tristán, pasada la primera impresión, sonrió casi divertido.

—Entrégume su pistola —añadió Haden.

—Aquí la tiene.

Alargó el arma, sujetándola por el cañón. El oficial hízose cargo de la misma, al propio tiempo que murmuraba:

—Tenía la evidencia de que se comportaría así.

—Gracias por la buena opinión que le merezco. Verdaderamente, no puedo suponer de qué se me acusa.

—Voy a decírselo... en el terreno particular, naturalmente. Según mis informes, se ha presentado una denuncia contra usted achacándole el asesinato de una muchacha llamada Rosette Flandin y de dos hombres...

La risotada de Mandel hizo que su interlocutor se interrumpiese:

—Perdone —se disculpó—. Es que me ha hecho gracia la cosa. Vamos, mi capitán, lléveme donde proceda. ¿Me permite antes

invitarle a una copa?

—Desde luego.

Mandel sacó la botella y vasos. Bebieron en silencio.

—¿Puedo preguntarle de quién ha partido esta orden de detención? —quiso saber Tristán, dejando el recipiente sobre la mesa.

—Del coronel Karbit, el cual ha asumido el mando, provisionalmente, por ausencia del comandante en jefe.

El joven inspector quedó en suspenso. La noticia de que se hallaba fuera Tourbault, la única persona que en la plaza le conocía como lo que en verdad era, complicaba la situación.

—Ignoraba que el general hubiese salido de Kapoi. Gracias por sus informes. Cuando guste.

—Saldremos como dos amigos. No es preciso que nadie se entere antes de tiempo de lo que ocurre.

—Muy agradecido.

—No vale la pena. Me comporto así porque... no creo en su culpabilidad... ni tengo espíritu de policía.

Sonrió Mandel.

—Le reitero mi gratitud. Juro por mi honor que no he matado a esa pobre muchacha.

Abstúvose de mencionar a los otros dos muertos. Haden no paró mientes en el detalle y limitóse a decir:

—No se esfuerce. Repito que le creo. Es de esperar que se trate de una confusión y todo se ponga en claro.

Salieron uno junto a otro, sin llamar la atención de ningún huésped.

Oculto tras unas palmeras del vestíbulo, Lavedán les vio cruzar hacia la puerta y una mueca de satánica alegría le entreabrió los labios. Hubiera preferido que llevasen esposado a Mandel; más se dijo que no era poco lo alcanzado.

Tristán ingresó en prisiones militares donde se le trató con relativas consideraciones por parte de algunos y bruscamente por la de quienes admitieron la posibilidad de que hubiera asesinado, efectivamente, a una mujer y a dos hombres.

No faltó soldado que dijese viéndole cruzar:

—¡Es un monstruo! ¡Me gustaría que le fusilasen al amanecer!

El problema presentábase poco menos que insoluble para

Tristán. Díjose que cuando habían procedido a dictar la orden de detención contra él era porque las acusaciones estaban fundamentadas; por otra parte, comprendía que iba a resultarle imposible ofrecer pruebas de su inocencia. El coronel Karbit tenía fama de hombre duro, enérgico, partidario de los procedimientos expeditivos, sobre todo en época de guerra.

Cabía al muchacho el recurso de descubrirse a él —si le daban ocasión— o de proclamar la verdad en el consejo sumarísimo, pero aquello hubiera sido tanto como poner boca arriba sus cartas anulándose para la alta misión que le había sido confiada.

Pasó la noche en vela.

Uno de los soldados guardianes simpatizó con él y le dijo, bajos los ojos, que el consejo de guerra se celebraría a las diez horas del día que ya comenzaba a anunciarse.

Sorprendiéronle los primeros claros del alba sin que hubiese adoptado ninguna decisión.

Paseaba incansablemente por el cuarto que hacía las veces de calabozo.

El tiempo transcurriría aprisa. Mandel consultaba de cuando en cuando su reloj, antojándosele que las manecillas se habían lanzado a una carrera frenética.

Tan pronto como se hizo día claro, pidió a uno de sus guardianes que llamase al capitán Haden. Habíase decidido a solicitar audiencia del coronel Karbit y exponerle el asunto. Todo antes que comparecer ante el tribunal.

No tardó mucho Haden en presentarse. Tristán le expuso su deseo y el simpático capitán aprestóse a cumplirlo.

Transcurría el tiempo.

El detenido tornaba a consultar una vez y otra su cronómetro, pareciéndole ahora que las manecillas, dislocadas antes, habían dejado de moverse.

Reapareció, por fin, Haden.

—¿Qué, mi capitán?

—Malas noticias. El coronel se niega a su solicitud. Dice que en el consejo podrá usted deponer cuanto desee.

Tristán miró un momento con aversión a aquel hombre cuya simpatía y correctos modales habían influido tanto en que se dejase detener sin resistencia. Quizá, de haberse presentado en plan

agresivo, hubiese reaccionado él de distinta manera, procurándose la fuga.

Censuróse enseguida in mente por haber admitido tal sentimiento y sonrió, al replicar:

—¡Mala suerte! ¡Qué le vamos a hacer!

El emisario dio unos pasos hacia la puerta donde se detuvo, diciendo:

Qué ocurre.

—Observé que le hizo poca gracia la noticia de que el general Tourbault se hallaba ausente. Por si le interesa, le diré que ha regresado esta mañana.

Iluminóse el semblante del prisionero.

—¡Mi capitán, eso es magnífico! ¡Es de vital importancia para mí, que el general sepa lo que ocurre!

—Se enterará, sin duda. El coronel Karbit se apresurará a informarle.

—Por favor, no esperemos a ello. ¡Si usted quisiera...!

Había tanta ansiedad en el acento de Mandel, que su interlocutor apresuróse a interrumpirle:

—Basta. Iré yo mismo. Lo más que puede ocurrirme es que esté descansando y no me reciba... o me arreste.

—Pongo mi suerte en sus manos, mi capitán. Le reciba o no, haga que se entere inmediatamente de lo quedó solo otra vez el joven.

Las manecillas del reloj tornaban a correr desaforadamente en relación con sus anhelos.

La hora se echaba encima. Pronto, muy pronto, sonaría la señalada para la celebración del juicio.

Abrióse la puerta y Haden reapareció en el umbral. Su semblante era risueño. Sin dar tiempo a que se le hiciese pregunta alguna, anunció:

—El coronel Karbit le espera en su despacho.

—Pero... ¿el general...?

—Duerme, teniente, pero he sido portador de un pliego suyo que, mucho me equivoco, o ha hecho cambiar el panorama, a juzgar por el semblante del coronel.

Abandonaron el calabozo, respondiendo ligeramente al saludo de los soldados. Cruzaron el largo pasillo que se abría ante ellos y

tras cruzar varias habitaciones detuviéronse ante una, a cuya puerta llamó el capitán con los nudillos. Concedieron permiso desde dentro y ambos hombres penetraron en el despacho del coronel Karbit. Era éste un hombre canoso, de enhiestos bigotes, mirada penetrante y gesto avinagrado.

—Puede retirarse, capitán —ordenó a Haden, quien, tras repetir el saludo que al entrar hiciera, giró sobre los talones y abandonó la estancia.

Karbit observó al joven inspector largamente, cual si no acertase a comprender lo sucedido y se esforzara en explicárselo.

—Teniente Mandel —dijo, al fin—, queda usted libre.

—¡Ah!

—¿Le sorprende?

—Me satisface, nada más.

—El general Tourbault me comunica que a la hora en que se cometió el crimen del cual se le acusó, se hallaba usted en comisión de servicio por mandato expreso de él.

Mintió Tristán:

—Es lo que trataba de decirle cuando solicité audiencia.

Karbit tosió, no queriendo oír aquella envuelta censura a su anterior comportamiento.

—Bien... Mal pudo usted matar a esas personas si se encontraba en sitio distinto, pues no creo posea el don de la ubicuidad. Le presento, pues, mis excusas. Puede recoger su pistola. Se adoptarán medidas, a través de las autoridades civiles, contra quienes lanzaron las acusaciones citadas. Eso es todo.

Mandel abandonó el despacho. A no mucha distancia aguardaba Haden, denotando algún nervosismo en una serie de incesantes paseos. Viendo aparecer al inspector, fue hacia él, preguntando:

—¿Qué hay?

—Todo arreglado. Se me acaba de poner en libertad.

—¡Estupendo! ¡Eso hay que celebrarlo!

Cogió del brazo al joven y se trasladaron a un bar próximo, donde brindaron por la imperecedera amistad recién nacida, entre ellos. Enseguida, Mandel encaminóse al despacho oficial de Tourbault, sin adoptar precauciones, por cuanto ya no tenían objeto, toda vez que lo sucedido hacía lógica aquella visita.

Fue recibido con prontitud.

Apenas estuvieron solos, empezó diciendo el visitante:

—No sé cómo agradecerle, mi general, su manera de comportarse conmigo. Ignora usted la verdad y aun así no ha vacilado en decir que me tenía a su servicio a la hora del crimen...

Interrumpióle Tourbault:

—Nada más natural. Desde el momento en que usted no reveló quién es, tenía yo que suponer su deseo de quedar en el anonimato a todo trance. El mejor modo de complacerle era actuar como lo he hecho. Siéntese ahora, por favor, y dígame, si gusta lo sucedido.

Tristán hizo lo que se le pedía.

—¡Muchacho! —exclamó el general, luego de haber escuchado con suma atención—. ¡Su debut en Kapoi no ha podido estar más lleno de emociones! ¿Cree que alguien puede haberle reconocido como inspector del Servicio Secreto y provenga de ahí el deseo de eliminarle?

—Ésa parece la explicación más lógica y, sin embargo, me resisto a admitirla. En fin, lucharé en el terreno a que me lleven.

—¡Bien hablado! En cuanto a ese Milunovic que nombró la muchacha...

—Trataré de averiguar lo posible sobre su persona y actividades. Desgraciadamente, lo que Rosette pudo decir fue tan poco, que no podríamos detenerle legalmente, aunque lo aconsejaran las circunstancias.

—Estamos en guerra, lo cual justifica muchas cosas, y si usted cree que se le debe encerrar...

—No, no. Prefiero dejarle libre y confiado. Otra cosa, el coronel Karbit me ha ofrecido que se va a proceder contra las personas que me acusaron. Me parece bien por cuanto es conveniente que se airee el asunto a fin de que nadie piense que me dispensa usted protección interesada. Se impone sostener y propalar que, efectivamente, yo estaba realizando un servicio encomendado por usted, y como nadie va a atreverse a pedir detalles, se dará el hecho por bueno. Existe el peligro de que el conductor del coche que nos llevó a Rosette y a mí se presente a atestiguarlo. Diríamos, entonces, que tal servicio guardaba relación con la muchacha a la cual dejé sana y salva en su domicilio, regresando enseguida. Esto, naturalmente, dará qué pensar a mis enemigos que vigilarán mis pasos a todas horas y dificultarán mi labor, pero no hay otro

remedio. Desearía conocer las declaraciones que presten las personas que van a ser detenidas por calumnia e incluso interrogarlas a mi vez.

—Cuenta con ello.

No tardó Mandel en despedirse del alto jefe.

Aquella misma tarde recibió aquel copia de las declaraciones que le interesaban. Coincidían en describir lo sucedido en «Los Molinos» y en afirmar que ambos jóvenes partieron juntos en coche. El secuaz de Milunovic, apellidado Rangul, y un amigo suyo, quienes antes afirmaron haber visto a Mandel entrar con la artista en la casa de ésta, no fueron hallados por más que se les buscó.

Tristán, provisto de la autorización oportuna, personóse en la dependencia oficial donde se hallaban los detenidos y les fue interrogando con su habilidad característica. Ofreciéndoles interceder en favor de ellos, pudo ampliar los informes en el sentido de que habían actuado por iniciativa de Rangul, averiguando también que éste era amigo de Rasai Milunovic. Otra cosa importante quedó de manifiesto: que el tal Rangul se hallaba en «Los Molinos» cuando se originó el incidente y que mal pudo, por lo tanto, haber visto entrar a los protagonistas en el domicilio de Rosette a menos de haberles seguido, en cuyo caso podía admitirse la posibilidad de que él fuera el asesino.

Firmaron la interesante confesión que habría de servir para rehabilitar a Mandel a los ojos de los que aun dudasen.

Más tarde, el joven inspector del S. S. cumplió su promesa de abogar por los prisioneros a fin de que el castigo se redujese en todo lo posible.

La noticia circuló con rapidez por toda la población, a instancias del interesado, el cual, deliberadamente, fue visitando los establecimientos públicos donde más concurrencia había. Recibió manifestaciones de simpatía y desagravio.

En un *dancing* encontró a Lavedán, quien, al verle, acudió con la mano extendida.

—Querido pariente, no sabes cuánto celebro la feliz solución de ese desagradable asunto.

—Gracias —repuso Mandel, seco.

—Lo he sabido tarde y me disponía a hacer gestiones en favor tuyo, cuando me llegó la buena nueva de que todo estaba resuelto.

—Gracias —repitió el joven en el mismo tono y mirando a Joseph con tanta fijeza, que éste sintió frío interno y dirigió la vista a otra parte.

—¿No quieres tomar algo?

—Otro día será. Tengo que hacer.

Le volvió la espalda. Las sospechas que abrigara acerca de aquel hombre se agudizaron de tal forma que, de no haber andado de por medio Rasai, la hubiera creído autor de cuanto le sucedía.

* * *

Tristán dio un par de vueltas en torno al domicilio de Milunovic. No le había costado trabajo localizarlo durante el día mediante hábiles preguntas, y apenas las sombras de la noche envolvieron la ciudad, decidió llevar a cabo una visita al mismo.

A no mucha distancia había dejado el coche que, extraoficialmente, pusiera a su disposición la Comandancia Militar.

Durante algunos minutos estuvo observando con atención máxima el edificio. Era un chalet compuesto de tres plantas y enclavado en el centro de un buen cuidado jardín. Las maderas de algunos de sus balcones no estaban cerradas, mas tampoco dejaban escapar luz. La sensación era, pues, de que dentro no había nadie.

Saltar la verja, no obstante su altura, resultó cosa de juego para el joven inspector que, agazapado, salvó inmediatamente la distancia que le separaba de la puerta trasera, en cuya cerradura manipuló sin éxito.

Comprendiendo que estaba echado el cerrojo, elevó la vista a los balcones, dispuesto a utilizar uno de ellos, si bien quiso antes ver si la entrada principal estaba también cerrada por dentro, en cuyo caso no le cabría duda de que había alguien en el interior.

Su llave maestra cumplió en pocos momentos la misión para que fue creada. Cedió la cerradura y la entrada quedó libre.

La obscuridad reinante no permitió a Mandel apreciar la clase de habitación en que se hallaba.

Su primer cuidado fue cubrirse el rostro con un antifaz, pues le interesaba mucho que no le reconociesen en caso de sorpresa. Empuñó luego la pistola y encendió la tenue luz azul de su linterna.

El silencio era absoluto.

El inspector, tras recorrer con el minúsculo rayo luminoso el vestíbulo en que permanecía quieto, inició el avance. Sus pies deslizábanse sin producir el más pequeño ruido. Recorrió diversas habitaciones, de frívolo aspecto, sin que ninguna llamase su atención. No se le ocultaba que en cualquiera de ellas, quizá en la menos indicada, podrían existir cosas de sumo interés, pero lo lógico era dar la preferencia al despacho y al dormitorio de Milunovic.

De cuando en cuando acentuaba la densidad del haz luminoso para lijar mejor su orientación, tornando a hacerlo casi imperceptible apenas había logrado su propósito.

Dio por fin con el despacho, instalado en el segundo piso, y, valiéndose de un excelente juego de ganzúas, abrió los cajones de la mesa escritorio sin hallar nada útil, por lo menos aparentemente, relacionado con el objeto que perseguía.

Empezaba a sentirse decepcionado, cuando sus ágiles dedos tropezaron con pequeñas anfractuosidades en el lateral derecho de uno de los cajones. Las pulsó en varios sentidos. Sonó un clic casi inaudible y la madera se descorrió, mostrando un hueco de pequeñas dimensiones dentro del cual había una agenda de bolsillo. Apresuróse Mandel a echarle una ojeada. Contenía anotaciones en clave. Se la guardó y continuó escudriñando. Fue luego hacia la caja de caudales empotrada en la pared e inició su tanteo, persuadiéndose de que era fuerte en grado sumo y que abrirla le llevaría un tiempo superior al que era prudente invertir.

Con la esperanza de que el dormitorio encerrase cosas de importancia, se propuso buscarlo y dirigióse hacia la puerta. Detúvose desagradablemente sorprendido al comprobar que se hallaba cerrada por fuera.

A sus espaldas sonó una risita burlona.

Volvióse rápidamente.

—¡No se mueva! —ordenóle una voz, partiendo de la obscuridad.

Mandel apagó enseguida la linterna, pero en el mismo instante la habitación quedó inundada de luz.

Continuaba sólo en el despacho.

La voz invisible tornó a dejarse oír:

—Deje caer el arma al suelo. Si no obedece en el acto, le

acribillaré.

En el acento del enemigo percibió Tristán que no se trataba de una amenaza sin ánimo de cumplirla, e hizo lo que se le exigía.

—¡Quítese el antifaz! —conminó el que mandaba.

Aun violentándose mucho, atendió el joven la nueva orden.

Sólo entonces giró lentamente el mueble biblioteca y Rasai Milunovic hizo su aparición. Su diestra sujetaba fuertemente una automática.

Exclamó, sardónico:

—¡Caramba! ¡El teniente Tristán Mandel! No le suponía tan curioso, caballero. ¿Qué, encontró lo que buscaba? No me negará que le he concedido tiempo suficiente para removerlo todo y aun habría dispuesto de más, si no hubiera intentado abandonar el despacho tan pronto.

Pasada la impresión primera, el inspector mostróse, como de costumbre, dueño de sus nervios, y dijo:

—No voy a pedirle árnica, pero sí le advierto que la policía sabe dónde estoy y que si no regreso dentro del plazo que fijé, vendrán a buscarme... y no emplearán, por cierto, muy buenos modos con su persona.

Rasai no se alteró lo más mínimo.

—Es muy posible —admitió— que diga usted la verdad. Precisamente por haber pensado en ello no le he alojado una bala en la cabeza sin que supiese usted de dónde provenía. Aguardaremos... toda la noche, pues no tengo prisa alguna. Si acuden sus amigos, le entregaré como a un vulgar ladrón, con las agravantes de escalo y nocturnidad. Elevaré mis quejas a donde sea preciso y dudo que ni siquiera el general Tourbault se atreva a protegerle otra vez, estando como está tan reciente el asesinato de Rosette Flandin y sus amigos. Ahora bien, si pertenece usted a la policía de que me ha hablado y viene provisto de un mandamiento judicial...

Dejó el párrafo en suspenso. Mandel comprendió que el enemigo pretendía sonsacarle y limitóse a sonreír.

Añadió Rasai:

—Si transcurre la noche y esos colaboradores suyos no aparecen, entenderé que se ha tratado de una añagaza... y le mataré, caballero.

Se expresaba en tono glacial. Imitándole, inquirió Mandel:

—¿Va a «honrarme», entonces, con su presencia unas cuantas horas?

—¡Oh, no! Tengo que dormir. El sueño constituye para mi naturaleza una necesidad apremiante. Si le robo unos minutos, estoy perdido. Me atormenta el mal humor... me pongo nervioso... Mis servidores, que aguardan órdenes mías para entrar, pues he querido darme el placer de una conversación a solas con mi visitante nocturno, fuera quien fuese, le conducirán a otra dependencia... poco confortable por cierto, donde esperará usted el resultado de esta travesura. Y ahora, vuélvase de espaldas, por favor, y levante los brazos. Antes de seguir charlando a fin de averiguar cuanto se relacione con su persona —le aseguro que tengo infinitos medios para conseguirlo— quiero ver lo que lleva encima suyo... y mío. Usted me comprende... Si se presentan sus colaboradores y le hallan cualquier documento importante que me pertenezca, podrían perjudicarme. En cambio, si no tropiezan con nada, mi acusación de ladronzuelo cobrará eficacia. No se resista, se lo encarezco. Esta pistola, como observará, lleva el tubo silenciador, y sin ruido casi, pondré fin en el acto a su preciosa existencia.

Se escuchaba a sí mismo con deleite, paladeando la satisfacción de su ironía.

Tristán, sometiendo su cerebro a vertiginoso trabajo, llegó a la conclusión de que tenía que jugarse el todo por el todo.

Levantó bien las manos y giró lentamente sobre los talones. Sintió apoyársele en la espalda el cañón de la pistola empuñada por Milunovic, quien, parsimoniosamente, empezó a registrarle.

—Tenga cuidado —advirtióle Mandel—. Llevo guardada una pequeña bomba y si la toca inexpertamente volaremos los dos.

La estratagema, aunque burda, fue dicha con tanta firmeza, que impresionó al rumano.

Tristán advirtió que durante esa fracción de tiempo, la pistola había dejado de apoyarse en su espalda. Dio un brinco rápido al propio tiempo que disparaba hacia atrás su pierna derecha con fuerza demoledora. El pie, como una bala de cañón, alcanzó en pleno estómago al enemigo que se dobló hacia adelante cual si le hubieran tronchado y cavó de bruces sin conocimiento.

Recogió Mandel precipitadamente las dos pistolas y corrió hacia

el balcón que daba al ala norte del edificio, no tardando en descubrir sombras agazapadas tras los árboles. Abrió con cuidado sumo las maderas, luego hizo lo propio con el balcón del lado sur, y sacando un brazo disparó sin mirar dónde. Como supuso, corrieron hacia aquella parte los hombres que acechaban. Trasladóse él de nuevo al lado norte y encaramándose en el alféizar saltó limpiamente, mientras la puerta del despacho se abría permitiendo la entrada a varios secuaces de Rasai.

Avanzando en

zig-zag

ganó la verja, eligiendo el punto equidistante entre el balcón por donde había saltado y el sitio al que atrajo con los tiros a los que estaban en el jardín.

Sintió el silbido del plomo que disparaban los chasqueados malhechores.

En el preciso instante de llegar a lo alto de la verja, una bala se le clavó en el antebrazo izquierdo y otra le rozó la mejilla, pero las que siguieron a éstas no pudieron hacer blanco, pues el joven inspector había saltado ya a la calle.

Acudía gente. Tristán, eludiéndola, se precipitó sobre su automóvil, lanzándolo a toda velocidad.

Sólo cuando se vio lejos del escenario en que tan en peligro había estado su existencia, concedió atención a las heridas que recibiese. La de la cara era totalmente superficial. La del brazo parecía de importancia. Se lo vendó con su propio pañuelo hasta llegar a un puesto de socorro, donde dijo que al pasar por unos arrabales totalmente opuestos a donde estaba enclavado el chalet de Milunovic, unos ladrones habían intentado robarle, haciendo fuego sobre él por no atender el «alto». Nadie puso en duda sus palabras, pues los atracos eran muy frecuentes en Kapoi.

Apenas le hubieron hecho la imprescindible cura, dirigióse al domicilio particular de Tourbault, quien le recibió sin pérdida de minutos.

—¡Señor Mandel! ¿Qué le ocurre? —exclamó, sorprendido.

—Algo grave, mi general. Si mi gestión de esta noche no ha dado fruto —cosa que aun ignoro— habrá de poner en juego toda su influencia para sacarme de este verdadero mal paso. He vacilado entre visitarle o no, pero... el tiempo urge. Opino que el secreto de

mi personalidad ha sufrido un rudo golpe. Que los enemigos estarán seguros de que soy algo más que un simple teniente, pero... no siempre los problemas se resuelven a nuestro gusto.

—Explíquese.

A grandes rasgos narró la aventura y mostró la agenda.

—Esto es lo que puede justificarme... si es que contiene algo de interés. Como verá, todo está escrito en clave. A lo peor se trata de simples anotaciones mercantiles, aunque por el celo con que Milunovic lo guardaba, cabe esperar que encierre cosas.

Tourbault, absteniéndose de comentarios, se precipitó al teléfono e hizo varias llamadas.

—Los peritos estarán aquí pronto —anunció—. Veamos, mientras, si podemos sacar algo en claro.

Trabajaron afanosamente, sin que les acompañase el triunfo. Llegaron los técnicos a quienes se dio la orden de desplegar la atención máxima.

La tarea fue ardua. Amanecía ya cuando uno de ellos cantó victoria. A partir del momento en que la complicada clave fue descifrada, lo demás resultó facilísimo. Tratábase de anotaciones sobre diversos envíos de armas al enemigo, pero... sin que figurase nombre alguno ni puntos de procedencia.

Aquello bastaba para fusilar a Milunovic, ya que había sido hallado en su domicilio, mas dejaba en las sombras a sus cómplices.

Dio Tourbault órdenes para que la policía militar detuviese al espía y, sonriente, tendió la mano a Mandel.

—Querido inspector. Le felicito y me felicito..., aunque el resultado no pase todavía de haber descubierto a ese miserable. Debe retirarse a descansar. Tiene los ojos febriles. Haré que le habiliten un dormitorio aquí mismo.

—Gracias. Sería demasiada campanada. Prefiero irme al hotel.

—Su vida corre ahora más peligro que nunca.

—No lo creo así, de momento. A buen seguro que Milunovic, descubierta la falta de la agenda, se habrá dado prisa en abandonar Kapoi, acompañado de sus satélites. Verá como los que han ido a detenerle vuelven de vacío. De todos modos, redoblaré las precauciones, empezando por mudar de hospedaje.

—Téngame al corriente de sus andanzas.

—Desde luego.

Aunque la fiebre le abrasaba y el dolor del brazo hacíaese insoportable, no hubo manera de convencerle para que abandonase a Tourbault antes de recibir las noticias que aguardaban. Éstas no se hicieron esperar mucho. El rumano había desaparecido, como asimismo sus servidores.

A unos de los curiosos que acudieron atraídos por los disparos, dijeron haberles visto salir en dos automóviles, pero a nadie se les había ocurrido seguirles.

CAPÍTULO V

PÁNICO EN LA RETAGUARDIA

Las tropas coloniales no dejaban de sufrir fuertes, feroces, encarnizados reveses.

El enemigo seguía recibiendo armas e informes. Ambas cosas le permitían éxitos que aumentaban en intensidad de hora en hora.

El Alto Mando colonial vióse en la precisión de decidir el abandono de la lucha en torno a

Sang-Kang

y

Cao-Bet

, cuyas guarniciones y población civil serían abastecidas por vía aérea.

Y, no obstante, la frivolidad continuaba imperando en Kapoi. Las noticias de los frentes eran escasas. Los periódicos, a fin de no alarmar con la profusión de malas nuevas, hablaban poco, contribuyendo sin querer, a que la gente pensara que todo se desenvolvía de manera normal... considerando como normal lo favorable a las tropas expedicionarias.

Los cines se abarrotaban, como de costumbre. En los *dancings* derrochábase la alegría estúpida, común a sus banales diversiones.

De cuando en cuando, una nota sangrienta dejaba los ánimos en suspenso. Eran los heridos que venían del lejano campo de operaciones. Pero el triste espectáculo no tenía fuerza suficiente para ahogar el anhelo de reír, de beber, cerrando ojos y oídos al peligro que se mascaba en el ambiente.

Alguien habló un día de la trágica suerte sufrida por los

habitantes de

Sang-Kang

y las fuerzas que luchaban en su interior. Escalofriaban los relatos. Aquello fue lo primero que hizo a los inconscientes parpadear nerviosos, mirarse inquietos, y pensar en que acaso lo que sucedía tenía más importancia de la que imaginaban.

El pánico se produjo de la noche a la mañana. Nadie sabía de dónde ni cómo había llegado, pero lo cierto fue que la noticia de las derrotas corrió por todas partas con la velocidad de la luz. Sonaron gritos, lamentos, imprecaciones.

¡Kapoi estaba en peligro! ¡Imponíase su evacuación!

Y la gente corría desatentada de una parte a otra, sin saber qué hacer de momento, deseando oír que todo se reducía a una falsa alarma y sufriendo la decepción de saber que se confirmaba lo malo.

Todos querían vender cuanto tuviesen por lo que les dieran. Nadie daba nada. El único anhelo fundábase en huir lo más lejos posible. Ofrecíanse fortunas por una plaza en avión, en tren o en barco... Pero resultaban difícilísimas. Todo era poco para el traslado de tropas, de heridos... La población civil veíase obligada a esperar turno o a emprender la marcha por sus propios medios.

No había momento en que cesara el chorro de gente alejándose, a pie, en caballerías, automóviles o carros. Ya no reía nadie. El monstruo de la guerra estaba demasiado próximo y parecía dispuesto a devorar a cuantos le creyeron poco menos que inofensivo.

Mientras unos partían, llegaban otros. Sólo que los que se iban rebosaban salud y los que venían, en gran parte, suspiraban por ella. Eran los heridos, quienes substituían a los habitantes de la ciudad. Convoyes..., más convoyes... Y también acudían pobladores del interior que sufrieron ya zarpazos y retrocedían empujados por el pánico.

El cuartel general ordenó que

Ton-Zhe

y

Dad-Zhe

fueran evacuados definitivamente. La resistencia equivalía ya al suicidio inútil.

Producía estremecimientos la odisea de aquellas guarniciones regresando a través de la jungla, perseguidas por el hambre, la sed, el calor insufrible, los mosquitos enormes, los reptiles... y los hombres que acechaban para aniquilar a los que huían.

* * *

Tristán Mandel penetró en «La gaviota», cuyo ambiente no recordaba en lo más mínimo al de semanas atrás. Ahora todo rezumaba tristeza, angustia.

Cerrado el piano; vacías y caídas, sin que nadie se ocupase de levantarlas, las sillas de la orquesta; la pista de baile, sola; el establecimiento entero sin mujeres, carcajadas ni voces.

Eran militares casi todos los parroquianos, pero no militares alegres que buscan diversión, sino hombres preocupados, conocedores de la gran tragedia a la que iban a volver. Abundaban los convalecientes de heridas o de enfermedades agotadoras.

Mandel tomó asiento junto a una mesa sin que el único camarero que quedaba, un viejo achacoso, diera prisa por servirle.

Durante largo período, el joven había sufrido agudos dolores y fiebre altísima como consecuencia de la infección. Si Milunovic hubiera querido atacarle, no le habría podido oponer ninguna resistencia, pero éste se encontraba lejos de Kapoi. Por otra parte, Tourbault hizo que a todas horas hubiera vigilancia y protección en torno al heroico muchacho, quien ya, en vías de franca curación, disponíase a reanudar sus actividades.

Puso interés en lo que decía un piloto recién llegado de Ton-Zhe

, transportando heridos.

—Allí sólo hay angustia y muerte. Ni siquiera se cuenta con lo imprescindible para curar a los que están llenos de sangre y pus. Todavía tengo metido en las narices, en el cerebro, en mi cuerpo, todo el hedor que me ha acompañado durante el viaje, hedor que se filtraba hasta la cabina de mandos. Sólo una mujer que vino con nosotros para cuidar a los que más lo precisaban, pudo soportar tranquila el suplicio. Se trata de una médica civil agregada voluntariamente a nuestro servicio sanitario. ¡No he conocido en mi vida nada tan admirable!

—¿Cómo se llama? —preguntó un muchacho, en cuya cara parecía no haber más que ojos.

—Odile Fontaine, Tristán sintió que el corazón le golpeaba furiosamente el pecho. ¡Odile Fontaine! ¡La estudiante de medicina que tuvo la culpa, sin pretenderlo, naturalmente, de que le echasen de la academia militar!! ¡La chica alocada y frívola que, aun prefiriéndole, bromeaba con todos y se dejaba cortejar por unos y otros!

¡Cómo la recordó siempre, a pesar de que nunca hizo nada por verla ni por obtener sus noticias!

Fue primero la angustia lo que le indujo a apartarse de la muchacha sin decirle adiós. Después, el complejo de inferioridad al verse pobre, sin medios para defenderse y menos aun para ofrecer un hogar a la criatura adorada. Finalmente, el caos vertiginoso en que hubo de desenvolverse hasta encontrar el camino que le condujera a convertirse en uno de los elementos más valiosos del Servicio Secreto de su país.

En sus horas de abatimiento o desesperación, evocaba a Odile, experimentando suave tristeza al figurársela ejerciendo su profesión en cualquier pueblo, gorda, casada con un hombre vulgarote, y con varios hijos pequeños en su torno.

Dominando con dificultad su nervosismo, se dirigió al piloto:

—Soy el teniente Tristán Mandel. ¿Quisiera usted ampliarme detalles sobre esa doctora?

El piloto le miró con simpatía.

—¿La conoce usted, acaso?

—Mucho. Desde que éramos casi niños.

—Le felicito por esa amistad. Se trata de una verdadera heroína.

Y durante varios minutos describió con detalles, gozándose en hacerlo, la abnegación y eficiencia de la mujercita que había logrado admirar a los valientes más curtidos.

Obtuvo Tristán el nombre del hotel en que se hospedaba Odile y corrió en su busca.

La sorpresa de la joven cuando le anunciaron al visitante, no tuvo límites. Lejos de conceder autorización para que le hiciesen pasar, salió presurosa a su encuentro.

—¡Tristán!

—¡Odile!

Detuviéronse unos segundos, y luego, al mismo tiempo, se tendieron las manos estrechándose las con fuerza.

Mandel creyó encontrarse ante una persona totalmente distinta a la que diez años antes conociese. Nada recordaba en ella a la muchachuela atolondrada, cascabel sonoro, inquietud incesante, que despertó su amor juvenil. La que veía ahora era una mujer serena, tranquila, de sonrisa dulce y reposados modales. Su belleza había alcanzado el máximo de plenitud, a lo que contribuía no poco la triste mirada de sus maravillosos ojos verdes.

Por su parte, Odile admitió sin reservas que el taciturno amigo de sus primeros tiempos había ganado mucho más de cuanto hubiera podido suponer.

—¡Qué alegría me produce volver a verte!

—Pues... ¡y la que siento yo! Acabo de oír en tu obsequio grandes alabanzas.

Hizo ella un ademán desdenoso:

—¡Bah! ¡Se suele dar una importancia a las cosas!... Todo cuanto hagamos en beneficio de la patria resulta poco siempre. Entra. Tenemos que hablar.

Pasaron a las habitaciones de la joven doctora.

—Voy a preparar unos combinados, Tristán. Así te resultará más fácil tragarte mis recriminaciones. ¡Mal amigo! ¡Mala persona! Huir como huiste, sin decir siquiera adiós. Perderse en la tan manoseada noche de los tiempos, cual si te hubieras fundido en ella... ¡Y yo, tonta de mí, sin olvidarte nunca!

—¿Es cierto eso, Odile?

—Claro que lo es. Pero no te pongas tonto. También recuerdo a otros compañeros... aunque, siempre, un poco más a ti.

—Como antes... Igual que antes.

Odile fue apagando su sonrisa. Cambió su acento.

—¡Ojalá fuera todo igual que antes! ¡Hemos cambiado tanto..., por lo menos yo!

—Yo también.

Llenó la joven las copas y ofreció una a su antiguo enamorado.

—¡Por nuestro encuentro!

—¡Por nuestro encuentro!

Bebieron, mirándose con fijeza. Inquirió él:

—¿Vas a estar mucho tiempo en Kapoi?

—No. Mañana parto para el frente.

—¿Cómo se te ocurrió la idea de prestar esta clase de servicio?

—¿Y me lo preguntas? Cuando el suelo en que nacimos nos necesita, hombres y mujeres tenemos la obligación de ofrendarnos sin reservas. La guerra se lo traga todo. Yo no podía quedarme curando calenturas en el pueblo, mientras en los campos de batalla mueren nuestros muchachos por falta de asistencia. Pero háblame de ti.

Durante más de una hora estuvieron refiriéndose mutuamente sucesos que habían contribuido a la transformación de sus existencias. Tristán, no obstante la confianza ilimitada que le inspiraba, su interlocutora, abstúvose de confesar su verdadera profesión. Tratábase de un secreto que no le pertenecía y que sólo en casos extremos le estaba permitido descubrir por sí mismo. Descartado tal punto, no omitió ningún detalle.

—No he podido llegar más que a teniente —acabó diciendo, como avergonzado—, pera la culpa no ha sido mía. ¡Tardé tanto en encontrar los medios de encauzarme!

Odile le animó. Era muy joven. Alcanzaría cuanto se propusiese.

—Te invito a dar un paseo —propuso Mandel.

—Encantada. No tardo ni cinco minutos en vestirme.

Así fue, en realidad. Embutida en un sencillo traje sastre, reapareció antes de que el joven consumiese el cigarrillo que encendiera, dispuesto a esperar.

—Cuando gustes.

—Se me olvida decirte una cosa. No puedes suponer quién está también en Kapoi.

—¡Cómo quieres que lo suponga!

—Joseph Lavedán.

La muchacha hizo un leve gesto de sorpresa.

—¡Qué pequeño es el mundo! No se trata de una frase repetida muchas veces, sino de una realidad palpable. Dime... ¿sigues aborreciéndole?

Mandel se encogió de hombros, en movimiento elusivo.

—Respóndeme que no. Lo pasado está muerto. Guardemos nuestro odio para los enemigos comunes.

—Me hizo mucho daño, Odile. Destrozó mi vida. Tuvo la culpa de que me apartase de ti. Sabes que mi mayor anhelo era casarme

contigo...

Forzó la joven una sonrisa y le interrumpió, graciosa:

—¡Oooh, supongo que no irás a repetir lo que me decías entonces!

—¿Y si lo hiciera?

—No, Tristán, no lo intentes. Somos otros. Tendríamos que volver a conocernos. No niego que me has causado magnífica impresión, pero eso es poco. Además... y ello es lo que importa, estamos en guerra y nuestros sentimientos, nuestros pensamientos todos han de consagrarse a la lucha.

Mandel no se atrevió a insistir. Aunque por breves momentos llegó a olvidarse de todo, cayó en la cuenta de que él, más que la generalidad de los hombres, tenía la obligación de entregarse por completo a su tarea difícil y peligrosa.

En silencio le ofreció el brazo y bajaron a la calle. Cuando tornaron a hablar, sus voces sonaban de distinto modo, cual si se hubieran propuesto con aquel nuevo tono enterrar cuanto recordase el pasado.

Luego de deambular por varios sitios, entraron en «La gaviota». El piloto informador continuaba allí y al ver a la joven gritó, entusiástico:

—¡Amigos, acaba de llegar Odile Fontaine, la gran doctora de quien os hablaba antes!

Estalló una salva de aplausos que Odile esforzóse inútilmente en cortar apenas iniciada.

—Muchachos —dijo, protestando risueña—, que no estamos en un teatro. Y eso que... casi nos convendría que lo fuera. Un poco de distracción vendría bien para todos. ¡Que caras tienen ustedes! ¡No parece sino que les duele el estómago! ¡Eso no es bonito ni propio de jóvenes! ¡Hay que reír, alegrarse! ¡Ya vendrán las penas por sí solas!

La oían y miraban con grato asombro. Ella continuó en el mismo plan optimista, dirigiéndose a los que veía más cabizbajos o deprimidos.

Sentóse luego al piano en el que interpretó piezas joviales. Su deliciosa voz elevóse sobre la música. Instó a la concurrencia para que la corease, no tardando en conseguirlo.

Pronto «La gaviota» se llenó de risas y estridencias.

Mandel, por un momento, creyó ver de nuevo a la jovenzuela frívola de los tiempos de estudiante, mas no tardó en darse cuenta de que, lejos de ser así, Odile se había sublimado convirtiéndose en madrecita, hermana y novia de aquellos muchachos, que, al conjuro de su hechizo, olvidaban, aunque fuera transitoriamente, las amargas preocupaciones, el pesimismo demoledor.

Cuando el ambiente estaba más caldeado, Lavedán penetró en el establecimiento y quedó estupefacto del cambio que se observaba.

—¡Vaya si se ha animado esto de ayer acá! —dijo, sin dirigirse a nadie en concreto.

Odile estaba de espaldas y él no la reconoció al pronto, si bien el hecho de que fuese una mujer joven le pareció suficiente para acercarse en plan conquistador.

En el trayecto, su mirada tropezó con la de Mandel y se detuvo indeciso, perdida su marcialidad... de retaguardia. Rehaciéndose con trabajo, se le dirigió, mostrándose amable:

—¿Qué ha sido de tu vida, primo?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Hace tiempo que no te veo.

—Sufrí un accidente.

—¡Ah! No sabía nada.

Se volvió, oyendo la voz musical de Odile:

—¡Joseph Lavedán!

—¿Eh? ¡Tú! ¿Criatura, tú?

La alegre risa de la joven fue compartida por cuantos estaban cerca.

—¡Vaya cara que has puesto! ¿Cómo estás?

Le ofreció la mano que el traidor apresuróse a estrechar, sin salir de su asombro.

Vinieron las explicaciones breves, concisas.

—Te agradezco mucho que me hayas saludado —dijo Joseph—. Estaba en la creencia de que me guardaban todavía rencor.

—¿Quién habla de rencores en estas circunstancias? ¡Todos somos uno! No hace mucho hablaba del problema con tu primo. No te retires, Tristán. Mantener las enemistades entre nosotros sería un modo como otro cualquiera de colaborar con el enemigo.

—Por mi parte, no hay inconveniente en aceptar lo que dice —apresuróse a confirmar el traidor.

Vaciló Mandel. Vio la ansiedad reflejada en Odile y murmuró al fin:

—Por la mía, tampoco. Seremos amigos... mientras ambos demos merecer tal amistad.

Se estrecharon las manos. La joven palmoteó gozosa. Los espectadores, sin saber por qué lo hacían, también aplaudieron.

—Salgo en breve para un puesto fronterizo —anunció Lavedán.

—Yo también —dijo Tristán, rápidamente.

—¿Cuál?

—Lo ignoro todavía.

—Tampoco a mí me lo han comunicado.

—¡Tendría gracia que fuéramos juntos!

—Sí, mucha gracia.

Pero en realidad, a Joseph no le hizo ninguna la tal perspectiva, aunque lo disimuló lo mejor que pudo. Tristán leyó en las pupilas de aquel hombre la sensación de pánico que acababa de invadirle.

—Bien —atajó Odile—. No mencionemos la guerra por esta noche ni una vez más. —Dirigióse a todos—: ¡Amigos, la fiesta sigue!

* * *

Tourbault arqueó las cejas, oyendo la petición que le hacía el joven inspector del Servicio Secreto.

—¿Lo ha pensado usted bien?

—Sin la menor duda. La realidad demuestra que, al menos por ahora, no tengo nada que hacer en Kapoi. Esto se haya convertido poco menos que en un hospital. Los enemigos encubiertos que yo busco no dan señales de vida. Soy teniente..., además de inspector del Servicio Secreto y deseo marchar al campo de batalla.

—¿Sencillamente... a pegar tiros?

La sonrisa de Mandel resultó tan expresiva, que el viejo militar no pudo menos de secundarla.

—Comprendo —murmuró—. Quiere seguir la pista de alguna pieza.

—Cabe en lo posible.

—Bien. Dígame a dónde quiere ser destinado.

—Al mismo sitio donde lo haya sido el capitán Lavedán.

Tourbault hizo un irreprimible gesto de asombro.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, mi general. No quiero ni puedo decir nada todavía.

—Pero... ¿teme que ese hombro...?

—Desconfío de todo el mundo. Eso forma parte de mis deberes.

Hubo una pausa. El general tabaleaba sobre la amplia mesa escritorio. Por fin, alzándose de hombros, exclamó:

—De acuerdo. Continúo sin querer inmiscuirme en terrenos de otros. Lavedán va al puesto fronterizo de Lex-Point.

—Y yo también, ¿no es así?

—Ya que lo desea... Tendrá que estar a sus órdenes, en el terreno militar.

—¡Qué remedio me queda!

—Espero que tan pronto sepa algo de importancia me lo comunique.

—Así lo haré. Otro ruego aun: que nadie tenga noticias de esta petición mía. A todos los efectos y ante todo el mundo, se me manda a ese lugar porque interesa al jefe y sin que haya sido mi deseo.

—Conforme.

CAPÍTULO VI

ZARPAZOS DE LA TRAICIÓN

—A sus órdenes, mi capitán. Se presenta el teniente Mandel adscrito a las fuerzas de su mando.

Joseph respiró hondo, encogida la cara. Su gesto era duro, casi repulsivo.

Ya tenía noticias oficiales de que el odiado y temido pariente formaba parte de la oficialidad que operaría bajo sus órdenes.

Correspondió al saludo militarmente y se expresó en términos que en nada recordaban a los amistosos empleados pocas noches antes cediendo a la cariñosa presión de Odile:

—No sé si alegrarme o lamentar que la suerte... supongo será la suerte haya querido que marchemos al frente juntos. Sentiría que volvieran a producirse entre nosotros choques desagradables.

—Los evitaré en cuanto de mí dependa.

—Así lo espero. Por de pronto, le anticipo, teniente Mandel, que mientras estemos en campaña no tendré para nada en cuenta el lejano parentesco que nos une. Impondré la disciplina con el máximo rigor. ¿Tiene algo que objetar?

—En absoluto.

—Puede retirarse, entonces.

Tristán, cuadrado militarmente, repitió el saludo, giró sobre sus talones y abandonó el departamento del cuartel en que el gran canalla se encontraba disponiendo los últimos preparativos para la partida próxima.

La marcha hasta Lex-Point se efectuó sin dificultades ni tropiezos de ninguna índole. Era ya noche cerrada cuando llegaron al mismo. Lavedán dio la orden de que se le presentase Mandel.

—En virtud de las atribuciones que me han sido conferidas —díjole apenas le tuvo en su presencia—, he resuelto se haga cargo del puesto denominado Harnon Bleu, también bajo mi jurisdicción, substituyendo al teniente Maine, que regresará a prestar servicio en Lex-Point. Partirá usted tan pronto como amanezca.

La orden cogió desprevenido a Tristán. No había contado con que se produjese aquel tropiezo. Tentado estuvo de aducir alguna argumentación basándose en el deseo del general Tourbault, pero se refrenó a tiempo. En primer lugar, Joseph, cuyo propósito de quitárselo de encima, enviándole de paso a un punto de mayor peligro estaba claro, hubiera replicado con dureza atirantando la situación. En segundo, habría dado motivo a que aumentasen las sospechas que éste tuviese concebidas.

—Perfectamente —dijo—. Lamento no poder serle más útil estando a sus órdenes inmediatas, pero me atenderé en un todo a sus deseos.

Lavedán apretó los labios. Supuso que tropezaría con algún conato de resistencia. Así y todo, no se privó de dar salida a una sonrisa irónica, y responder:

—No es a mí a quien tiene usted que ser útil, sino a la causa, y estimo que allí tendrá más ocasiones de demostrar su celo.

Abstúvose el joven inspector de todo comentario. Ni siquiera en las pupilas pudo advertirle Lavedán el más pequeño síntoma de disgusto.

A la mañana siguiente, Mandel se puso en marcha. Le acompañaba un pelotón de bamboques adictos y conocedores del terreno. Por lo que pudiera ocurrir, el teniente no permitió que ni por un solo momento quedase a sus espaldas, ninguno de aquellos hombres de impenetrable rostro. Siempre ojo avizor y la mano en la empuñadura de la pistola, caminaba resuelto a morir matando ante cualquier detalle de agresividad.

No temía que Joseph, aun en el caso de querer eliminarle, hubiese dado orden en tal sentido a los indígenas, por cuanto hasta el último momento no supo el puesto a que había sido destinado, resultándole, por tanto, imposible, contar de antemano con

elementos incondicionales, mas sabedor de cómo solían conducirse las bambuques, divididos entre sí, díjose que todas las precauciones podrían resultarle insuficientes.

Llegaron a la caída de la tarde.

El teniente Maine, a quien entregó el oficio de traslado, le acogió cordialmente, si bien no exteriorizó ni con una palabra la extrañeza que aquello le produjo.

Le hizo entrega del mando con las formalidades de rigor y le presentó a las fuerzas.

Los suboficiales Paul Gubierten y Gustavo Dumont, dos muchachos animosos y risueños, le miraron con el natural recelo que inspiran siempre los jefes desconocidos, mas se mostraron tal cual eran, simpáticos y alegres, cuando le oyeron decir:

—Espero seamos buenos amigos. Salvo los períodos en que la guerra exija que cada cual ocupe su puesto, no seré para ustedes más que un simple camarada pronto a darlo todo y a pedirlo todo en holocausto al buen compañerismo.

Les tendió las manos. Con aquellas breves palabras, con aquel sencillo gesto, acababa de sellarse un pacto poco menos que fraternal.

Maine demoró la marcha hasta el siguiente día y estuvo dando al substituto cuantos detalles conocía sobre la situación.

—Es triste —comenzó— que la dotación de estos puestos, salvo la oficialidad, tenga que estar compuesta exclusivamente por aborígenes que se dicen amigos nuestros. Casi siempre hay entre ellos traidores que aguardan la proximidad del enemigo para facilitarle el paso de noche a fin de que nos asesine. Lo horrible es que poco o nada puede hacerse en evitación de tales traiciones. ¿Qué sabe uno cuál de esos «soldados» cuyas caras parecen máscaras hechas con un mismo molde, será el primero en contribuir a la futura matanza?

—Comprendo lo que dice, pero... ¿qué le vamos a hacer? No disponemos por ahora de otras fuerzas.

—Eso es lo malo.

Salieron a echar un vistazo al exterior de la pequeña fortaleza. Era relativamente amplia, sólidamente construida y cercada por una valla de bambúes. Sobre el tejado, en los ángulos, blocaos capaces de albergar hasta seis hombres. En el centro alzábase la torrecilla

del centinela.

—Esto permite una defensa respetable —comentó Tristán.

—Desde luego. El mayor peligro está, como acabo de decir, en la poca confianza que inspira la guarnición.

—Pero dígame, compañero, ¿no hay ninguno de quien pueda uno fiarse abiertamente?

Maine vaciló un poco.

—Sí —repuso—. A los dos sargentos y a los cinco cabos se les puede considerar leales... mientras no demuestren lo contrario. El hecho de que hayan ascendido por méritos de guerra, equivale a un principio de garantía.

—Eso resulta consolador.

—De todas maneras, si llega el momento, procure no perderles de vista.

Más tarde, Tristán estuvo cambiando unas palabras con dichos cabos y sargentos, pero le resultó imposible sacar impresión alguna. Sus fisonomías resultaban impenetrables.

Llegada la noche, la oficialidad entretúvose en jugar al ajedrez. Muy de mañana, despidióse Maine deseando buena suerte a todos y emprendió la marcha con el mismo pelotón que acompañara a su substituto.

* * *

Transcurrieron cinco días sin que se produjese ningún hecho digno de mención.

El joven teniente continuaba esforzándose en estudiar la psicología de todos y cada uno de los que le rodeaban. Por detalles sueltos empezó a creer que, efectivamente, tanto los sargentos como los cabos eran personas adictas.

Su amistad con Gubierten y Dumont hízose verdaderamente estrecha y firme. Se comunicaban todas sus impresiones e incluso refiriéndose muchos e interesantes pasajes de sus vidas.

Tristán estableció los servicios de forma que constantemente hubiera uno de ellos vigilando, si bien él, especialmente durante las noches, le tocase o no de guardia, estaba siempre en acecho.

—Parece que no quieren nada con nosotros —comentó, en broma.

—No se fíe, mi teniente, no se fíe —dijo Dumont.

—Cuando menos lo esperemos —afirmó Gubierten— darán trágicas señales de vida. Ayer, sin ir más lejos, vi por estos alrededores dos o tres bambuques. Lo que pasa es que como nunca sabe uno quiénes son los que se encuentran en un lado o en otro.

Fue en la madrugada del quinto al sexto día cuando la traición dio sus zarpazos.

La jornada había sido calurosa por demás y apenas si a la puesta del sol descendió algo la temperatura. Mosquitos enormes y en número que causa náuseas continuaban prodigando sus zumbidos y ataques de los que costaba trabajo defenderse. De fuera llegaban olores insanos. Extraños animales nocturnos emitían sonidos indefinibles.

Dumont, luego de relevar a Gubierten, hizo una breve inspección para comprobar si todo estaba en orden, y, satisfecho de la misma, salió por la parte trasera ansioso de respirar siquiera un poco de aire libre. Sin darse cuenta, fue alargando cada vez más sus paseos hasta que, cansado al fin, tomó asiento sobre una pequeña roca, sumiéndose en recuerdos gratos: su madre..., su pueblecito..., la chica pelirroja que le besó al partir prometiendo esperarle siempre...

De pronto, ahuyentando como de un manotazo las evocaciones, el joven enarcó las cejas y clavó la vista en un punto relativamente lejos de donde él se encontraba. No era un error, no. Una luz humeante se movía de significativo modo. Dio por seguro que se trataba de una seña.

Empuñó la pistola de reglamento, y con sumo cuidado fue aproximándose al sitio en cuestión. Encontrábase un poco nervioso, mas a fuerza de voluntad consiguió dominarse. Cuando le faltaban escasos metros para llegar, vio como el bambuque, dando fin al comunicado, echaba a tierra las ramas encendidas, comenzaba a pisotearlas mientras doblaba un trapo sucio con el cual había pretendido ocultar las señas a los que pudieran hallarse despiertos en la parte del fuerte.

El primer impulso de Dumont fue disparar sin contemplaciones, pero se dijo que capturando vivo a aquel hombre resultaría posible hacerle relatar cosas interesantes y exclamó, plantándose ante él de un salto:

—¡Arriba las manos!

El sorprendido soldado abrió la boca emitiendo un sonido inarticulado y levantó los brazos temblorosos. Continuó avanzando el suboficial hasta apoyarle en la espalda el cañón del arma.

—¡Camina hacia el campamento y mira bien lo que haces! Apretaré el gatillo al menor movimiento sospechoso.

Echaron a andar. Llevarían recorridos veinte pasos cuando tras ellos se produjo un grito ronco y breve. Dumont volvió un momento la cabeza, momento que fue aprovechado por el prisionero para correr tratando de escapar. Hizo fuego Dumont y dio en el blanco.

La voz de Mandel sonó a corta distancia:

—Ha sido una pena. A lo peor ese tiro ha despertado a gente que debería seguir durmiendo.

—¡Mi teniente!

—No tenía sueño, vi también las señales y quise averiguar su procedencia. He llegado cuando usted se traía ya al «telegrafista», pero éste no se hallaba solo, como puede apreciar.

Señaló a corta distancia. El suboficial distinguió un bulto parduzco sobre la reseca hierba.

—Tuve la suerte de alcanzarle cuando esgrimía un cuchillo para hacerle a usted una caricia.

Dumont estaba pálido.

—Gracias —dijo, emocionado.

—Gracias ¿de qué? Veamos lo que ha hecho con «su» hombre.

Dieron pronto con el cuerpo del buscado. Estaba muerto. El plomo le había penetrado en la nuca.

—¡Buena puntería!

—Del todo casual, mi teniente. ¿Usted... mató al otro?

—No. Me he contentado con darle un golpe del que tardará en reponerse. Venga conmigo. Le pondremos a buen recaudo.

Volvieron sobre sus pasos. El bambuque tenía una considerable brecha en la cabeza y no daba aparentes señales de vida. Sin embargo, inclinándose, advirtieron que respiraba. Con las propias ropas de éste le ataron a conciencia. Enseguida, cogiéndole uno por los brazos y otro por los pies, lleváronle a una pequeña rinconada hecha con rocas.

—Me gustaría interrogarle —dijo Tristán—, pero el tiempo apremia. Póngale una mordaza y escuche mis instrucciones.

Mientras el suboficial obedecía, añadió aquél:

—Es casi seguro que ese emisor a quien ha tumbado usted para siempre, haya dicho al enemigo que puede venir a sorprendernos. No tenemos confianza en ninguno de los soldados indígenas, pero tampoco podemos dejar abandonados a su suerte a los que nos sean fieles. Voy a avisar a Gubierten para que venga a reunírsele trayendo armas y municiones en abundancia. Una vez llegue, elijan ustedes puntos estratégicos, a derecha e izquierda del puesto, y esperen a ver qué pasa. Si llega el enemigo, no se den prisa. Déjenle aproximarse y atacar, quedando ustedes a retaguardia. Cuando le vean empleado a fondo, disparen con toda la rapidez y eficiencia posibles.

—Pero usted...

—Me quedaré dentro para combatir junto a los que nos sigan.

Dumont experimentó el deseo de oponer algunos reparos al propósito. Permanecer en el fuerte era hacer oposiciones a una muerte casi segura a manos de los indígenas, pero el acento firmísimo del jefe y compañero, así como su mirada dura, mataron las palabras en su boca. Se cuadró, saludando.

—A sus órdenes. ¡Suerte!

—¡Suerte!

Mandel, silencioso como un indio, emprendió el camino recorrido antes, no tardando mucho en llegar. Hízose visible al centinela, el cual le dio el alto, si bien le reconoció enseguida. El cabo de guardia, bambuque, acudió a recibirle.

—Sin novedad, mi teniente.

—¿Ninguna?

Vacilo el interrogado y respondió al fin:

—Ninguna, en el puesto. Se ha oído un disparo a no mucha distancia.

—Olvídelo. Se me escapó, examinando mi pistola.

Penetró en el fuerte, donde imperaba la calma. Con aire distraído por si alguien le observaba, internóse en el compartimiento de Gubierten, a quien zarandéo suavemente. Bastó aquello para que el joven suboficial se incorporase rápido.

—¡Mi teniente!

—Silencio... Escuche.

Repitió las instrucciones que antes diera a Dumont.

—Salga por la parte de atrás —terminó diciendo— y cargue con un par de fusiles ametralladoras, munición abundante y bombas de mano. Yo distraeré al centinela y al cabo de guardia.

Gubierten atrevióse a lo que Dumont no osara: resaltó lo peligroso de permanecer dentro, desconociendo a los enemigos.

—Lo mismo que nosotros, resultaría usted, acaso, más eficaz, atacando desde la retaguardia.

Tristán no le dejó seguir.

—Se trata de una orden —dijo, seco.

El suboficial presentó excusas.

—Perdonado —repuso Mandel, sonriendo—. Estimo en lo que vale su buen deseo, pero, ya lo advertí, en los momentos de acción, él jefe substituye al amigo.

Gubierten agradeció aquellas palabras, sobre todo por el tono afectuoso en que fueron dichas, y dispúsose a obedecer.

No resultó difícil a Tristán atraer la atención del centinela y del cabo hacia el punto opuesto utilizado por Gubierten para alejarse. Cuando consideró que el proyecto estaba realizado, internóse de nuevo en la pequeña fortaleza y acercándose al pañol, tomó una pistola ametralladora.

Más que su propia suerte, le preocupaba la de los soldados aborígenes que no merecieran ser sorprendidos. Reflexionó con rapidez. Nada práctico adelantaría con permanecer quieto en espera de la reacción final de las fuerzas a su mando. Aquella pistola ametralladora le serviría para derribar a no pocos, pero... ¿qué podría él sólo contra veinticinco hombres si tenía la desgracia de que todos se le pusieran en contra? No le quedaba más remedio que confiar, aunque sólo fuera relativamente en aquellos que, como Maine dijera, podían considerarse leales mientras no demostrasen lo contrario.

Los hizo acudir a su departamento y les habló, mirándoles alternativamente a los ojos:

—Muchachos, cabe en lo posible que pronto, quizá esta misma noche, seamos atacados. Creo en vosotros. A través de vuestras hojas de servicio he sacado la impresión de que sois buenos militares, llamados, a alcanzar estimable categoría en nuestro ejército, pero en cambio nada sé de los soldados a quienes, como es lógico, conoceréis bien. Nos consta que en otros puestos se han

producido traiciones. Hemos de evitar que tal cosa suceda aquí. Si algún hombre no os inspira confianza absoluta, decídmelo.

Aguardó en vano. Los que escuchaban permanecieron firmes, sin el menor gesto.

—Bien —continuó Mandel, sin que le resultara posible interpretar acertadamente aquel silencio—. Vuestra actitud me hace suponer que todos os parecen buenos. Más vale así. No obstante, si el ataque se produce y observáis vacilaciones en el cumplimiento del deber, debéis actuar con la máxima energía. He enviado aviso al puesto de Lex-Point y los refuerzos llegarán pronto. No se escatimarán los premios ni los castigos a que cada uno se haga acreedor.

Su embuste al decir que había pedido refuerzos no tuvo más fin que el de impresionar a 103 oyentes.

Hizo algunas otras consideraciones encaminadas a lograr todo el buen resultado posible, procediendo inmediatamente a situar las fuerzas. Eligió para sí solo la caseta más alta, desde la cual dominaba la puerta que daba acceso al recinto general, además de los tres blocaos restantes, en cada uno de los cuales colocó seis hombres, incluidos los cabos respectivos y los dos sargentos. A los siete restantes les hizo ocupar las troneras de la parte baja.

Cada sargento, como asimismo el cabo que ocupaba el blocao sin superior inmediato junto a él, proveyóse de un fusil ametrallador. Los soldados dispusieron sólo de fusiles sencillos. Mandel tomó para sí uno de los primeros y, llevándolo bajo el brazo, danzaba de un sitio a otro dando órdenes y vigilando su cumplimiento.

En algunos ojos descubrió extrañeza, como si buscaran a alguien más, sin duda a los suboficiales, pero no sorprendió ni siquiera una frase en voz baja.

Uno de los sargentos se le acercó preguntando si procedía o no establecer «escuchas».

—¿Usted, qué opina?

—¿Yo? Que no. Podrían pasarse al enemigo y advertirle de que estamos alerta.

Tristán sonrió, complacido. Aquel hombre era leal. Tuvo tal evidencia, no ya por lo que acababa de oír, sino por la manera en que fue dicho.

—Prescindiremos de «escuchas». Opino que, aun sin ellos, no nos cogerán de sorpresa.

El tiempo transcurrió con lentitud.

A Tristán no se le ocultó que si el ataque tardaba en producirse, resultaría imprecendente mantener a toda la fuerza en aquellas condiciones, pero prefirió el riesgo de verla agotada antes que dejarla al margen de su vigilancia directa.

Cuando todo estuvo a punto, el propio Mandel franqueó la entrada del fuerte. Quería que si los bambuques destacaban a algún suicida para comprobar tan importante detalle no se encontrara sorprendido antes de tiempo viéndola cerrada.

Finalmente, circuló la orden de que nadie disparase un tiro hasta que él diera el ejemplo.

Y no quedándole ninguna otra medida que adoptar, ocupó su blocao.

El silencio era profundo. La densa obscuridad precursora del alba, comenzaba a atenuarse cuando Tristán descubrió una sucesión de bultos que más bien parecían sombras, los cuales avanzaban arrastrándose. Contuvo el joven hasta el aliento. De pronto, rechinando los dientes, profirió una exclamación incontenible. Del blocao que tenía a su derecha partió una especie de algarabía infernal, seguida de disparos sueltos y de una ráfaga lanzada por el fusil ametrallador.

No pudo caberle duda de lo que sucedía. Aquellos hombres, o parte de ellos, se lo habían jugado todo por advertir del peligro a sus compatriotas, quienes emprendieron la retirada, haciendo fuego. Mandel no esperó más. Manejó el arma con precisión, pudiendo casi ver como el plomo mortífero se clavaba en los blancos.

Desde varios puntos de la fortaleza brotaron tiros a granel. Incluso desde el blocao donde se produjera la alarma, el fusil ametrallador del sargento disparó sobre los sorprendidos asaltantes durante algunos minutos. Cesó de pronto, pero enseguida tornó a funcionar.

El enemigo, rehecho de la impresión, inició la carga. Ya no fueron sólo los hombres que habían pretendido introducirse subrepticamente, sino el grueso de la fuerza que venía tras ellos el que se abalanzó en tromba profiriendo aullidos y haciendo uso de armas modernas, que no manejaban, por cierto, con gran maestría.

Entonces, Dumont y Gubierten entraron en acción, iniciándola con bombas de mano, certeramente dirigidas, que sembraron el desconcierto y la muerte entre los bambuques. Éstos, al verse acosados por la retaguardia, supusieron que la agresión partía de un enemigo numeroso y, considerándose perdidos, iniciaron la huida en varias direcciones. Sus jefes les contuvieron a gritos y a balazos, sofocando el miedo en parte y consiguiendo que aceptasen la batalla, mas su triunfo en tal sentido resultó efímero. La lluvia de balas que caía sobre sus filas resultaba inaguantable, sobre todo no habiendo ido preparados para un combate de tal naturaleza. También arrojaban bombas, pero eran ineficaces, contra los bien parapetados defensores del fuerte mientras éstos, en cambio, podían prodigarlas a su sabor.

La retirada sin orden llevóse a cabo, pese a los esfuerzos de cuantos la quisieron evitar.

Nació la aurora.

Al horrísono clamor de poco antes sucedió un silencio ominoso.

Mandel, tan pronto como lo permitieron las circunstancias, corrió al blocao donde se produjera la insurrección, encontrándose con un espectáculo impresionante. Los cuatro soldados estaban muertos. El sargento no daba señales de vida. El cabo, sangrante, aunque sin haber perdido el conocimiento, se hallaba derrumbado junto al fusil ametrallador.

—¿Qué ha sucedido aquí?

Pareció despertar el interrogado, inició una sonrisa y, trabajosamente, hizo el saludo.

—¿No me oye?

—Sí, mi teniente... El sargento y yo sospechábamos de estos hombres... Cuando nos habló usted... como lo hizo..., nos pusimos de acuerdo... y los seleccionamos... a fin de poderles vigilar. En el instante preciso dieron gritos de alarma... y abrieron fuego contra nosotros. Consiguieron herirnos..., pero el fusil ametrallador del sargento los barrió enseguida. Siguió luego disparando al enemigo... Cuando no pudo más... cogí yo el arma...

—Gracias, muchacho, gracias —exclamó Tristán, impidiéndole con un ademán que continuase gastando energías—. Se os auxiliará pronto.

Saltó a tierra. Poco a poco fueron imitándole los demás. Ya no se

oía un solo tiro. Gubierten y Dumont, cubiertos de polvo, humo y sangre, pues, aunque ligeramente, estaban heridos, reuniéronse con sus compañeros.

Salvo las bajas producidas en el blocao como consecuencia de la insubordinación, no hubo ningún muerto entre los defensores del fuerte.

—¡Es curioso! —comentó Mandel—. ¡Ni un solo herido!

—No se sorprenda, mi teniente —explicó Gubierten—. Los bambuques se llevan siempre a los que caen, por difícil que sea la situación, o los rematan si consideran que no pueden salvarlos.

—Comprendo.

Dio las instrucciones encaminadas a la prestación de ayuda a todos los que habían sufrido daño y se dispuso a ir en busca del enemigo que había acompañado al transmisor de las señales.

—A ver si tenemos la suerte de que no haya muerto y podemos arrancarle algo —explicó.

—Iré yo mismo —propuso Dumont, adelantándose—. Sólo tengo rasguños...

—Rasguños que pueden infectarse. Quédese.

Elijó dos soldados y se alejó con ellos.

El prisionero continuaba inmóvil donde le dejaran. La sangre de la brecha se había coagulado y gran cantidad de insectos repugnantes la cubrían. Tristán los espantó y tanto él como los que le acompañaban hubieron de defenderse con trabajo de sus picaduras.

Quitó la mordaza al bambuque, el cual mostraba ligeras señales de asfixia. Ordenó que le desatasen y estuvo un buen rato haciendo cuanto le era posible por que volviera en sí.

El éxito premió su celo. El pulso de aquel hombre fue recobrando ritmo, aunque muy débil, y su respiración llegó a percibirse.

—¡Al puesto con él! —ordenó el joven.

Los soldados le cogieron, emprendiendo el regreso con su carga.

Una vez en el fuerte, Tristán siguió otorgando al bambuque el máximo de atenciones. Dumont y Gubierten coadyuvaron a la empresa.

El prisionero, luego de persistente temblor de párpados, los abrió y clavó en aquellos tres hombres su mirada febril.

—No quiero que me maten... —dijo en susurro.

—Tranquilízate —prometióle Mandel—. Nada te sucederá si dices cuanto sepas.

Estremeciése el bambuque y apretó los labios. Tristán y sus amigos comprendieron lo que aquello significaba y se miraron con disgusto. Mas, sin darse por vencidos, apelaron a distintos razonamientos para persuadir a aquél de que debía hablar. Observando que todo resultaba inútil, Mandel exclamó en voz alta:

—¡Que se guarde sus confidencias... y que se las lleve al otro barrio! Atenle de nuevo, pónganle la mordaza y déjenlo al sol para que los bichos lo devoren.

La horrible amenaza, que en ningún momento había pensado cumplir, surtió efecto inmediato.

—¡No! —gritó con acento desgarrado—. Yo diré...

—¡Pronto!

—Sé muy poco... Sólo que el capitán Lavedán y algunos jefes bambuques... son amigos... Yo...

No pudo seguir. Su cuerpo sufrió tremendas sacudidas y perdió el conocimiento otra vez.

Dumont y Gubierten quedaron estupefactos, fijos los ojos en Tristán, cuyos labios se habían distendido en helada sonrisa.

—¡Es inaudito!

—¡Inconcebible!

—Por favor —pidió Mandel, interrumpiéndoles—. No comenten esto con nadie en absoluto, hasta tanto considere yo llegada la ocasión oportuna.

—Pero...

—Pero...

—Es que...

—Observen que no ordeno, sino que suplico. Tengo razones especiales que justifican mi actitud.

Los muchachos prometieron complacerle.

—Ahora más que nunca —continuó Tristán— es para nosotros preciosa la vida de este prisionero. Hemos de salvarle a toda costa.

Efectivamente, nunca hubiera podido suponer el interesado que en su torno llegara a desplegarse un interés mayor. La tropa en general no podía explicarse el origen de tanto celo y atenciones. Más todo resultó en balde. Mediado el día, el bambuque falleció sin

pronunciar otra palabra.

—¡Mala suerte! —dijo Dumont, a guisa de responso.

—Muy mala —comentó Gubierten.

Tristán, encajados los dientes, permaneció callado. Cuando pudo dominar su disgusto, hizo que se le reiterase la promesa de silencio que aquellos muchachos le prestaran antes.

Otras dos defunciones hubo que lamentar en el transcurso de la jornada: las del cabo y el sargento del blocao heridos por sus propios compatriotas.

Mandel quiso establecer comunicación telefónica con Lex-Point, mas no pudo conseguirlo. La línea había sido cortada. El pequeño grupo de transmisiones con que contaba Harnon-Bleu, escoltado debidamente, salió a cumplir su cometido y regresó a la caída de la tarde, cuando ya se había llevado a cabo el enterramiento de las víctimas.

Logró Tristán ponerse al habla con Joseph, a quien dio cuenta de lo sucedido y expuso la conveniencia de que se le enviasen refuerzos, por lo menos los imprescindibles para cubrir las bajas.

—Se le mandarán... cuando sea posible —fue la seca respuesta de Lavedán, quien no dijo una sola palabra de elogio para los defensores de aquel puesto ni de felicitación por el éxito obtenido.

Gubierten, que se hallaba presente, dirigió a su jefe una muda pregunta en la que se amalgamaba cierta reconvención.

—Es la disciplina, amigo mío —repuso Tristán, comprendiéndole—. El único testimonio que teníamos se encuentra bajo tierra. Mientras no podamos aducir pruebas en contra, el capitán Lavedán es nuestro jefe.

—Y... ¿lograremos encontrarlas?

—¡Quién sabe!

Calló de pronto. Fuera sonaron voces de alarma. Ambos amigos abandonaron la cabina telefónica a tiempo que llegaba Dumont, corriendo.

—¡Los bambuques vuelven! ¡Se han rehecho y vienen lanzados hacia aquí!

Durante algunos minutos, fue todo confusión. Tristán se impuso pronto y dio las órdenes precisas para la inmediata defensa. Corrió la tropa hacia su puesto y pronto reanudóse el tiroteo con intensidad extraordinaria.

El enemigo atacaba ahora en oleadas que envolvían la fortaleza por todas partes. Sufrían grandes bajas, mas eran repuestas enseguida, como si aquello fuese un vivero inagotable de hombres. Una vez y otra eran rechazados, dada la consistencia de los blocaos contra los cuales estrellábanse las armas, pero una vez y otra también tornaban a la carga con redoblado brío, con ira desbordante.

El campo sembrábase de cadáveres.

Consiguieron los bambuques introducir varios proyectiles por las troneras y celebraron con alaridos los resultados que apreciaron a juzgar por los gritos que partieron de dentro. Muchos intentaban el asalto abierto del fuerte, tratando de subir a los blocaos. Parecían monos gigantescos. Las ametralladoras manejadas desde arriba los barrían materialmente.

El combate se prolongó horas.

A los defensores de Harnon-Bleu se les acababan las municiones. Mandel estableció comunicación con Lex-Point, exponiendo lo que sucedía y pidiendo ayuda inmediata. Lavedán le respondió, sarcástico:

—Como ya le anuncié, le serán enviados refuerzos... cuando sea posible. También aquí esperamos un ataque. ¡Resistan!

¡Resistir frente a aquella numerosa sucesión de fieras ansiosas de venganza, sin medios, apenas, para conseguirlo!

Tristán, con gran desprecio de la vida, trasladábase de un sitio a otro, animando a los muchachos, comprobando la situación.

Quedaban en condiciones de lucha trece hombres, incluidos Gubierten, Dumont y él mismo. Y para eso, los dos suboficiales mostraban ligeras heridas, de las cuales no hacían caso.

—¡Hay que aguantar hasta que caiga la noche! —dijo Mandel, como última consigna desesperada—. Veremos lo que entonces procede. Entre tanto, economícen munición. Apunten bien antes de hacer fuego a fin de emplear el plomo como es debido.

Los bambuques, al observar que el fuego disminuía, arreciaron en sus asaltos, mas hubieron de contenerse. Los defensores, quietos los nervios, obedecieron lo dicho por el teniente y no desperdiciaban un tiro. Pero también tuvieron nuevas pérdidas. Cuando las sombras comenzaron a tender su manto, las fuerzas de la resistencia capaces de combatir estaban reducidas a cinco

soldados, un cabo, un sargento, los dos suboficiales y el teniente.

—Ha llegado la hora de abandonar Harnon-Bleu —decidió este último, dirigiéndose a Dumont y Gubierten—. Salgan por la galería que desemboca en el arroyo, llevándose a los heridos. Yo, con una ametralladora, cubriré la retirada.

No tuvieron más remedio que doblegarse.

—Aquí moriremos todos.

—¡Silencio! ¡Obedezcan!

No tuvieron más remedio que doblegarse.

Mientras se llevaba a efecto la evacuación, Tristán se superó a sí mismo. El arma automática manejada por él, prodigaba la muerte desde el blocao más alto, no permitiendo a los enemigos que escalasen el fuerte por ninguna de sus partes. Durante más de diez minutos estuvo totalmente solo, disparando.

Una bala penetró por la tronera alcanzándole en el hombro derecho. Insensible al dolor y a la pérdida de sangre, continuó utilizando la máquina. Los bambuques afinaban la puntería cada vez más. De nuevo, el plomo hirió sus carnes. Se le nublaba la vista. Todo daba vueltas a su alrededor. Díjose que aquello era el final.

Oyó, como si viniera de muy lejos, la voz de Gubierten:

—Aquí estoy, mi teniente. Vamos.

Sintióse levantado del suelo y perdió la noción de las cosas.

Entre tanto, los bambuques, al observar que dejaban de hostilizarles, arreciaron en sus gritos de júbilo, mas no se dieron prisa en lanzarse al asalto definitivo por miedo a una sorpresa final.

Adoptaron precauciones desdeñadas durante el fragor de la lucha y las descargas sucediéronse durante varios minutos, aun no obteniendo respuesta.

De pronto, oyeron como dentro se producía una explosión enorme: grandes cascotes de piedras saltaron por los aires, alcanzando muchos a los que atacaban, cuyos alaridos hiciéronse ensordecedores. El fuerte, sin embargo, por la parte exterior, no sufrió deterioro.

Permanecieron los indígenas indecisos durante algún tiempo. Por fin, los jefes dieron la señal.

Frenéticos escalaron los muros, llegaron a los blocaos...

Sólo encontraron cadáveres.

La entrada a la galería subterránea, volada por Dumont apenas

Gubierten la hubo traspuesto llevando a hombros a Mandel, constituía un montón de rocas, ladrillos y cemento poco menos que imposible de traspasar.

Ni siquiera imaginaron lo que aquello significaba. Dieron por cierto que los defensores, en su desesperación, habían querido volar la fortaleza y que todos habían perecido.

* * *

La marcha a través de la jungla, de noche, transportando heridos, resultó una epopeya imposible de describir.

Cayendo y levantándose muchas veces, enfrentándose con animales dañinos, temiendo la aparición de bambuques, sufriendo los tormentos de la sed y de la fiebre, los heroicos muchachos avanzaban, avanzaban, temerosos de que las energías les abandonasen y cada paso fuera el último.

Varios hombres cuyas heridas eran graves, dejaron de existir. El tiempo que invertían en darles sepultura significaba para los demás un relativo descanso.

Mandel, recobrado el conocimiento y tras sufrir una cura de urgencia, renunció a toda ayuda y procuraba valerse por sus propios medios. En distintas ocasiones hízose necesario qué Dumont o Gubierten corriesen a sostenerle, mas él sacaba fuerzas de flaqueza y se reponía pronto.

Poco antes de que amaneciese, cuando el peligro de que los bambuques les alcanzasen podía considerarse remoto, Tristán decidió hacer alto y destacar a un hombre para que, sin impedimento alguno, pidiera auxilio a Lex-Point, relativamente cercano ya.

Las horas transcurridas desde que el emisario partiese hasta que le vieron regresar juntamente con un sargento y diez soldados provistos de parihuelas, antojáronseles interminables a los que aguardaban.

El traslado se hizo con toda la rapidez posible. Tristán continuó marchando por su pie. Supo, a través del sargento, que Lavedán no se encontraba en Lex-Point, pues había salido muy de mañana a visitar otros puestos de jurisdicción.

Fue el teniente Maine quien acudió a recibirles. Lo hizo

demostrando gran interés y admiración al ser informado por Gubierten de la odisea, ya que Tristán apenas conseguía pronunciar palabra.

—Hemos enviado refuerzos —anunció aquél, sin disimular su disgusto—, pero según parece, fueron aniquilados en el camino. ¡Es curioso! La misma suerte corrieron las pequeñas expediciones mandadas días atrás a otros lugares. No parece sino que el enemigo está enterado de todos nuestros movimientos y sabe siempre el sitio oportuno para tender emboscadas.

Mandel, Gubierten y Dumont cruzaron una rápida mirada de inteligencia. Los tres pensaron al unísono en Lavedán, pero no se dijeron nada. La ocasión no lo permitía. En el cerebro de los dos suboficiales fluctuaba la idea de acusar al gran canalla, mas les contenía la promesa hecha a Mandel y, al propio tiempo, el temor de que, muerto el bambuque que tan útil les hubiera resultado, pudieran ser juzgadas sus manifestaciones como una calumnia.

Tanto ellos como los demás fueron acomodados todo lo bien que las circunstancias consentían.

Lavedán se presentó dos horas más tarde. El informe de la odisea le puso furioso. Daba por segura la muerte de Tristán y el hecho de saberle vivo crispó sus nervios.

Seguido del asombrado teniente Maine, encaminóse al departamento donde habían sido encamados Tristán, Dumont y Gubierten y se encaró con el primero:

—Aguardo lo que tenga que decirme, teniente Mandel.

Aunque trabajosamente, el requerido habló, ratificando lo que entre unos y otros expusieran a su llegada.

—Debió continuar la resistencia hasta recibir mi orden en contra. En principio considero su acto como abandono de servicio y cursaré el parte procedente.

Tales manifestaciones produjeron deplorable efecto en todos. Joseph se arrepintió de haberlas pronunciado. En las pupilas de aquellos hombres leíase aversión y protesta sorda. Tristán sonrió levemente sin dignarse responder.

CAPÍTULO VII

LA ÚLTIMA INFAMIA

La gravedad de Mandel resultó superior a la de todos y se impuso el trasladarle a un compartimiento separado de los demás. Gubierten y Dumont, por el contrario, empezaron a reponerse pronto. Sus heridas; aunque varias, eran superficiales. Hacían frecuentes visitas al jefe y amigo y se exponían sus temores de verle morir. Pero la fuerte naturaleza del joven respondió a los cuidados y éste comenzó a dar señales de alivio.

La buena nueva alegró a tropa y oficiales, pues, no obstante la actitud de Lavedán, todos admiraban a los héroes de Harnon-Bleu.

Dumont y Gubierten mostrábanse alegres y risueños como chiquillos, y consagraban a Tristán cuantas horas libres les dejaban sus obligaciones.

El único a quien la noticia de aquella mejoría hizo daño, fue Joseph. Continuaba importándole, ante todo y sobre todo, la desaparición del aborrecido «paria» y se dijo que debía aprovechar cualquier ocasión para que no se levantase.

Cierta noche en que, a excepción de la guardia exterior, todo dormía en el fuerte, Lavedán, tras haberse cerciorado de que nadie le veía, deslizóse sigiloso hacia el pequeño cuartucho donde se encontraba Mandel.

Estuvo observándole unos momentos con expresión de hiena y avanzó resuelto a terminar con su víctima.

Detúvose, sobrecogido, oyendo una voz a sus espaldas:

—A sus órdenes, mi capitán. ¿Sucedre algo?

Tratábase de Gubierten.

Se miraron a los ojos, diciéndose muchas cosas, sin hablar.

—Nada —repuso al fin el interrogado—. Me encontraba despierto y oí quejarse al herido. Ha debido hacerlo entre sueños.

—Ya.

Mandel entreabrió los párpados y clavó la mirada en los dos interlocutores, quienes, en principio, no se dieron cuenta de que había despertado.

Disimulando su nervosismo, dijo Lavedán:

—Es lamentable que contemos con tan escasos medios de transportes. Tanto este hombre como los demás que se encuentran en sus circunstancias, deberían ser evacuados a retaguardia.

Gubierten, sin comentar a lo oído, murmuró:

—Quisiera quedarme un rato aquí.

Antes de que Lavedán respondiese, dijo Mandel:

—Gracias. No hace falta que se moleste nadie.

Volviéronse a mirarle los dos.

—¿Cómo se encuentra, teniente? —apresuróse a inquirir Joseph, dominada ya su alteración nerviosa.

—Bastante tranquilo.

—Me pareció oírle quejarse y vine.

Una mueca irónica marcóse en el semblante del inspector del Servicio Secreto.

—Muy amable.

Joseph dio media vuelta, saliendo sin añadir palabra.

Gubierten se aproximó a la puerta y convenciéndose de que, efectivamente, se había alejado.

—¿Qué pasa? —preguntó Tristán.

—No lo sé. Me fío poco de algunas personas, ¿sabe, mi teniente? Reconozco que es un defecto, pero no lo puedo impedir.

—Explíquese.

—¿Es una orden?

—Un ruego.

—Eso es más agradable. No me gustó nada la manera sigilosa que tuvo el capitán de aproximarse aquí. Yo estaba despierto, echado en el colchón... o lo que sea y... Bueno, la verdad es que me acerqué a toda prisa y le encontré a dos pasos de su cabecera.

Las facciones de Mandel se endurecieron.

—¿Opina usted que trató de asesinar-me?

El suboficial se alzó de hombros.

—Sí, es casi seguro —añadió Tristán, rompiendo la pausa—. Vea si mi pistola está en condiciones y déjemela bajo la almohada.

Obedeció Gubierten, mientras decía:

—No le dejaremos solo un momento. Hablaré con Dumont y con algunos otros amigos de confianza. Claro que a éstos no les explicaré el motivo.

Una tenue sonrisa de gratitud suavizó el semblante de Mandel.

—Es usted una gran persona, muchacho. Agradezco ese buen deseo, aunque será conveniente que se cuide también de sí mismo. Si nuestras suposiciones son acertadas, Lavedán tratará de eliminarle.

—¡Le desafío a que lo intente!

—¡Oh, los impulsos de la juventud primera! Bien, estaremos todos en guardia. Cabe en lo posible que se contente con destinarle a otro puesto.

—Si lo hace, Dumont se encargará de que la vigilancia no cese. Dígame... ¿cuándo va a poner las cartas boca arriba?

Aunque el diálogo se desarrollaba en una especie de susurro inaudible para quien no estuviese allí mismo, Tristán indicó a su amigo la conveniencia de bajar la voz más todavía. Éste echó una nueva mirada a los alrededores, volviendo enseguida junto al lecho.

—Con lo que sabemos de Lavedán —explicó Mandel— bastaría para nacer que se le fusilase, pero quisiera descubrir el alcance de las redes que maneja y atrapar a sus compinches. Por eso no me doy prisa. Escuche, sin embargo, el tacón de mi bota derecha está hueco y colocado a tornillo. En él tengo guardado un informe dirigido al general Tourbault. Si yo muriese, cuídese usted de que llegue a su destino.

—¡Llegará, si eso ocurre..., aunque procuraremos que no suceda!

* * *

Inicióse el restablecimiento de Mandel sin que éste sufriera ningún otro atentado.

Lavedán, intranquilo por lo que pudiesen haber supuesto lo mismo este que Gubierten, se condujo con gran discreción. Ni

siquiera decidióse al traslado del joven suboficial, temeroso de que lo interpretaran como merecía interpretarse. Aquella guardia ininterrumpida en torno al lecho del convaleciente era como un aviso que no podía pasar por alto, aunque aparentaba no enterarse.

Al cuarto día de haber abandonado el lecho Tristán, recibióse en el puesto una orden emitida desde Ruen, consistente en prestar ayuda, con el mayor número posible de fuerzas, al poblado de Suan-co

. Lavedán debería ponerse al mando de las mismas. Del mismo Ruen partirían tropas con idéntico propósito, conducidas por el comandante Choart. El sitio de reunión sería

Bir-drach

, a corta distancia de

Suan-co

.

Joseph cursó las órdenes oportunas. Confió a Maine el mando de Lex-Point donde quedaría un número reducido de soldados. Gubierten y Dumont, aunque no estaban restablecidos por completo, fueron añadidos a los expedicionarios.

—Lamento —dijo Lavedán a Mandel, en tono ligeramente irónico— que no pueda usted acompañarnos.

—Deseo evitarle ese disgusto, mi capitán. Me encuentro perfectamente y, si lo estima oportuno, iré a

Suan-co

.

Brillaron gozosas las grises pupilas de Joseph. Se había propuesto, precisamente, herir el amor propio de su primo induciéndole a seguirle sin la responsabilidad de haberle considerado baja antes de tiempo. No le faltaría ocasión de, iniciado el combate, descerrajarle un tiro por la espalda.

—Ese ofrecimiento le honra, teniente. No estamos sobrados de mandos, como bien sabe, y su aportación resaltará útil.

—Lo celebraré.

—Dispóngase para la partida.

El primer cuidado de Lavedán fue enviar a un espía enlace al puesto bambuque más próximo trasladando lo que se avecinaba y con el aviso de que dos días después acudiese alguien a

Suan-co

a buscar noticias concretas. Señaló el punto exacto y la hora de la noche en que habría de celebrarse la entrevista.

Inmediatamente pasó a ocuparse de los preparativos para la difícil etapa. Durante algunas horas todo fue ajeteo en Lex-Point. Así como cuando se trataba de otros Lavedán consideraba que los más elementales medios resultaban suficientes, al ser él quien había de exponerse, pues cabía en lo posible que cualquier grupo de bambuques no enterados les atacara, todas las precauciones le parecían pocas.

Emprendieron el camino a media noche.

Las primeras horas resultaron fácilmente soportables, mas luego la marcha hízose penosa en grado sumo. El tiempo continuaba seco y el sol tardó poco en abrasar levantando ampollas. Hombres y bestias sudaban.

Lavedán dirigía de cuando en cuando miradas a Mandel con el anhelo de verle desplomarse o de oírle, al menos, una queja, pero con harto disgusto suyo no sucedió así. El joven continuaba firme haciendo gala de fortaleza inconcebible en un ser cuyas heridas no estaban cicatrizadas por completo.

—Todo va bien, mi capitán —dijo Mandel en una de las ocasiones en que sintió las pupilas del traidor fijas en su rostro.

Y, aunque sonreía, empleó un tono tan hiriente que Joseph hubo de morderse los labios para no soltar un exabrupto.

Hicieron varios altos, pero ninguno a solicitud de Tristán.

Mediaba la tarde del segundo día, cuando llegaron a Bir-drach

, en cuyos alrededores no se oía un solo tiro. El jefe del puesto les recibió con un suspiro de satisfacción.

—Hemos sufrido muchas bajas —hizo saber— y nos ha sido preciso retirarnos a este punto de partida en espera de que lleguen ustedes. Los bambuques no nos han atacado porque están sosteniendo una lucha espantosa en

Suan-co

cuya guarnición y pueblo se defienden denodadamente.

Esperaban que Joseph, tras dar breve descanso a las tropas, diese la orden de entrar en fuego. Sorprendiéronse oyéndole decir:

—El comandante Choart vendrá esta noche. Será preferible que le aguardemos. De este modo nos repondremos nosotros y

recobrarémos bríos.

Nadie se atrevió a contradecirle, ya que su categoría militar era superior a la de todos.

—¿Hasta cuándo vamos a soportar estas cosas? —masculló Gubierten, sordamente.

—Silencio, muchacho —recomendóle Tristán—. Hemos de contener nuestra impaciencia. La medida es acertada. El rendimiento que podríamos dar en estas condiciones es casi nulo.

—¿Opina, entonces, que se conduce honradamente?

—Opino sólo que ha hecho bien. Lo que ignoro son sus verdaderas intenciones.

Los soldados agradecieron el reposo que se les concedía.

Joseph, alardeando de incansable, se interesó por la marcha de las últimas luchas en aquel sector, saliendo a inspeccionar las inmediaciones en compañía del jefe del puesto. Mandel no le perdía de vista.

Poco después de anochecido, llegaron Choart y sus hombres. Frisaba el comandante en los cincuenta años. Era enérgico, activo y fuerte.

Lavedán le dijo:

—Me hubiera gustado lanzarme sobre

Suan-co

inmediatamente, mas preferí aguardarle, dado el estado calamitoso en que llegaron mis hombres y que usted nos dirigiera.

—Apruebo esa medida. Nos espera una tarea muy dura y debemos adoptar precauciones. Iniciaremos la operación, poco antes de que amanezca, con una fuerte preparación artillera... Bueno, vengan conmigo. Estudiaremos el plan de ataque.

Encerróse con la oficialidad y estuvo exponiendo cuanto había que hacer, sin perjuicio de admitir algunas rectificaciones acertadas hechas por sus oyentes.

Tan pronto como la reunión hubo terminado, Joseph encerróse y pergeñó un plano del emplazamiento de las piezas, así como un informe de los movimientos que se iban a efectuar.

Guardó aquello en uno de sus bolsillos interiores y se lanzó fuera.

Las tropas que habían llegado primero cedieron el sitio a las del comandante Choart, a fin de que descansasen mientras ellas

comenzaban a colocar las piezas en los puntos estratégicos en que iban a ser utilizadas.

Joseph fingió dedicar atención a tales trabajos. Estuvo cambiando impresiones con otros oficiales e incluso escuchó opiniones de cabos y sargentos.

Luego, con aire distraído, se fue alejando, alejando...

Cuando dio por seguro que nadie le veía, apresuró el paso todo cuanto le fue posible hasta llegar a un pequeño promontorio rodeado de árboles. Tratábase del sitio que él mismo señalara para entrevistarse con el emisario de los bambuques. Una vez allí, silbó suavemente, de manera especial, y aguzó el oído. De entre la maleza le respondieron de igual modo. Instantes después, presentábasele el esperado. Cruzaron la consigna convenida y Lavedán entregó el plano y el informe. Apenas el bambuque lo hubo cogido, una bala se le clavó, atravesándole el corazón. Se le desorbitaron los ojos, hilillos de sangre acudieron a sus labios, se tambaleó como un beodo y desplomóse muerto.

Lavedán, en el colmo de la sorpresa y del pánico, se había revuelto inmediatamente, tratando de empuñar la pistola.

—¡Tú! —exclamó en un rugido lleno de angustia y miedo.

Tristán encontrábase ante él y le asaeteaba con el brillo de sus negras pupilas.

—¡Traidor! —dijo, triturando las palabras, el joven inspector del Servicio Secreto.

—¿Cómo... te... atreves...?

Temblaba, tartamudeando, y retrocedió de espaldas.

—¡Quieto! —ordenóle Mandel—. No vengo solo. Tu traición ha tenido más testigos presenciales. ¡Entrégate!

De las sombras destacáronse las figuras de Dumont y Gubierten.

Lavedán, en un acceso de rabia, de locura, acabó sacando la pistola e hizo fuego sobre el aborrecido «paria». El nervosismo tuvo la culpa de que la bala, en vez de atravesar el cuello del joven, se limitara a rozarlo trazándole un surco. Mandel, con su celeridad característica, hizo que la automática apareciera en su diestra disparando ya. El plomo mordió el brazo derecho de Joseph, quien, produciendo sonidos ininteligibles, dejó caer el arma, si bien arrojóse enseguida sobre la misma, sujetándola con la mano izquierda.

Gubierten y Dumont hubieron de realizar grandes esfuerzos para permanecer inactivos, obedeciendo la categórica orden de Mandel, el cual conminó a Joseph nuevamente:

—¡Ríndete!

Como respuesta obtuvo una carcajada de loco y una rociada de balas que pasaron silbando junto a su cuerpo y alcanzaron en una pierna a Dumont. Tristán hizo otra vez fuego atravesando la mano que empuñaba la pistola. Enseguida abalanzóse sobre el miserable, que se había incorporado a medias, y le asestó un contundente puñetazo en la barbilla, echándole a rodar sin conocimiento.

—Llame al comandante Choart —ordenó a Gubierten.

Apresuróse a desaparecer el joven. Mandel aproximóse a Dumont.

—Está usted sangrando. Déjeme ver esa herida.

—No creo tenga importancia. También sangra el cuello de usted. Curáronse mutuamente.

—Ha debido matarle —masculló el suboficial.

—¿Opina que no sé lo que hago?

—Perdone, no he querido decir eso. Me refería a que merece la muerte.

—Obtendrá ese merecido, pero ante un piquete de ejecución y luego de haber declarado cuanto sepa.

Oyéronse pisadas presurosas. Tristán les salió al encuentro. Eran un cabo y varios soldados atraídos por los tiros.

—Deténganse ahí —mandó aquél, sin dejarles llegar al sitio del drama.

Obedecieron como autómatas.

Choart acudió pronto, guiado por Gubierten.

—¿Qué ha sucedido?

Antes de que Tristán pudiera responderle, oyóse la voz de Joseph una voz desgarrada que no parecía de este mundo:

—Rebelión... y ataque a su capitán por parte de estos hombres, mi comandante.

El jefe parpadeó atónito. Añadió Joseph:

—Les sorprendí cuando trataban de ponerse en comunicación con el enemigo..., y vea lo que han hecho.

Mostró su brazo roto y su mano atravesada.

—¡Miente ese traidor! —exclamó Tristán, sin descomponerse—.

Ha cambiado la oración por pasiva.

—¡Silencio! —ordenó el comandante—. Es horrible que se produzcan estos hechos y más horrible aún que tengan lugar minutos antes de que se inicie una gran batalla. Substanciaremos el problema enseguida. Entreguen sus armas, caballeros.

Tristán fue el primero en obedecer. Con una mirada impuso silencio a los suboficiales.

A una voz de Choart acudieron los soldados que se habían detenido a corta distancia.

—Háganse cargo de los heridos y trasládenlos al fuerte.

Los muchachos, cumpliendo el mandato, recogieron a Lavedán y fueron también hacia Dumont quien les contuvo, diciendo:

—Puedo andar.

—¡Déjese conducir! —tronó el jefe.

—Un momento, mi comandante —pidió Mandel—. Interesa mucho que sea recogido también ese cadáver... y que usted mismo averigüe lo que lleva encima.

Señaló el cuerpo del emisario bambuque.

Choart vaciló unos momentos.

—Si accede a ese ruego mío —insistió el inspector— le resultará más fácil poner en claro esta tragedia.

Joseph comprendió que su última infamia no iba a darle el resultado apetecido. Aunque había disimulado la letra, cualquier examen por parte de un perito bastaría a descubrirle. Díjose, sin embargo, que el tal examen requeriría tiempo y que a él le importaba mucho ganarlo, sobre todo teniendo en cuenta que el combate estaba próximo y que si éste resultaba favorable a los bambuques nada tendría que temer.

Barbotó, sardónico:

—¡Hágalo, comandante! Es posible que encuentre la prueba de la traición de esos nombres.

Choart inclinóse sobre el cadáver cuya mano crispada cerrábase sobre los documentos que recibiera segundos antes de morir.

Costóle enorme esfuerzo apoderarse de los mismos. La obscuridad no permitía su examen.

—¡En marcha! —ordenó.

Y, amartillada la pistola, colocóse tras los protagonistas, a los cuales rodeaba ya la tropa.

Mandel consideró la situación como muy grave. En el orden militar había cometido una falta gravísima enfrentándose con un superior. Choart tenía fama de hombre expeditivo. Cabía en lo posible que, dadas las circunstancias especialísimas que concurrían, les hiciese pasar por las armas, tanto a él como a Gubierten y Dumont, e investigase luego. Por aquellos muchachos, principalmente, decidió descubrir, sin dejarlo para más tarde, su verdadera personalidad.

Rezagóse un poco, llevando las manos en alto.

Los soldados no supieron qué hacer.

—¿Qué significa...? —empezó a inquirir Choart.

—Concédame unos segundos, mi comandante. —Y sin aguardar autorización, añadió en voz muy baja—: Soy inspector del Servicio Secreto de nuestro país, según puedo probarle apenas nos encontremos a solas.

—¿Eh?

—Aparte mi documentación, que no deja lugar a dudas, el general Tourbault, de quien poseo una orden dirigida a las fuerzas de su mando para que se me ayude y proteja corroborará mis palabras apenas se le pregunte.

Choart quedó estupefacto.

—Por favor —insistió Mandel—, no haga comentario alguno. Nadie, a excepción de usted, sabe aquí quién soy.

Al jefe le costó trabajo tragar saliva. Logró dominarse y susurró:

—¿Cómo imaginar...?

Sin terminar la frase, ordenó a todos:

—¡Sigamos!

* * *

Nadie podía explicarse lo sucedido. Cuando esperaban la orden de que se formase el piquete de ejecución, Vieron salir a Mandel de la estancia en que se encerrara con Choart, llevando ya su pistola. Minutos más tarde, los suboficiales Dumont y Gubierten recibían el mismo trato.

Sin hablar, el comandante estrechó sus manos en presencia de la tropa.

Luego dirigióse al departamento donde había sido instalado

Joseph a quien acababan de hacer curas elementales.

—Capitán Lavedán —dijo, con acento solemne—; su traición a la Patria no ofrece lugar a dudas. Podría ordenar que se le fusilara en el acto, pero quiero ofrecerle una ocasión de salvarse.

Joseph, cuyo semblante estaba pálido hasta la exageración, hizo acopio de energías e inició su defensa.

—Mi comandante, se halla en un error. Esos hombres...

—Ahórrese odiosas mentiras. Insisto en que tengo la convicción absoluta de su culpabilidad. Trate de rehabilitarse, siquiera un poco, haciéndome conocer los planes que sepa del enemigo; quiénes son sus dirigentes en la retaguardia, los medios de que se valen para obtener armamento, y procuraré, en lo posible, remediar la situación de usted.

—Pero...

—Dentro de una hora vamos a abrir fuego contra los bambuques. Quince minutos antes vendré por su respuesta. Si no es satisfactoria, se le fusilará en el acto.

—¡Oh!...

—¡Estamos en primera línea! La alta traición, sobre todo en estas circunstancias, no tiene más que una pena. Usted lo sabe.

Abandonó el cuartucho, dejando tras sí a dos soldados, con la bayoneta calada, a quienes ordenó la más estrecha vigilancia del herido.

Éste, sudoroso y frío a un tiempo, dejó caer la cabeza sobre el camastro. El terror le dominaba, dificultando sus movimientos más aún que las heridas.

No podía hacerse ilusiones. Ni por un segundo admitió la idea de que el comandante cumpliera su ofrecimiento de prestarle ayuda si confesaba. Le matarían de todos modos, fatalmente, irremisiblemente.

De su garganta escapáronse gemidos roncós:

—No quiero morir... ¡No quiero morir!... ¡No quiero morir!...

Uno de los guardianes bambuque, lanzóle una mirada llena de odio y desprecio.

Poco más tarde, Tristán, debidamente autorizado, entró en la pequeña estancia.

—Escucha, Joseph: Me has hecho mucho daño, pero en gracia al apellido que llevas, en recuerdo a la memoria de tus padres,

quisiera ser te útil y evitar tu deshonra. Demuestra que estás arrepentido, dínos cuanto sepas y te prometo conseguir...

—¡Vete, perro maldito! —rugió Lavedán, interrumpiéndole—. ¡Tú eres el culpable de lo que me sucede!

—¡Tranquilízate!

—¡Fuera de aquí, pronto!... ¿Es que no tengo derecho a exigir que se me libere de tu presencia siquiera sea en los últimos momentos?

El inspector, comprendiendo que sus afanes en aquel sentido resultarían inútiles, hizo un gesto de amargura y salió lentamente.

—¿Qué? —preguntóle Choart.

—Nada. A mí menos que a nadie revelará sus secretos. Ya lo supuse, pero he querido que no me quede nada por hacer.

Transcurrió el tiempo fijado. El comandante tornó junto a Lavedán.

—El plazo ha concluido.

Miróle el traidor.

—¡No quiero que me maten! ¡Sería un crimen!

—Ha pasado un minuto más.

—¡No puedo decir lo que ignoro! ¡Soy un buen soldado! ¡Nunca traicioné a nadie!

Choart dio media vuelta, murmurando:

—¡Prepárese a ser conducido ante el piquete!

—¡No!... ¡Aguarde!

—¡Pronto, lo que sea!

—¿Me da su palabra de que si hablo no se me fusilará?

—Se la doy de que yo, al menos, jefe de las fuerzas congregadas en

Bir-drach

, no daré tal orden. Quedará usted detenido, se abrirá sumario, formará parte del mismo el servicio que presta ahora.

—¡Bien, bien..., aproxímase!

Comenzó a hablar atropelladamente, dando nombres, direcciones, rutas...

Sonaron tiros.

Choart, con un balazo en la espalda, desplomóse sobre el suelo; a Joseph le entró por la boca una ración de plomo y se le alojó en la masa encefálica.

El soldado bambuque que actuaba de centinela y que era el autor del atentado para interrumpir la relación por parte de Lavedán, trató de abrirse paso utilizando el fusil como maza. No llegó a la puerta. Desde distintos puntos hicieron fuego sobre él, acribillándole.

La confusión fue enorme. Tristán llegó como una centella junto a Choart.

—¡Mi comandante!...

—Me han... asesinado... Tome el mando de las fuerzas y ataque.

—Sí, mi comandante.

—¡Pórtese bien!

—¡Se lo juro!

—Gracias... en nombre de la Patria. Escuche ahora: Ese hombre... Lavedán... ha dicho cosas... voy a trasladárselas...

Intervino el único médico de que se disponía:

—Mi comandante... Permita que ante todo le practique una cura.

—¡No! Lo primero... es lo primero. Déjenme sólo con el teniente Mandel.

Fue obedecido, aunque a regañadientes, por el galeno.

Dio a conocer al inspector las confidencias obtenidas. Cedió éste el sitio al doctor y corrió a encerrarse para anotar las importantes noticias en el extenso informe que guardaba en el tacón de la bota. Con rapidez febril hizo luego una copia del mismo y lo encerró en un sobre que entregó a Dumont, diciendo:

—Amigo, la herida de su pierna le impide tomar parte en las operaciones que vamos a comenzar. Si muero, entréguelo al general Tourbault para que lo haga seguir hasta el destinatario que él conoce.

Dumont, trató de incorporarse y saludó militarmente.

—¡Así se hará, mi teniente, aunque espero no sea necesario este servicio!

Estrecháronse las manos.

Mandel buscó a Gubierten y le dijo:

—En el sitio que ya le advertí, continúa guardado un informe más trascendental hoy que nunca. He dejado copia al suboficial Dumont por si cayésemos en el campo de batalla. Si usted se salva, llévese el documento aunque tenga que abandonar mi cadáver.

Planeadas las cosas así, tengo casi la seguridad de que, por un conducto o por otro, surtirá ese escrito el efecto que debe causar.

Gubierten, emocionado, prestó la promesa que se le exigía.

* * *

La preparación artillera fue verdaderamente demoledora. Cuando las fuerzas mandadas por Tristán se lanzaron al ataque, el poblado de

Suan-co

ofrecía desde lejos un espectáculo deprimente. No quedaba una casa en pie. El amplio campo de batalla extendido ante dicho poblado daba la impresión de haber sido vuelto del revés como consecuencia de inenarrable movimiento sísmico.

La respuesta de los bambuques no tuvo nada que envidiar a la lluvia de metralla que recibían, aunque sus gruesos proyectiles, por no encontrar nada sólido que destruir, resultaban poco eficaces.

La resistencia superó en mucho a lo imaginado por Mandel.

Bombas, morteros, ametralladores y fusiles sembraban la muerte en ambas partes, sin que pudiera predecirse de qué lado iba a inclinarse la victoria.

Horas y horas se prolongaba el combate.

Los hombres, convertidos en fieras, perdida la noción de todo lo que no fuese matar, acariciaban las armas cual si fuesen algo de su propio ser y celebraban trágicamente sus blancos.

Tristán, a quien diríase respetaban las balas, desvivíase, corrigiendo defectos, levantando los espíritus. Su fusil ametrallador, varias veces substituido, causaba la admiración de unos y otros.

Al mediodía aminoró el fuego, el fragor de la pelea. Sin previo acuerdo, la necesidad impuso una prórroga.

Achicharraba el calor; los heridos y muertos formaban montones; los gritos y lamentos tejían una sinfonía horrrisona en aquel escenario infernal.

Llegó a cesar el fuego en absoluto.

Las fuerzas de Mandel, llevándole a la cabeza, tomaron la iniciativa de retirar los cuerpos mutilados que alentaban aún. Los bambuques realizaron otro tanto.

A la caída de la tarde, la lucha se reanudó con mayor

encarnizamiento, con mayor furia originada sin duda, por el recuento de bajas al tenerlas cerca.

El tiroteo, creciendo o decreciendo, duró toda la noche.

Al amanecer, las distancias se habían acortado y ordenó Tristán:

—¡A la bayoneta!

El cornetín transmitió la orden.

Los horrores precedentes quedaron anulados en comparación con los que aquella carga trajo consigo.

Las aceradas hojas desgarraban las carnes; ensartaban los cuerpos, despidiéndoles como piltrafas sanguinolentas.

Los bambuques, comenzaron el retroceso, más no la huida. Desde nuevas posiciones mantuvieron la resistencia otra vez a tiros, sin permitir al enemigo el avance.

El único médico con que contaba Mandel no daba abasto. Y lo peor era que se había acabado la morfina como asimismo los más elementales medicamentos. Ni siquiera con vendas podía contarse ya y resultaba preciso utilizar las que antes se habían aplicado a los que fallecían.

Tristán recibió un balazo en la pierna derecha. Se taponó personalmente la herida, cubriéndosela con lo primero que encontró, y buscó a Gubierten:

—Me han taladrado este «remo» —dijo en son de broma horrible—. Por si acaso me lo cortan y yo estoy más «allá» que «acá», no se olvide de la bota.

—Vaya a curarse, mi teniente. Yo...

Una bala segó la voz del muchacho. Le había dado en pleno pecho. Mandel le recogió anhelante y le llevó hacia atrás, entregándoselo al facultativo:

—¡Sálvele!

—¡Qué más quisiera que poder salvarles a todos!

Ante la posibilidad de que el joven suboficial muriese, Mandel trasladó al médico la súplica de que si él caía, diera curso al fundamental documento que llevaba oculto.

Se dejó curar aprisa y tornó a ser el alma de sus soldados.

De pronto, sobreponiéndose al clamoreo general, el cielo se llenó de estridencias.

Cientos de miradas eleváronse.

Sobre el campo enemigo comenzó a llover metralla de los

aparatos en picado.

Aquella eficaz, aunque un poco tardía, ayuda de la aviación, solicitada angustiosamente a Kapoi por el comandante Choart desde su lecho, decidió la lucha. Los bambuques, aplanados ante la imposibilidad de responder con las mismas armas, emprendieron la huida.

El espacio empezó a poblarse de enormes «hongos» que descendían balanceados por el viento.

Los paracutistas, con víveres, municiones y todo lo necesario para atender a los heridos, oyeron el clamoreo entusiástico de los soldados.

Las pupilas de Mandel se humedecieron.

Una voz amada y maravillosa en aquellos momentos hasta lo divino, llegó al corazón:

—¡Tristán!

—¡Odile!

Librándose del paracaídas, la doctora corría hacia el joven teniente.

—¡Te he reconocido desde el aire!

Se abrazaron, no como hombre y mujer, sino como dos camaradas ebrios de imponderable dramatismo.

—¡Sigue en tu puesto, Tristán! ¡Yo he de ocupar el mío!

Desprendióse la joven del abrazo y corrió a reunirse con otros médicos que; sin reponerse de la emoción del descanso, preparaban instrumental y daban órdenes.

Los bombarderos continuaron su mortífera tarea. Fuerzas de choque arrojábanse también desde los aeroplanos.

Tristán no quiso abandonar su puesto, aunque la pierna le pesaba como si fuera de plomo.

El asalto definitivo a

Suan-co

no ofreció grandes dificultades. Sin embargo, fue en las postrimerías del mismo cuando otra bala se clavó en el pecho de Mandel, derribándole en tierra sin tiempo para hacer su repentina recomendación sobre el documento que llevaba consigo.

Cuando los vencedores entraron en el pueblo, los bambuques habían desaparecido.

Sobre las callejas apiñábanse cuerpos mordidos horriblemente

por la metralla.

Los refuerzos, juntamente con las tropas útiles que iniciaron la pelea, persiguieron al enemigo durante varias noches. Finalmente, volvieron al punto de partida. El objetivo estaba cubierto y rebasado.

Mandel, en medio de su inconsciencia, tuvo la sensación de que unos labios rozaban sus mejillas y la voz de Odile, alterada por el llanto, le decía, desde muy lejos:

—¡Tristán! ¡Óyeme! ¡Quiero que vivas... para mí!

CAPÍTULO VIII

EL ENFERMERO

Por uno de esos curiosos e inexplicables fenómenos de la memoria que nos presenta hechos, cosas o frases en las que nunca, a partir del momento en que surgieron, habíamos pensado, a la mente de Tristán acudían trozos sueltos de lo que cierto día oyera en «La gaviota» al amargado piloto que con su charla descriptiva le reveló la existencia de Odile:

«Allí sólo hay angustia y muerte...».

—Angustia y muerte... —repetíase Mandel, mientras los ojos de su espíritu recorrían el campo sembrado de cadáveres, de miembros rotos, retorcidos, de ayes de dolor y de lamentaciones.

«... metido en las narices, en el cerebro, en mi cuerpo todo, el hedor horrible».

Y tal hedor horrible lo percibía Tristán ahora hasta el extremo de sentir angustias de muerte, náuseas atormentadoras.

«Sólo una mujer que vino con nosotros para cuidar a los que más lo precisaban...».

El joven, cerrados los párpados cual si millares de toneladas pesasen sobre ellos, tenía la sensación de que se hallaba en el aire. Oía la angustiada voz de Odile pronunciando su nombre en los más cariñosos tonos y realizaba extraordinarios esfuerzos por establecer justa concatenación entre la realidad y la fantasía.

Afortunadamente para él, una vez más entre muchas, perdió totalmente el conocimiento.

—Cuidado... Mucho cuidado con ese muchacho... —recomendaba Odile, a los camilleros que sacaban a Tristán del

avión.

Y le temblaba en la boca el alma al expresarse así.

Importábanle todos los heridos sin excepción y no hubiera vacilado en dar su sangre por cualquiera, pero aquél, concretamente aquél, aunque quisiera disimularlo, significábale más que el resto del mundo.

Ruborizábase al imaginar que pudiera ser advertida su preferencia, más nadie pensó en lo que ella temiese. Unos y otros supusieron simplemente que la gravedad del herido en cuestión exigía mayores cuidados de la joven doctora.

En coches, no muy cómodos, los que podían resistirlo, o en camillas los más destrozados, fueron pasando al hospital.

* * *

Cuando Mandel recobró nuevamente la noción de las cosas habían transcurrido varios días a partir de aquél en que en aeroplano, se le evacuó a la población de Thoa-Kuit-Bain.

Cuando parpadeaba lentamente, sin ver bien aun, una voz afectuosa y regocijada acarició sus oídos:

—¡Doctor! ¡Parece que vuelve en sí!

Tristán fijó las pupilas en el hombre que tenía cerca. Tratábase del joven Dumont. Su saludo no pudo ser más sencillo.

—Hola, muchacho.

Diríase que se habían visto pocas horas antes sin que nada digno de mención hubiera sucedido desde entonces.

—¡Mi teniente!

—¿Qué tal va esa pierna?

—Bien, muy bien. No debían haberme traído del frente, pero la doctora Fontaine se empeñó...

—¡Ah!

—¡Qué gran mujer... y qué gran médica!

A Tristán disgustó el elogio que Dumont tributaba a Odile, lo de que la calificase de gran módica, bueno, pero que la llamase, con entusiasmo, gran mujer, o, lo que era lo mismo, que le piropeasen delante de sus narices, resultóle demasiado fuerte. ¡Sólo él tenía derecho a llamarle guapa!

Sonrió de sus celos injustificados, infantiles, impropios de la

situación y del ambiente.

—¿Por qué sonrío? —quiso saber el suboficial—. ¿Opina que esa muchacha, pues una muchacha es todavía, no merece tales calificativos?

—Merece esos... y todos cuantos buenos puedan encontrarse por ahí.

El módico llamado acudió, e hizo un reconocimiento del herido.

—Bueno... Reposo, mucho reposo y silencio absoluto.

—Eso equivale a echarme, ¿no? —inquirió Dumont.

—Es usted muy listo —rezongó, sarcástico el galeno.

—Bien. Ya me voy.

—Un momento —pidió Tristán.

Alejóse el facultativo, mientras Dumont, obedeciendo una seña, se aproximaba más a su compañero y jefe.

—¿Qué fue de mi informe?

—Obra en poder del general Tourbault.

—La copia que usted guardaba, ¿verdad?... Gubierten...

—Gubierten vive y fuera de peligro. Está en otra sala de este mismo hospital.

Una suave sonrisa iluminó el rostro de Mandel.

Añadió el joven subordinado:

—También él ha enviado su copia al general por distinto conducto, para mayor certidumbre de que una de las dos, por lo menos, le llegaría en breve plazo. ¡Si hubiera visto cuánto afán demostró ese gran compañero! Volvió en sí pronto y apartando a los que le atendían, corrió a apoderarse de la bota de usted. Nadie podía explicarse aquello. Llegaron a suponer que sufría un ataque de enajenación mental. Se llevó consigo su presa y no hubo quien se la quitase de las manos ni en los momentos de alta fiebre.

—¡Gran chico! —dijo Tristán.

Y sin añadir nada, sumióse en un sueño reparador.

Su despertar fue bello, tan bello como nunca hubiera imaginado: era Odile quien estaba junto a su cabecera.

—¡Tú!

—Hola, héroe.

—¡Cuánto te agradezco que hayas venido!

—Puesto en ese terreno, tendrás que agradecermelo varias docenas de veces, porque son varias docenas de veces las que te he

visitado ya.

—¡Y yo sin enterarme! ¡Soñando contigo, llamándote a voces desde lo más hondo!

—Parecías empeñado en hacer la competencia a la celeberrima «bella durmiente».

Rió, y su risa sonó al muchacho como una extraña melodía en la que sobresaliesen címbalos de plata.

Hubo un silencio cuajado de ternuras.

—Odile, te quiero.

—¡Chist! Cállate.

—Te he querido siempre. Lo sabes bien.

—No sé nada de nada.

—¿Por qué mientes?

—¿Te atreves a llamarme embustera?

Hablaba con fingido enfado que aumentaba el encanto de su rostro.

—Respóndeme, ¿puedo esperar...?

—¡Cállate o me voy! Continúas malito y las emociones, sobre todo si son fuertes, te están prohibidas.

—¿A qué emoción te refieres?

—A la que te produciría, por ejemplo, si se me ocurriese decir que soy yo la que espera a que te restablezcas para casarme contigo.

—¡Odile!

Clavábale ella en los ojos las esmeraldas de sus pupilas en las que brillaba el amor. Sus manos se buscaron estrechándose con fuerza.

—No pude olvidarte nunca.

—Tampoco yo te olvidé, pero mi cariño acabará ahora si no eres sensato y pones todo tu empeño en salvarte.

—Ante esa amenaza, obedeceré.

Besó los dedos de la joven y apretó los párpados como un travieso chiquillo.

Día tras día se le permitieron nuevas expansiones. La prohibición de recibir visitas dulcificóse hasta cesar del todo. A medida que ésta se suavizaba, iba en aumento el número de compañeros y amigos que marchaban a los frentes o volvían de ellos y que afanábanse en testimoniar su admiración al héroe de Harnon-Bleu y

Suan-co

. Por unos y otros fue conociendo detalles de la guerra. Los reveses reducíanse a la mínima expresión, toda vez que se contaba con tropas abundantes, equipadas con arreglo a las necesidades modernas. Hablábbase, incluso, de que la guerra aproximábase a su fin.

Gubierten, recién autorizado a levantarse, bromeó con él:

—¿Sabe, mi teniente? Aún conservo y pienso conservar, mientras viva, su bota.

—Conservará eso y mi cariño fraternal, muchacho.

—Gracias. Lo estimo en cuanto vale.

Tras breve pausa, añadió el suboficial:

—Muchas veces me he preguntado cómo pudo usted convencer al comandante aquella noche para que mudase la decoración como lo hizo. La verdad es que vi el problema difícil. Di por seguro que la maniobra de Lavedán iba a tener éxito y se nos iba a fusilar.

Mandel estuvo a punto de revelar que fueron sus documentos de identificación, la parte de informe que ya tenía escrito y el pliego del general Tourbault, los que persuadieron a Choart, mas se contuvo. No, ni a aquel muchacho, ni siquiera a Odile, confesaría nunca su condición de inspector del Servicio Secreto.

—El comandante creyó en mi palabra —dijo sencillamente. Y preguntó enseguida, queriendo variar el curso del diálogo—: ¿Cómo sigue ese hombre?

—Dicen que ya no corre peligro. Apenas estuvo en condiciones de ser transportado, exigió que le llevasen a Kapoi. Sin duda tenía algo muy interesante que decir al general.

—Es posible —susurró Mandel, enigmático.

Días más tarde, cuando ya el joven inspector empezaba a recobrar fuerzas, personóse el capitán Haden en su habitación.

Saludáronse con demostraciones de verdadero afecto.

—No vengo solo en mi nombre, sino en el del general Tourbault, quien se interesa por usted como nunca lo hizo por nadie. Lamenta que sus ineludibles deberes le impidan desplazarse hasta aquí, si bien se propone verle en la primera oportunidad.

—Expóngale mi agradecimiento.

—Bueno, lo haré. Esas mismas palabras me ha ordenado el general que pronuncie. Quiere que exponga a usted su gratitud en

nombre de la patria y en el propio. Añade que su informe ha dado ya el resultado lógico.

Hizo un gesto de incomprensión, no del todo sincero, a la par que agregaba:

—Yo, la verdad, no sé lo que eso quiere decir, pero a lo mejor usted lo entiende.

En el mismo tono, repuso Mandel:

—Pues... no sé qué decirle.

Se miraron, sonriendo.

—Falta otro detalle.

—¿Y es...?

—El comandante, al darse cuenta de lo sucedido en el puesto de Bir-drach

, declaró que en principio creyó culpables de traición a usted y a los dos suboficiales que le acompañaban y les hizo entregar sus pistolas.

—Efectivamente.

—Bien, pues el general les envía, a modo de desagravio simbólico, pistolas nuevas grabadas con sus iniciales. Aquí las tiene. Ésa es la suya —separó la designada—. Dé usted las otras a esos dos valientes muchachos.

Tristán estaba conmovido. Pidió la comparecencia de sus dos colaboradores y trasladándoles las palabras oídas, tendióles las armas, añadiendo por su parte algunas frases sentidas. El momento resultó solemne.

Dirigiéndose a Haden, acabó diciendo el inspector:

—Comunique al general que este recuerdo suyo me acompañará siempre.

Y besando la empuñadura, cual si rubricase un juramento, guardó la pistola bajo la almohada.

* * *

Aunque la marcha de la guerra resultaba ya francamente satisfactoria, no podían evitarse operaciones de envergadura que seguían costando muchas vidas.

Como consecuencia de una de éstas, llegaron varios convoyes de heridos a Thoa-Kuit-Bain. Los hospitales se llenaron, habilitáronse

muchos edificios públicos y requirieron los servicios de personal sanitario residente en otras poblaciones donde no hacía tanta falta.

No pocos convalecientes, sin encontrarse aún restablecidos, cedieron sus camas a los compañeros graves. Mandel quiso darse de alta a sí mismo, pero no se lo permitió.

—No es usted quién para decidir en este asunto —díjole, entre enérgico y afectuoso el director del establecimiento—. Su vida es muy valiosa para que la arriesgue de manera tan simple.

Tuvo que resignarse.

La misma noche del día en que arribaron los impresionantes convoyes, Tristán sintióse más deprimido que en jornadas anteriores. Quizá el motivo fuera la visión de tanta angustia y tragedia renovadas.

Estaba febril.

¡Cuánto hubiera dado por tener cerca a Odile! Mas la bella doctora, fiel a su postulado, encontrábase prestando servicio en uno de los frentes próximos.

No quiso el muchacho comunicar a ningún médico lo que le sucedía. Díjose que lo suyo no era nada y que hubiera resultado un acto de egoísmo entretener a los hombres que se estaban desviviendo por auxiliar a los heridos.

Hizo esfuerzos por dormirse de verdad, librándose de aquel amodorramiento agotador, pero no lo conseguía.

Lentamente, los rumores fueron apaciguándose. Escuchábanse algunos quejidos leves, pues la morfina atenuaba dolores, y pisadas suaves de médicos, enfermeros.

Tristán tuvo de pronto la sensación de que no se encontraba solo en el pequeño cuarto que se le destinara. Entreabrió los ojos, comprobando que no se trataba de una creencia suya. Bajo el dintel había aparecido un enfermero que miraba receloso hacia afuera y cerraba la puerta tras sí cuidadosamente.

Mandel no pudo verle la cara, pues se la cubría con la mascarilla que suele emplearse para asistir a operaciones quirúrgicas, pero algo en su porte, así como su sigilo, pusieronle en guardia.

El recién llegado se aproximó de puntillas al lecho. Llevaba una jeringuilla cargada.

Mandel abrió de pronto los ojos, fijándolos en los del enfermero, lo único visible de su rostro, y estuvo a punto de lanzar un grito de

sorpresa. ¡Aquellas pupilas inconfundibles eran las de Rasai Milunovic!

No se descompuso el rumano al ver despierto al paciente. Creyéndose bien guardado por su máscara, murmuró sin tono:

—Vengo a aplicarle un calmante para que duerma.

Tristán asintió con un leve movimiento de cabeza y cuando tuvo a su alcance al enemigo, arrancóle de un tirón la mascarilla. Retrocedió este de modo impulsivo, mas en el acto arrojóse sobre su presunta víctima, tratando de estrangularla antes de que gritase.

Mandel, realizando un sobrehumano esfuerzo, le apartó de sí y se echó de la cama por el otro lado. Al hacerlo, empuñaba ya la pistola que le regalara el general Tourbault.

—¡No se mueva! —ordenó.

Rasai, desencajado el semblante, vaciló unos segundos. Al cabo de ellos, considerando que todo sería preferible a verse detenido y ahorcado, desentendióse de la amenaza y saltó hacia la puerta.

Disparó Tristán a las piernas del jefe de espías, quien, dejándose caer al suelo de bruces, sacó de entre las ropas un pequeño revólver e hizo fuego a su vez. La bala silbó junto al oído del inspector, el cual apretó nuevamente el gatillo, alojando esta vez el plomo en la cabeza de Milunovic.

Oyéronse carreras que provenían de distintas direcciones. La pequeña habitación llenóse de gente que contemplaba el cuadro con estupefacción.

—Quiso asesinarme —dijo el joven, sencillamente—. Temo que mi puntería ha resultado demasiado buena. Vean si puede hacerse algo en su obsequio.

La voz de un módico que examinaba ya a Rasai, elevóse opaca:

—Está muerto.

Siguió acudiendo personal. Todos se mostraban atónitos ante aquel suceso inexplicable.

El inspector dio cuenta del drama sin omitir detalle.

—Verdaderamente —declaró alguien, examinando a Milunovic — este hombre no pertenece al hospital.

Por deseo expreso de Mandel, envióse inmediato aviso a las máximas autoridades, militares de la población. Entre tanto, fue recogida la jeringa que Rasai llevara consigo. Estaba rota, pero contenía líquido suficiente para el análisis. En muy breve espacio,

quedó demostrado que se trataba de un activísimo veneno.

Dumont y Gubierten hubieron de ser contenidos para que no se ensañasen con el cadáver.

Un practicante, vivamente alterado, se presentó, y dijo:

—En el cuarto de limpieza acabo de encontrarme al enfermero Werlay, atado de pies y manos y con mordaza. Dice que recibió un golpe y que cuando volvió en sí se encontró sin poderse mover y a punto de asfixiarse. Le quitaron la bata...

Se hizo ineludible prestar nuevos auxilios a Tristán, a quien la reciente lucha había causado daño considerable.

El capitán Haden acudió con las autoridades a quienes se había enviado aviso y se interesó fervorosamente por la suerte de Mandel. Luego, dijo a éste:

—El general se alegrará mucho cuando se entere de que Rasai Milunovic, el gran enemigo a quien no había modo de localizar, ha caído a manos de usted.

EPÍLOGO

—Bien... Estoy esperando a que me hables de la boda. Transcurren días y días sin que menciones el asunto. ¿Es, quizá, que con la sangre vertida se ha escapado el fuego de tu amor?

Odile, al expresarse así, sonreía, envolviendo a Mandel en la ternura inefable de su mirar.

Hallábanse en la terraza de uno de los mejores hoteles de Kapoi.

Contra lo que la muchacha supuso, el rostro de su interlocutor entenebrecióse. Le observó ella con extrañeza, e insistió, dando de lado el tono jocoso que antes empleara:

—¿Qué significa esa actitud, Tristán?

—La guerra ha terminado con el triunfo de nuestras armas, Odile. Los soldados que escaparon con vida van ya camino de sus hogares. Los jefes se disponen a disfrutar el descanso merecido... Yo, en cambio, sigo «al pie» del cañón.

—No acierto a comprenderte.

—Te adoro, Odile. Nadie puede quererte como te quiero. Me he pasado lo mejor de mi vida anhelando hacerte mi esposa. Hubo ocasiones en que olvidé todo lo que eso no fuera e imploré que me correspondieses. Sin embargo, ahora que me enfrento con la realidad, tengo miedo.

—¿Miedo... a qué?

—A no hacerte feliz. A que la inquietud enturbie todas tus horas...

—Pero...

—No me hagas preguntas que forzosamente quedarían sin respuesta. Bástete saber que no me debo a mí mismo y que, por lo tanto, mal puedo ofrecerte lo que no me pertenece.

—¿No me pertenece tu cariño?

—¿Te atreverías a dudarlo?

—Entonces, nos casaremos.

—Es que... existen otras cosas...

—¿Cuáles?

Tristán se retorció las manos. El, que tan fuerte sintióse siempre ante el dolor, veíase imposibilitado rara resistir aquella tortura moral.

Odile abandonó su asiento.

—Sea como tú quieras —murmuró—. Pero ten en cuenta que vas a causar muchas decepciones; la mía, la del general Tourbault, que quiere apadrinar nuestra boda, la de Dumont y Gubierten, que se han encargado sus uniformes de teniente para actuar como testigos, la del Servicio Secreto, al que perteneces como inspector...

Tristán abrió mucho los ojos.

—¡Odile!

—¿Qué pasa?

—¿Tú sabes...?

—Ya oyes que sí.

—Pero... ¿cómo...?

—Te recogí en mis brazos al caer en el asalto a

Suan-co

. Los documentos de identidad que tan celosamente guardabas aparecieron ante mis ojos. Fue entonces cuando mi amor cobró su fuerza máxima. Tuve buen cuidado de guardar dichos documentos para que nadie los descubriese... y dejarlos donde estaban cuando, ya en el hospital de Taho-Kuit-Bain, volviste a la vida. No quise decirte nada y me limité a actuar. Tourbault, al saberme en posesión de tu verdad, me reveló cuanto habías llevado a efecto. El me ayudó en las gestiones para que se te concediese una licencia ilimitada en el organismo al que tan maravillosos servicios has prestado. Tengo esa licencia en mi poder, pues pedí y obtuve el privilegio de entregártela.

El rostro de Tristán se había transfigurado. Tembláronle los labios impidiéndole hablar.

Añadió la joven:

—Ahí la tienes. Tú verás si te interesa o si debes romperla.

Hizo lo indicado e inició la marcha.

—¡Odile!

—¿Qué quieres?

—¡Bendita seas!

—¿Nos casamos o no?

—¿Y me lo preguntas? Mi único miedo estribaba en que si algún día caigo en esta batalla sorda que tengo empeñada contra los enemigos de nuestro país, pudieras...

Le cubrió ella la boca con sus dedos.

—Calla. Olvidemos ahora todo lo que no sea la felicidad que nos tiende sus brazos. Más adelante, cuando haya que jugarse de nuevo la vida, tú, lo mismo que yo, nos apresuraremos a ofrendarla. ¡Y aunque alguno de los dos caiga en la pelea, seguirá viviendo en el corazón del otro!

FIN



Rafael Segovia Ramos (Algarrobo, Málaga, 1902 – 1971) es el auténtico nombre de Jack Grey, seudónimo empleado para sus novelas policiacas, y de Raf Segrram, nombre empleado para las novelas del Oeste, género que en su momento le hizo muy popular.

Rafael Segovia Ramos, según declaraciones de Francisco González Ledesma (Silver Kane), que le conoció personalmente por su cargo de editor en la editorial Bruguera, era un eficiente agente de seguros que completaba su salario escribiendo especialmente novelas del Oeste con el seudónimo de Raff Segrram.

Antes de que se desatara el conflicto bélico que enfrentó a las dos Españas, Rafael Segovia se ganaba la vida como crítico teatral en la revista «Espectáculos», y también como escritor de obras teatrales, siendo además un reconocido letrista de zarzuelas. Como ejemplo de ello, en 1924 estrenó con gran éxito en el Teatro Pascualini de La Línea, en la noche del 31 de agosto de 1924 la obra «Espinass», un drama en prosa dividido en tres actos.

Pero como le ocurrió a tantas y tantas personas, la guerra civil trastocaría para siempre su existencia. Aparte de que su ideología política relegó su obra teatral al más profundo de los olvidos, encontrarse en el bando de los perdedores supuso el fin de su

carrera como escritor «serio».

Fue muy activo políticamente durante el conflicto bélico en favor del bando republicano, siendo encausado por el Tribunal especial de represión de la Masonería y del Comunismo en 1940, tal y como consta en el Archivo general de la Guerra Civil Española.

Este activismo del autor, se comprueba por los muchos actos en los que participó durante el conflicto en defensa del bando republicano, como por ejemplo en un recital de poesía celebrado en Madrid en 1936, o representaciones teatrales «de urgencia», como «A la orden de la República», «La evasión de los flamencos», «Hay que evitar ser tan bruto como el soldado Canuto», «Mi Puesto está en la trinchera» o «Consejo de Guerra», todas ellas de Rafael Segovia Ramos/Luis Mussot, dos muestras del llamado teatro de urgencia que se representaba en Madrid durante la guerra civil a modo de propaganda para elevar la moral de la tropa y de la población civil.